



Eduardo
Jozami

2922
DÍAS

Memorias
de un preso
..... de la
dictadura

Sudamericana

Eduardo Jozami

2922 días

Memorias de un preso de la dictadura

Sudamericana

Para Lila y Lucía

Prefacio

Algunos libros se escriben de un impulso; el autor no puede demorarse mucho tiempo, se siente compelido a terminarlos. Éste no es uno de ellos. Han pasado más de treinta y cinco años desde que comenzaron a producirse los hechos que constituyen la materia de este relato. Tardé mucho en decidirme a poner sobre el papel algún recuerdo, pero desde el primer día de cárcel supe que este texto iba a ser escrito. Sin exagerar, podría decir que vivía todo lo que me ocurría como parte de un libro futuro que, sin embargo, en un principio me costaba imaginar.

Se dice, lo ha escrito Primo Levi, que el detenido lucha por sobrevivir porque siente la necesidad de dar su testimonio. Desde que salí en libertad he hecho muchas declaraciones públicas, he escrito artículos y algunos textos de mayores pretensiones, dando cuenta de mi visión sobre lo ocurrido en la Argentina de los años setenta. También buena parte de mi actividad como legislador y en otras funciones públicas ha estado marcada por la intención de recuperar los aspectos que considero más valiosos de esa experiencia. Este libro tiene un propósito distinto. No agrega demasiado a los testimonios que he prestado en sede judicial y que contribuyeron para

condenar a los responsables de los graves delitos cometidos en las cárceles. Los episodios que aquí relato hacen un aporte, espero, en un sentido diferente.

Aunque se trata de un escrito muy personal que no pretende reflejar las vicisitudes de todos los presos políticos, este libro quizá pueda servir para iluminar una dimensión de subjetividad muchas veces ausente de las crónicas: cómo se vivían las vejaciones que soportábamos, cómo imaginábamos la realidad exterior, qué expectativa alentábamos para una futura libertad. También alumbraba una faceta importantísima de la vida en común, fundamental para aguantar cotidianamente lo peor: la solidaridad que se generaba entre todos los presos políticos, el modo casi adolescente en que establecíamos relaciones entre nosotros y nos hacíamos uno frente a quienes querían someternos.

Como no podía ser de otro modo, en este escrito abundan las reflexiones políticas. Éstas, sin embargo, no tienen la pretensión de explicar la génesis y el comportamiento de la dictadura ni la actuación de los diversos sectores sociales y políticos en la coyuntura. En mi biografía de Rodolfo Walsh, y en otros trabajos, creo haber resumido mi pensamiento sobre esta etapa argentina. Soy parte de esa generación que creyó redescubrir el mundo con la revolución cubana y, más tarde, fue atraída por el peronismo y arrastrada a la acción armada por el cierre de toda posibilidad democrática en la Argentina de los golpes militares.

En el texto se advertirá cuán profunda es la marca que ese proceso dejó en el autor de estas memorias. Como señalo en alguna parte de este escrito, “revolución” era la palabra de orden en torno de la cual se organizaba no sólo la militancia sino la vida misma.

Sería equivocado creer que un texto tramado de recuerdos y de sueños pudiera constituirse en una crónica objetiva. Los hechos aquí relatados no

han sido olvidados porque durante todos estos años los he ido atesorando con cuidado, jugando amorosamente con los recuerdos, adornándolos, probablemente de modo inconsciente, con algún agregado que hace más nítidos los contrastes, que destaca aquello que puede resultar atractivo en una situación tan rutinaria como la vida carcelaria.

Desde esta perspectiva, podríamos considerar que esta memoria es también un texto de ficción. No hay en los hechos que la narración incorpora uno solo que haya sido inventado por el autor, pero ficción no es sinónimo de falsedad, es un modo de relatar que no contrasta necesariamente con la verdad. Se sabe, además, que la memoria es subjetiva y selectiva, olvida ciertos episodios y jerarquiza otros.

El autor sería el primero en advertir a los historiadores que no tomen como datos irrefutables las afirmaciones de un escrito rumiado y repensado a lo largo de tan extenso período. Pero quizás el texto sirva para entender la experiencia de quienes militamos en ese tiempo, para ubicarse en una época en que era la política la que parecía dar sentido a toda otra manifestación de sociabilidad.

Se ha debatido mucho en la Argentina sobre el modo en que las ficciones políticas y algún género testimonial, despreocupado de un cotejo riguroso con la realidad, recrean ciertos hechos históricos. A mi juicio, en este caso no cabe la vana empresa de trazar límites precisos entre los géneros ni tampoco la de establecer prohibiciones para la ficción, señalando las cuestiones de las que no podría ocuparse. No hay tema suficientemente serio o sagrado (la discusión se ha planteado en torno del Holocausto) como para que no pueda ser abordado desde la literatura y el arte, pero no por eso es menos cierto que cada uno asume la responsabilidad por lo que escribe y por el modo en que ese texto construye opinión.

Una buena experiencia

Cuando las puertas de la cárcel se cerraron a mis espaldas, me pregunté si lo que vendría podía ser peor que lo vivido en los últimos días. La de las puertas no es una imagen original, pero así lo sentí yo: como si hubiera sido necesario, entre fantasías y temores, algún recuerdo concreto cuya realidad no pudiera cuestionarse para simbolizar el ingreso a la nueva etapa. La semana anterior me habían parado dos veces en la calle. La primera vez pasamos el control policial sin problemas, a pesar de que cuatro personas jóvenes en un auto debían necesariamente llamar la atención. La segunda, en el puente de la estación Liniers, los policías revisaban a unos y dejaban pasar a otros, entre los que me tocó estar a mí.

Tres días después me detuvieron de la manera más zonza, como suele ocurrir. Si el compañero que conducía no hubiera detenido la marcha cuando vio a los coches policiales que cortaban la calle, habríamos pasado como señoritos: nuestra documentación estaba muy bien. Cuando un coche policial se nos vino encima, estacionamos para simular que íbamos a tomar un café, pero en esa larga cuadra de la porteña avenida Juan Bautista Alberdi no había ni siquiera un kiosco. Ante esa actitud que les pareció tan

sospechosa, nos revisaron de forma tan minuciosa como para encontrar los materiales que trasladábamos, embutidos debajo del baúl. Así eran casi siempre las caídas; se cometen errores: el comportamiento de las personas suele ser un poco menos previsible de lo que suponen las normas de seguridad de cualquier organización.

En esos días, uno se sentía acosado desde que salía a la calle o, mejor dicho, antes, porque cualquier ruido raro en la puerta de la casa suponía montar una complicada respuesta para defenderse y ocultar algunos materiales y pertrechos que no debían ser encontrados. Con Lila, mi mujer, nos habíamos mudado a una vivienda suburbana, más cercana a la zona en que militábamos, pero debíamos ser muy cuidadosos para no diferenciarnos demasiado de la vida rutinaria de nuestros vecinos. Faltaban algunos meses para el golpe militar y, a diferencia de nosotros, la mayoría de la gente no se sentía perseguida porque la represión era bastante selectiva. Pero, aunque el contexto era todavía de cierta normalidad, resultaba difícil viajar en colectivo con los fierros encima sin sentirnos inquietos: por momentos parecía que todo el mundo nos estaba mirando.

Mi detención tuvo un aspecto afortunado. Ese día, 12 de setiembre de 1975, la presidenta Isabel Martínez de Perón, jaqueada por su salud, por los militares y la oposición, pero, sobre todo, por su propia incompetencia, había dejado el poder con una licencia y ello provocó la renuncia del ministro del Interior y de las autoridades policiales. En consecuencia, la Superintendencia de Coordinación Federal, el ominoso lugar de los interrogatorios, quedaba sin titular y no se podía remitir allí a los detenidos, dato que, obviamente, yo ignoraba. Mientras daba por seguro que iba a ser nuevamente torturado, caminaba nervioso por el calabozo de la comisaría. Pensé que esta vez podría ser menos duro que en ocasión de mi secuestro, tres años antes. Además, como ahora estaba detenido legalmente, podía

confiar en que la tortura no duraría más que algunos días. Creyendo que me serviría como preparación para el momento temido, traté de recordar las sensaciones que provocaba en el cuerpo la picana eléctrica, precisamente lo mismo que hacía tres años intentaba olvidar.¹

Me sacó de mis cavilaciones el subcomisario, un flaco de tupidos bigotes, bastante desagradable, con aires de villano cinematográfico a pesar de su aspecto de oficinista, que nos trataba con cierto desprecio. Su actitud difería de la de su superior, el comisario, que tenía un trato profesional y hasta respetuoso, lo que permitió que tuviéramos un diálogo interesante una vez que nos encontramos en el juzgado. El subcomisario, que alardeaba de sus conocimientos sobre la “subversión” y, en particular, sobre mi actividad política y sindical anterior, me comunicó que seríamos trasladados de inmediato al palacio de Tribunales, lo que significaba eludir el temido interrogatorio prejudicial. “Van a ir directamente al juez —anunció el oficial, y agregó—: como les gusta a ustedes.” Eufórico por la buena noticia, me sorprendí escuchándome contestar: “Como manda la ley”. En el rostro del policía se reflejó una indignación que sólo podía tener una lectura: con gente como ustedes, las leyes están de más.

En esa época, en Buenos Aires todavía no se mataba a los prisioneros políticos. Pero todo parecía indicar que la detención no sería por poco tiempo. Esperaba poder aguantarlo. Régis Debray —al que años antes había escuchado y leído con mucho interés, aunque con la desconfianza que siempre me provocaron las opiniones demasiado rotundas— atribuía al Che la afirmación de que los militantes comunistas resistían la tortura y la cárcel, pero no tenían la disposición necesaria para asaltar un nido de ametralladoras. De todos modos, más allá de la retórica soberbia de Debray, que nunca asaltó un nido de ametralladoras, de lo que se trataba ahora era

de aguantar la cárcel, y yo tenía cierta confianza en que lo podría sobrellevar.

Pero resultaba imposible compartir estas reflexiones. Primero, porque yo no tenía muchas ganas de hablar. Luego, porque mi acompañante en el trayecto de Tribunales a la cárcel de Villa Devoto —un pibe muy joven, militante del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)— no cesó de comentar los éxitos de su organización. No le creí demasiado. Ya en setiembre de 1975 las cosas no andaban tan bien, aunque las organizaciones desbordaran optimismo: en el mismo momento en que nos detuvo la “pinza” policial (tres patrulleros y agentes con armas largas) —en esos traslados que atravesaban el centro de la ciudad teníamos que ir desarmados; si no, no estaría contándolo—, mi compañero me explicaba que en la Argentina no podía haber un golpe al estilo pinochetista. Yo también había leído el documento de Montoneros al que se refería, y pensé, entonces, que probablemente el autor de ese texto no sabría que también la izquierda chilena había sostenido que, debido al profesionalismo y la excepcionalidad de sus fuerzas armadas respecto del resto de América Latina, nunca podría ocurrir en Chile lo que finalmente ocurrió.

Cuando se abrieron las puertas de la celdilla del camión celular en la que había viajado apretado contra mi compañero de viaje —las piernas entrelazadas, el codo de uno en el cuello del otro— tuve que cesar en mis cavilaciones. Nos hicieron bajar y, sin maltrato, nos ubicaron en una sala grande de paredes altas y desnudas, que podían ser de un hospital o de un colegio. No hicieron diferencias entre los que veníamos en el camión. Algunos mostraban la tranquilidad del que llega a un lugar conocido, otros mirábamos para todos lados tratando de imaginar lo que vendría. Los presos políticos y los comunes se observaban con curiosidad y desconfianza, pero no siempre resultaba fácil saber quién era quién.

Algunas caras no me resultaron muy atractivas, pero encontré un grandote de no más de treinta años y apariencia de muchacho de barrio, con quien nos miramos y simpatizamos enseguida. Cuando le dije que era la primera vez que entraba a Devoto ya que, hasta entonces, sólo había estado en comisarías o secuestrado quién sabe dónde, el grandote comenzó a aconsejarme. En todos los años que estuve preso, no olvidaría la recomendación: “Acá, pibe, no hay que ser ni el más vivo ni el más boludo. Ésa es la manera de pasarla bien”. Después fueron llamando a los presos políticos y, cuando yo también me aparté del grupo, el grandote no pudo creerlo. La cara de asombro parecía decir: “Qué hacés con éstos, vos, que parecías un tipo normal”.

Con las manos atrás —años después de salir de la cárcel todavía resultaría difícil quitarse esa costumbre—, nos llevaron a unas celdas individuales que eran, según me enteraría más tarde, las destinadas al ablande de los recién llegados. Un par de semanas de aislamiento volvería más sumisos o, por lo menos, más tranquilos a quienes venían de la calle y que, al entrar al penal, se veían casi eufóricos, como chicos en patio de colegio. Quizá porque ya habían pasado la tortura, porque fantaseaban con una salida rápida o, simplemente, porque estaban vivos. Nos libramos, por fortuna, de la paliza que muchas veces acompañaba la recepción. Como aprendería después, para los poco imaginativos guardiacárceles, algunos golpes constituyen el mejor remedio en las situaciones más diversas.

Tirado en el suelo sobre un colchón, miraba las cuatro paredes del calabozo. Me felicitaba por estar vivo, pero también me interrogaba sobre la vida en la cárcel. A lo mejor podría escribir, algo que afuera me costaba bastante, estudiar o aprovechar el tiempo de algún modo. Pero lo que comenzó a preocuparme fue advertir que me sentía más tranquilo estando en la cárcel, que no era precisamente lo que se esperaba de un militante.

Los días previos a la caída habían sido muy difíciles, con la sensación de que uno podía ser detenido en cualquier momento. En el barrio donde hacíamos nuestra tarea política, la adhesión de la gente menguaba día a día, y cuando volvíamos de las reuniones los controles policiales se hacían cada vez más frecuentes.

El peligro constante de caída no había sido, sin embargo, lo peor en los días previos. Lo más insoportable era la creciente conciencia de que no hacíamos las cosas bien: las conducciones de la Regional Buenos Aires y de la Columna Oeste del conurbano repartían felicitaciones por las operaciones de las milicias —se incendiaban locales de empresas extranjeras o sitios tradicionales de la oligarquía argentina—, pero nadie llevaba la cuenta de cuántos militantes de las agrupaciones sindicales y territoriales de Montoneros se iban alejando a medida que se incrementaba la represión.

Esa sensación de angustia se hizo mayor luego de la conversación, un par de semanas antes de mi detención, con un compañero junto a quien el año anterior habíamos editado un periódico sindical con la intención de valorizar más el trabajo político. La crítica al militarismo que subyacía en nuestros planteos, aunque nos cuidáramos mucho de explicitarla, hizo que del periódico zonal de la Juventud Trabajadora Peronista no pudieran salir más de dos números. Después fuimos trasladados a zonas diferentes y no volvimos a vernos hasta que, en agosto de 1975, me llamó para que tomáramos un café.

“Me voy de la organización”, me planteó sin rodeos. Azorado, yo le dije que si quienes teníamos un pensamiento más político nos alejábamos, el rumbo equivocado se profundizaría cada vez más. Me señaló, entonces, que quienes habíamos desarrollado una visión crítica estábamos demasiado lejos de los lugares de poder, dentro de una fuerza que cada vez centralizaba más sus decisiones. Tuve que admitir que eso era bastante cierto, pero

insistí en que, con todos sus errores, Montoneros seguía siendo la única alternativa posible frente a la derecha peronista y al partido militar. No pude convencer a mi interlocutor, cuyas relaciones con sus compañeros de militancia estaban, además, bastante deterioradas.

Esa noche, mientras le contaba la charla a mi mujer, le dije que quería seguir militando en la organización: ¿por los ideales que nos habían llevado a responder a la convocatoria del Che? ¿Por los compañeros queridos con quienes militamos? ¿Porque creíamos en la posibilidad de que la política que criticábamos fuera corregida? No tengo una respuesta. En cualquier caso, nunca me arrepentí de esa decisión. Pero, teniendo en cuenta cómo resultaron las cosas, tampoco creo que pueda cuestionarse a quienes en diferentes momentos tuvieron sus razones para pensar que la cosa “ya no daba para más”.²

Hoy leemos con emoción que Walter Benjamin, mientras huía a través del continente ocupado por los nazis, continuaba sus trabajos y lecturas en París y demoraba su partida hacia los Estados Unidos —donde lo requería Theodor Adorno—, porque sostenía que “aún había en Europa posiciones que defender”. Sería estúpido calificar de suicida esa actitud de resistencia intelectual, porque aunque el reclamo de Adorno hoy nos parezca más que razonable y, finalmente, Benjamin terminara quitándose la vida ante la imposibilidad de transponer una frontera y la certeza de caer en manos de los nazis, no deja de ser cierto que, frente a tantas cosas entrañables que se estaban destruyendo en Europa, no faltaban motivos para permanecer allí. Y nada más personal, en estos casos, que la decisión de seguir afrontando los riesgos o de partir al exilio.

Lo cierto es que a partir de aquel encuentro todo se hizo un poco más difícil. Había algo de omnipotencia en creer que se podía seguir militando con ese estado de ánimo pero, para mí, en ese momento, la salida de la

organización estaba excluida como opción. No sentía por los montoneros esa identificación especial que se advertía en los miembros fundadores, tampoco participaba de la idealización que hacían los compañeros jóvenes que no habían tenido militancia anterior. Nuestro grupo se había incorporado cuando llegamos a la conclusión de que sólo desde el peronismo revolucionario podía construirse una fuerza con verdadera adhesión popular y que Montoneros había alcanzado una inserción social que hacía impensable que otra organización pudiera ocupar ese lugar.

En consecuencia, irse de la “orga” era renunciar a la militancia y, en los hechos, a la misma idea de revolución que —aunque hoy resulte difícil de entender— se había constituido en el eje de nuestras vidas en los diez años anteriores. Me veía en el exterior, impaciente, esperando las noticias que hablarían de los compañeros caídos, y no me costaba imaginarme cuánto más incómodo y angustiado me sentiría en esa situación. En medio de estos recuerdos obsesivos de la primera noche en prisión, finalmente me dormí. Tampoco eso estaba mal: en la filosofía de los presos comunes, lo aprendería después, el sueño es también un modo de ganarle a la cárcel (o de escaparle, más bien).

Cuando me desperté por primera vez en ese lugar, todo parecía distinto. Porque así se ven las cosas cuando uno se despierta y, además, se iniciaba mi vida de preso. Una etapa que me suscitaba demasiados interrogantes. ¿Cómo seguiría todo? Lo más importante, se me ocurrió, sería reprimir la ansiedad. Siempre había sido muy ansioso, pero al mismo tiempo tenía cierta capacidad para bancarme lo que pasara. Una vez un compañero me preguntó cómo podía ser tan ansioso alguien que siempre hablaba de la “guerra prolongada”. Me interesó la pregunta, pero intenté pensar que se trataba de dos temas muy distintos.

La guerra prolongada era un discurso, una idea que servía para imaginar el futuro del país, para fundamentar cierto tipo de construcción política. Ya tenía poco que ver con la formulación maoísta basada en la lucha campesina, pero usábamos el término “prolongada” para indicar que sólo un largo proceso de acumulación de fuerzas podía permitir el triunfo frente a un enemigo poderoso. No es cierto, como se dice con frecuencia, que todos creyéramos que la revolución estaba al alcance de la mano. Simplemente, en esa época creíamos que era posible.

La ansiedad tenía menos que ver con las propuestas políticas que con lo personal: con aquello mal resuelto, como la contradicción entre la militancia que demandaba una entrega absoluta y tantas otras cosas que me gustaban, como seguir estudiando, y también —me asombró pensar esto— tenía que ver con las mujeres. En esa compulsión hacia la militancia no estaba claro el lugar que podían ocupar las mujeres. La clandestinidad impone restricciones muy severas, además de que hay que ser muy hijo de puta para enredarse en cualquier historia cuando te espera en tu casa una mujer que, ante cualquier demora, pensará que te están torturando. Sin embargo, hoy veo claramente que, enamorado de una mujer con la que compartía todo lo que me parecía importante de la vida, yo me engañaba imaginando que era la austera vida militante la que me privaba de un mundo de infinitas aventuras amorosas. Demasiadas críticas podían hacerse a la organización para convertirla también en responsable de mi monogamia.

Unos días después me llevaron a un pabellón celular donde los presos, agrupados de a cuatro por celda, tenían recreo casi todo el día. Encontré unos pocos conocidos, pero muchos compañeros. Gente que me abrazaba con mucho afecto, me convidaba un mate y preguntaba ansiosamente cómo iban las cosas afuera, aunque las más de las veces no esperaran la respuesta:

las cosas no podían sino ir bien. Algunos tomaban mate y hablaban despreocupadamente de fútbol, de cine y también de política; otros hacían cursos; otros parecían tener una reunión orgánica: los grupos políticos seguían funcionando en la cárcel. Ya lo había señalado el general Alcides López Aufranc, un año antes, en un artículo de *La Nación* que llamaba a no repetir con los presos la experiencia permisiva del gobierno militar anterior. Un texto que —aunque entonces no se advirtió— prenunciaba el futuro de los desaparecidos.

Al día siguiente de mi ingreso tuve una reunión con los responsables de la organización en el pabellón. Informé sobre la debilidad del gobierno de Isabel Perón y las resistencias a su política económica, hice referencia al crecimiento de las coordinadoras sindicales y al significativo aumento de la afiliación al Partido Auténtico, últimas iniciativas políticas apoyadas por Montoneros que habían recogido en el Gran Buenos Aires una importante adhesión. Sin embargo, elípticamente, mencioné las dificultades que las tareas políticas podían encontrar por la creciente militarización de la coyuntura.

Me esforcé por mostrar cierto entusiasmo, aunque el tono de objetividad periodística que adopté despertó más sospechas. “Tu visión de la situación de los compañeros afuera no parece muy optimista”, me dijo con tono de reconvención uno de los dirigentes, más preocupado por “mantener la confianza de los compañeros en la organización” que por ayudar a que se entendiera lo que estaba pasando. Aunque, como descubriría más tarde, él era demasiado inteligente como para creer todo lo que decía.

Dos semanas más tarde me trasladaron a un pabellón abierto, donde unas ochenta personas dormían en un espacio común. Allí tenían televisión y radio, se cocinaba para todos, había clases de gimnasia y peñas artísticas, pero además cursos de todo tipo con una disciplinada asistencia. Los presos

más jóvenes recorrían admirados las mateadas donde algún tupamaro contaba los orígenes de su organización y otro detenido relataba historias propias o ajenas sobre el Cordobazo o la ocupación militar de Garín. Reconocí ese mundo de la cárcel, militante y solidario, que habíamos descubierto en tantas novelas sobre la lucha revolucionaria.

En ese contexto de euforia generalizada, que se parecía menos a una cárcel que a un campus universitario, uno de los chicos más jóvenes de la Juventud Peronista me confió un día su pesar porque, de un momento a otro, sería decidida su libertad. Sorprendido, le respondí con algunas obviedades sobre lo importante que era su salida, tanto desde un punto de vista personal como político. “Me gustaría quedarme unos seis meses más —respondió—, ésta es una buena experiencia.”

Casi todas las franquicias de que gozábamos desaparecieron pocos días después, en noviembre de 1975, cuando el gobierno de Isabel Perón entregó a las autoridades militares el control de las cárceles. Sensible a la presión de las fuerzas armadas, también la justicia redujo a un mínimo las excarcelaciones y aceptó la imposición del “régimen de máxima seguridad” que privaba a los presos de casi todos sus derechos. El compañero de la Juventud Peronista no pudo seguir disfrutando de su buena experiencia, pero permaneció detenido seis años más, hasta 1981. Cuando volví a encontrarlo, mucho después, no tuve el mal gusto de recordarle aquel diálogo. ¿Ingenuidad, subestimación del peligro que ya se anunciaba? La anécdota es representativa del clima que, en vísperas de la dictadura, vivíamos los presos políticos en las cárceles.

Notas:

¹ Ver en el Anexo la referencia sobre mi secuestro en abril de 1972.

² Nunca compartí la idea de la organización que, muchas veces, negaba la posibilidad de que se separaran los compañeros con diferencias, pero —nobleza obliga— en el clima militante de aquellos años tenía una visión algo diferente de la que hoy expreso. Leo en una carta enviada desde la cárcel en 1975: “Por encima de errores y diferencias, nadie tiene el derecho de quitarle el hombro a la lucha donde hoy se juega el destino de la revolución”. Ver Anexo, carta del 1° de diciembre de 1975.

El golpe

En las semanas anteriores al golpe militar, la lectura de los diarios resultaba más que deprimente. La presidenta Isabel Perón entregaba cada día más espacios de poder a las fuerzas armadas, mientras la gran mayoría de los dirigentes políticos parecía aceptar el derrocamiento del gobierno civil como una salida inevitable. Por nuestra parte, y a condición de negar realidades tan preocupantes como el discurso del general Videla de fines de 1975, que anunciaba el terror a plazo fijo, no nos faltaban tampoco motivos para festejar. La ilegalización del Partido Auténtico, justificada por el gobierno al invocar el recrudecimiento de las acciones armadas, complicaba las posibilidades electorales, pero la organización ya no parecía creer demasiado en esa salida. Como contrapartida, las coordinadoras sindicales combativas —en las que era relevante el peso de la Juventud Trabajadora Peronista— extendían su actividad en las principales ciudades, y las operaciones militares de Montoneros se volvían cada vez más importantes y sofisticadas: a comienzos de 1976, el futuro presidente de la Junta Militar había escapado por milagro a un atentado con explosivos cuando ingresaba al Comando en Jefe del Ejército.

La situación dentro de la cárcel también empeoraba. Cambiaron las condiciones para recibir visitas: a partir del golpe, una reja nos separaba de nuestros familiares. Para poder tocarlos, debíamos apretarnos con desesperación. Ya no se aceptaba el ingreso de comida, y en la “tumba” del penal (una sopa de grasa con poco arroz que hacía honor a su tradicional denominación) podía considerarse muy afortunado quien encontrara flotando una verdura. Durante algunas semanas pasamos hambre, hasta que la cantina que abastecía a los presos comunes comenzó a vendernos algunos productos. Hasta entonces, a mí nunca me había gustado el queso, nunca conseguí explicarme bien el motivo, pero lo cierto es que, frente a la amenaza de desnutrición —que registraban diariamente algunos compañeros con cierto conocimiento del tema o más obsesivos que los demás—, empecé a comer queso con fruición.

Como compensación ante el agravamiento de las condiciones de detención, se acentuaba cada vez más la visión optimista sobre la evolución de la situación política nacional. No sólo por la característica tendencia de los presos a imaginar versiones complacientes, sino por el tono celebratorio y la perspectiva triunfalista que impregnaban los documentos de Montoneros que nos llegaban al penal. Comentando alguno de los últimos, uno de los compañeros de mayor nivel afirmó, con tono de sentencia, en la despedida del año: “Éstos no son momentos para estar preso mucho tiempo”. Era difícil creerlo.

Sin embargo, resultaba más difícil todavía expresar algo distinto. Toda mi sabiduría se limitaba al escepticismo respecto de esas declaraciones exitistas. Me parecía que la concepción militar desplazaba cada vez más a la política, pero, obviamente, yo no podía formular una alternativa: no se esperaba eso de nosotros; los presos teníamos que tratar de aguantar por sobre todas las cosas. Además, parecía insensato plantear desde la cárcel

algo así como una disidencia. Como tenía cierta formación, me correspondía dar algunos cursos de “teoría revolucionaria”. No teníamos, evidentemente, ningún material de lectura sobre estos temas, lo que me obligó a inventar un relato histórico-teórico que, en ese momento, nos pareció aceptable. Por entonces prefería hablar más de Gramsci y menos de Mao, pero el discurso de la organización hacía inevitable que siempre se terminara discutiendo sobre la guerra.

El desastre del ataque al cuartel de Monte Chingolo agregó un tono sombrío a las fiestas de fin de año. Todos los presos políticos, y no sólo los integrantes del ERP, sentimos un dolor muy profundo cuando nos enteramos de la magnitud de las pérdidas humanas, del salvajismo con que el ejército y la policía reprimieron en la villa vecina al cuartel. No obstante, como es más fácil ver la paja en el ojo ajeno, no tardaron en circular en nuestro grupo comentarios acerca de la actitud aventurera de los autores del operativo guerrillero. Esas mismas críticas no se habían escuchado dos meses antes, cuando los montoneros intentaron infructuosamente ocupar el cuartel de Formosa.

El paro declarado por un conglomerado de agrupaciones empresarias, en febrero de 1976, ya ponía en evidencia un gobierno derrotado. En esos días escribí un artículo, guardado laboriosamente en papелitos de cigarrillo envueltos en un “caramelo” (diminuto paquete en papel celofán que sellábamos con fuego y escondíamos en algún lugar del cuerpo) y luego copiado en sucesivas cartas enviadas a mi familia, haciéndolo pasar por comentarios del suplemento económico de *Clarín*. El texto, que aún conservo, refleja la fuerte impresión que me causó esa reivindicación del capitalismo salvaje que llamaba sin eufemismos al asalto del Estado. Nadie parecía salir al cruce de ese discurso primitivo y autoritario, que en su reclamo simplista de orden y respeto a la propiedad resultaba mucho más

reaccionario que el que había justificado, diez años antes, el golpe de Onganía. Éste, en sus comienzos, aparentaba veleidades desarrollistas y había intentado seducir a la dirigencia sindical.

El acercamiento militar al poder parecía cada vez más difícil de evitar, mientras la guerrilla —en un gesto de autismo político— seguía librando otra lucha distinta, sin preguntarse si su accionar podía ser funcional al proyecto golpista. En esas condiciones, la cárcel no constituía sino una metáfora de nuestra impotencia, porque probablemente los compañeros que estaban afuera también sintieran que era poco lo que podían hacer. Entre ellos, es difícil saber cuántos creían que era conveniente el golpe y cuántos lo consideraban inevitable, pero, en cualquier caso, no se lo consideraba sino como una escaramuza más en un largo enfrentamiento que tenía como protagonistas principales a los militares y a las fuerzas populares lideradas por la organización. No se preveía la notable variación en calidad que supondría, respecto de la represión, la plena utilización del aparato del Estado, como se vería después del 24 de marzo.

Fue triste leer en los diarios del día anterior al golpe que Ricardo Balbín —“Hay soluciones, pero yo no las tengo”— aceptaba que los partidos políticos nada podían hacer para detener ese destino que consideraba inexorable. Recordé, con bronca, que en una época muy lejana, en mi temprana adolescencia, ese hombre había significado algo para mí. Después le daría la espalda, prefiriendo a su retórica insustancial el discurso que creía más racional del radicalismo intransigente. Más tarde, la revolución cubana y el movimiento obrero peronista pondrían, para mí, distancias insalvables con el dirigente de la Unión Cívica Radical. Pero debo reconocer que, a los doce o trece años, en el seno de una familia que no tenía tradición radical aunque veía a este partido como el baluarte

contra el peronismo, mi primera idealización de la política me llevó a creer en las invocaciones a la libertad del discurso vibrante de Balbín.

Otro político que había tenido mis simpatías en los comienzos de la militancia, Oscar Alende, habló por radio el 23 de marzo. Como ya no teníamos receptores para escucharlo, conocimos la versión de los diarios al día siguiente, junto con las informaciones sobre el golpe militar. Cuando ya habían comenzado los movimientos de tropas, el dirigente del Partido Intransigente (PI) presentó un programa político avanzado que no temía hacer referencia a la socialización de la riqueza. De lo único que no habló—no quiso, no se podía— fue de lo que realmente importaba: el golpe que se desarrollaba ante sus ojos. La actitud de Balbín, siempre cercano a los militares después de 1955, constituía una forma de legitimación del golpe; la de Alende, una mirada al costado, reconociendo la impotencia de la izquierda reformista en la coyuntura. La mirada crítica sobre ambas posturas nos reafirmaba en tanto militantes revolucionarios, aunque sostener esto con alguna coherencia nos obligaba a reprimir las dudas y, también, a soterrar los interrogantes que nos planteaba a diario la conducta de nuestra propia fuerza política.

No faltaron entre los dirigentes montoneros voces —algunas de ellas importantes, por lo menos por su posición jerárquica— que proclamaran que el golpe no haría sino acelerar la derrota de los “milicos”, pero entre los presos de Villa Devoto predominó una reacción más sensata, inspirada en el dato evidente de que nuestra situación en el penal se haría más difícil y las posibilidades de libertad, mucho más remotas. Probablemente fuera este temor de lo que podía significar el golpe para los presos políticos lo que hacía que me costara tanto aceptar, sin vueltas, los contundentes razonamientos sobre la inminencia del pronunciamiento militar que expresaba Lila en sus cartas de los meses previos.

Aunque el control militar de las cárceles se había establecido en noviembre de 1975, el día del golpe vimos, por primera vez, soldados del ejército apostados con sus armas en los patios del penal. Si bien su presencia debía de formar parte de un operativo de control más general (porque no aparecieron por los pabellones), para nosotros fue la señal más clara de que algo estaba cambiando.

No transcurrieron muchas horas hasta que uno de los guardiacárceles puso en palabras lo que ya todos sabíamos: “Ahora, ustedes están hasta las bolas”. No usó un tono desafiante ni agresivo, como el de tantas otras veces, era sólo una constatación de lo que iba a ocurrir: a partir de ese momento, los militares tendrían las manos más libres, sin ninguna restricción política o judicial. Uno de mis compañeros de celda, cuya libertad había sido ordenada poco antes por el juez, esperaba, en los días siguientes al 24 de marzo, la opción para salir del país. Su libertad se demoró hasta noviembre de 1982.

El dolor de muelas

En medio de la noche, cuando comenzaba un dolor de muelas no había posibilidad de llamar al enfermero, ni a nadie, hasta el día siguiente. Uno se sentía todavía más solo en su celda pero, paradójicamente, menos preso. Porque, como el dolor pasaba a constituirse en la cuestión central, daba lo mismo estar allí que en una playa del Caribe.

Esta primera reflexión no dejaba de actuar como un consuelo. Al otro, más sofisticado, tardé más tiempo en descubrirlo: el dolor tenía un límite, no podía seguir aumentando sin medida. Yo había leído alguna vez acerca de los umbrales de tolerancia hacia el dolor, y nunca había vuelto a pensar en eso hasta el momento de la tortura. Pero ahora era algo distinto, aquí ya no se trataba tanto de un episodio político de resistencia al enemigo, sino de explorar los límites que el dolor físico podía alcanzar. Esta idea de límite parece estar siempre asociada al dolor extremo. En la tortura uno piensa que en algún momento se va a desmayar o que los interrogatorios tendrán un plazo limitado, porque sería un extremo de soberbia, un desconocimiento de la fragilidad del ser humano, pensar que siempre se podrá aguantar.

Fue necesario que una noche el dolor resultara demasiado agudo para que comenzara un ejercicio de autocontrol con algo de yoga. Me senté en la cama y, tomándome la cabeza con las dos manos, intenté seguir lo que podría llamarse la ruta del dolor: un latido que se hacía cada vez más fuerte hasta que de pronto la cabeza parecía estallar. Después, el sufrimiento disminuía. El alivio no duraba mucho tiempo, pero la comprobación me pareció un hallazgo y me ayudó a soportar la situación. Ya era de mañana cuando, agotado por el dolor lacerante y también por el esfuerzo de autocontrol mental, me quedé dormido.

Al día siguiente me llevaron a la enfermería. El dentista era un flaco de aspecto agradable, tez ligeramente mate, cabello castaño, que no llegaba a los treinta años y mantenía cierto aspecto de estudiante. Ya me había atendido otras veces, y me había tratado siempre con cordialidad. La rutina del consultorio no incluía tratamientos de conducto, coronas o cualquier otro arreglo que fuera más allá de tapar una caries o sacar la pieza, y esto último era lo más frecuente. En ese tiempo yo pensaba que iba a perder en la cárcel toda mi dentadura, porque cada vez que iba al dentista venía con un diente menos. Afortunadamente no fue tan así, pero mi temor de aquellos tiempos está documentado en una carta a mi mujer en la que —con esa retórica grandilocuente y autocompasiva frecuente en los textos de la cárcel— escribía: “En mi boca quedará la huella de estos años duros”.

Berardo —así llamaremos al dentista— me dijo que la caries era demasiado grande y, además, que se trataba de la muela del juicio. No había otra posibilidad más que la extracción. El flaco intentó anestesiar me varias veces, pero me explicó que la anestesia no agarraba bien porque estaba muy infectado. Me acordé del campesino de un cuento de Chejov que había leído en esos días, al que le sacan una muela con una enorme tenaza, sin

anestesia. Pensé que yo estaba mejor que él, pero enseguida me acordé de que el ruso tapaba el dolor con un litro de vodka.

El dentista empezó a tironear de la muela destinada al sacrificio y no tardó en comprobar que la tarea no iba a ser fácil. Yo sentía en mi cabeza los tirones del flaco, y cada vez era mayor el peso de su cuerpo sobre mi costado. De pronto, una puerta se abrió a mis espaldas. Alguien preguntó con tono destemplado: “¿Qué hacés, Berardo?”. Como era evidente lo que Berardo estaba haciendo, la pregunta sólo podía entenderse como un reproche, como si lo que el dentista hacía no fuera importante o no fuera ése el momento de hacerlo. “Te estamos esperando”, agregó el interlocutor y cerró violentamente la puerta. Confundido, el flaco me dijo: “Tenemos que jugar al fútbol”.

Jugar al fútbol era lo mejor que a uno le podía pasar en la cárcel, y nosotros, en el penal de La Plata, hacía ya tiempo que no podíamos hacerlo. Por eso pensé que el pobre Berardo se estaba perdiendo el partido... ¿por mi culpa? Pero un tirón más fuerte de la tenaza del dentista me recordó que era yo el que estaba sufriendo y que el tipo tenía la obligación de sacarme la muela.

Los llamados a Berardo se sucedían. Ahora a los gritos, y eran varios los interpelantes. El apellido del dentista era acompañado por la calificación de pelotudo, lo que no dejaba dudas acerca de lo injustificable que les parecía la demora. Yo empecé a temer: ¿sería capaz Berardo de dejar su tarea sin terminar? En cualquier otra circunstancia eso habría resultado inimaginable, pero estábamos en la cárcel, y advertí que no me animaba a preguntarme si la muela de un preso era verdaderamente más importante que un partido de fútbol, por el que estaban esperando médicos, enfermeros y, tal vez, algún oficial del penal.

El dentista seguía tironeando de la muela sin inmutarse pero, de pronto, la puerta volvió a abrirse y alguien gritó con más fuerza todavía: “Berardo, pelotudo, ¿hasta cuándo nos vas a hacer esperar?”. Yo no podía ver al que hablaba, pero imaginaba la expresión de indignación en su rostro. Empecé a preocuparme un poco más: puesto que a Berardo no podían sancionarlo por cumplir con su trabajo, temí que de algún modo me consideraran responsable de la demora. Otras veces nos pegaban sin motivo; ahora por lo menos tendrían uno, por muy arbitrario que resultara. Como si hubiera escuchado mis pensamientos, el flaco me dijo en un susurro que me quedara tranquilo, mientras la muela seguía resistiendo como si no advirtiera el escándalo que estaba contribuyendo a generar.

El flaco me miraba con un gesto amistoso como para que no me inquietara, aunque yo intuía su preocupación. Evidentemente, él no quería abandonar su tarea, pero parecía sospechar que si sus compañeros lo increpaban unánimemente, eso significaba que no estaba haciendo lo que podía esperarse de un penitenciario.

Como todo parece tener fin, la muela cedió cuando ya los gritos destemplados no hacían sólo referencia a Berardo, sino también a su madre. El dentista me mostró el trofeo en actitud triunfal, me recetó unos analgésicos y me dio una palmada en la espalda con una sonrisa de complicidad. Después salió tranquilo para juntarse con sus compañeros del fútbol.

¿Quién era Berardo? Un buen dentista, alguien que sentía algún tipo de solidaridad por su paciente o, simplemente, una persona menos insensible que la media del personal penitenciario. En cualquier caso, más de treinta años después lo sigo recordando.

Entre la requisa y las doncellas

En el orden penitenciario, la requisa es la institución fundamental. La que rompe la monotonía de la vida cotidiana: es aquello que está siempre al acecho, lo que necesariamente habrá de ocurrir, pero sin que se pueda saber cuándo. En ocasiones, hay dos requisas en el mismo día, pero también pueden pasar meses sin que se produzca ninguna. Aun en los regímenes carcelarios más severos la vida se vuelve rutinaria y, por lo tanto, el preso tiende a acomodarse. Las condiciones ya no parecen tan rigurosas cuando puede preverse lo que va a ocurrir y, en cierto sentido, controlarlo. La requisa es, en este contexto, el elemento disruptor, lo que hace que el preso esté siempre temiendo su aparición.

En nuestros pabellones de presos políticos, a veces la requisa venía cuando estábamos en recreo. En esos casos no se ejercía sobre nosotros una violencia directa, pero resultaba muy desagradable volver a la celda y encontrarse con todas las cosas revueltas. Algunas veces sólo encontrábamos un desarreglo relativo: la ropa, las sábanas y frazadas tiradas en el piso, las cartas y los libros también por el suelo, pero sin que faltaran objetos o hubieran sido dañados. En otros casos, los requisantes parecían

haberse propuesto molestarnos hasta llegar a la sofisticación: se llevaban las cartas de nuestras mujeres y dejaban otras cuya ausencia habríamos lamentado menos, rompían en pedazos chiquititos las hojas de nuestros cuadernos, mezclaban y volcaban en el piso la yerba y el café, esparcían bajo la cama cajas de costura llenas de botones, piezas de ajedrez o cualquier otra cosa que nos resultaría molesto recoger.

La requisa era también la que aseguraba que no se reconociera a los presos derecho alguno de propiedad. Se llevaban objetos cuyo ingreso en el penal estaba autorizado, pulóveres de un color que, de pronto, ya no estaba permitido aunque a nuestros familiares les hubieran dicho categóricamente que ése era el que debían traer, novelas de las que quizá nos faltaban pocas páginas para terminar. Cuando pasaban algunas semanas sin que se llevaran nuestros cuadernos, nos animábamos a escribir más, pero sabiendo que inevitablemente habrían de llevárselos cuando vieran muchas páginas con textos o dibujos.

Pero la requisa era, además, la patota de la cárcel. La que ingresaba por sorpresa, en tumulto, con largos palos que algunas de nuestras espaldas probarían. Los “monos” de la requisa gritaban para parecer más temibles, y no dejaba de ser curioso cómo querían convencernos de que algunos agentes penitenciarios, que a diario veíamos con un aspecto despreocupado y casi bonachón, podían ser feroces. Y lo lograban.

El primer paso de la requisa es que el preso se desnude. Los más verdugos gozan viendo a la manada de presos (hay algo de animal en la exhibición de decenas de seres humanos corriendo desnudos). Luego se procede a una minuciosa revisión: el preso levanta los brazos, muestra las manos, abre la boca por si tuviera algún mensaje escondido y, finalmente, debe agacharse para abrir sus nalgas porque también podría haber ocultado algo allí. Algunos requisantes procedían con un criterio casi profesional,

pero otros se deleitaban con el espectáculo y con la vergüenza que nos producía. En los primeros meses, en la cárcel de Villa Devoto, la requisa obviaba la escena del trasero. Pero en mayo de 1976, poco después del golpe militar, cuando el régimen carcelario se había hecho más severo, un oficial de la requisa vino a nuestra celda y, luego de que nos desnudáramos, nos intimó a inclinarnos y abrir nuestras nalgas.

Tenía entonces dos compañeros de celda. El primero, muy jovencito, era uno de los jefes de los montoneros en el pabellón, un flaco delicado y elegante que caminaba taconeando con cierto aire marcial y no podía prestarse a procedimiento tan desdoroso. El otro era un cura del Tercer Mundo, bastante mayor y más robusto que el flaco, acostumbrado a ser tratado de un modo algo más deferente por su condición sacerdotal. La negativa de los tres sorprendió al oficial que comandaba la requisa. Cuando le dijimos que considerábamos vejatoria la práctica que se nos imponía, su sorpresa fue aun mayor: él consideraba que la “apertura de cantos” (así se la llamaba) estaba establecida en el reglamento y eso hacía innecesaria cualquier discusión.

Rápidamente, a los empujones y con algunos golpes, nos trasladaron a los calabozos de castigo, unas pequeñas celdas con piso de cemento en las que apenas había lugar para caminar. Las celdas habituales no son demasiado acogedoras en Devoto ni en las demás cárceles que he conocido, pero tienen alguna repisa y, sobre todo, una cama. Es decir, son dormitorios, y eso les da un aire familiar. En los calabozos de castigo no hay cama ni colchón ni ninguna otra cosa (a veces ingresan una colchoneta por la noche), y esta imagen de una pieza desnuda aumenta notablemente la sensación de desamparo.

A los pocos minutos de estar allí alojados, hablando a los gritos de celda a celda, ya habíamos acordado realizar una huelga de hambre para reclamar

que nos levantaran la sanción. Tan convencidos estábamos de lo ignominioso del trato que se nos pretendía imponer que, para exigir una resolución inmediata, decidimos que la huelga fuera “seca”, es decir, sin tomar agua ni ningún otro líquido.

La sorpresa de los carceleros seguía en aumento. El oficial a cargo se limitó a decirnos que mientras no comiéramos permaneceríamos en los calabozos porque no era posible, en ese caso, levantarnos la sanción. Después del segundo día sin comer ni tomar nada, los signos de debilidad eran tan evidentes que el diálogo de celda a celda languidecía, nuestras voces se escuchaban más débiles, y por lo menos yo estaba todo el tiempo tirado en el suelo.

La primera comprobación curiosa que realicé es que en esas condiciones, sin ingerir líquido, el organismo sigue produciendo orina. Pero no me encontraba en situación de concederle su debida importancia a este descubrimiento científico porque, a partir del tercer día, ya estaba en un estado de somnolencia casi permanente. Con regularidad nos traían las cuatro comidas que nosotros rechazábamos con dignidad. El carcelero, todavía más sorprendido que enojado, se limitaba a decir: “Y bueno, ya van a comer”.

Yo nunca había conocido una experiencia similar. Recuerdo que tenía mucha sed pero, sobre todo, que mi semisueño por momentos hasta podía resultar placentero cuando imaginaba a mi mujer acostada a mi lado en el piso de la celda, en un acompañamiento silencioso.

El cuarto día, el oficial vino a convencernos de que comiéramos, alegando que en ese caso la sanción se limitaría a cinco días y podríamos volver al pabellón a la mañana siguiente. Luego de una consulta, en un diálogo entre las celdas que cada vez resultaba menos audible, decidimos rechazar la sugerencia del oficial y, sin advertir que nuestra situación no nos

otorgaba demasiada capacidad negociadora, hacer una contrapropuesta: si nos levantaban la sanción, nos comprometíamos a aceptar la comida.

Es difícil hoy precisar qué pensábamos entonces sobre la trascendencia que nuestro gesto habría de tener. En mayo de 1976 no existían condiciones para que el hecho se publicitara y tuviera alguna repercusión política. Amenazar con las consecuencias que podrían tener nuestras muertes a quienes estaban matando a decenas de militantes todos los días no era, seguramente, un recurso con muchas posibilidades de lograr su objetivo.

Finalmente, llegamos a un acuerdo. Nosotros aceptaríamos la comida y ellos nos levantarían la sanción, sin que una actitud tuviera prelación sobre la otra. Era evidente que el director del penal no tenía la indicación de dejarnos morir; de lo contrario no se explica que se hayan preocupado tanto por lograr que comiéramos y, menos, que hayan aceptado la negociación que nosotros proponíamos.

Después de tomar un té y comer algo, volvimos al pabellón y no tardaron en escucharse las expresiones jubilosas de nuestros compañeros. Entre los tres nos devoramos varios frascos de dulce de leche y terminamos, lógicamente, descompuestos, muy débiles, pero contentos y hasta tal vez un poco orgullosos. Creíamos que habíamos defendido nuestra dignidad de personas y que habíamos protagonizado un significativo hecho político de resistencia.

No tardé en modificar esa visión tan complaciente. Mientras entablábamos nuestro pequeño combate para preservar nuestros culos de cualquier mirada indiscreta, en las calles nuestros compañeros morían de montones, y en la Penitenciaría de Córdoba un preso había muerto estaqueado y otros habían sido asesinados a tiros. Aunque no teníamos toda esta información, resultaba evidente que eran tiempos de una represión feroz y de la más arrolladora ofensiva de nuestros enemigos y, en esas

condiciones, el alarde de la huelga de hambre podía habernos costado la vida.

Guardo del episodio, por lo tanto, una mirada crítica, pero también un hermoso recuerdo de esos días de somnolencia. Mientras la sed me consumía, un sueño aparecía de modo recurrente: me encontraba en un bosque de grandes y hermosos árboles por el que corrían mujeres hermosas, de pechos gozosos y largas cabelleras rubias. Tirado bajo un árbol, apreciando el bucólico espectáculo, recibía en mi boca chorros de jugo de naranja que enviaba desde las altas ramas la más hermosa de todas las mujeres. Nunca olvidaré la sensación de placer que me producían tanto la sed supuestamente saciada como esas maravillosas imágenes de las doncellas que corrían por el bosque. Entre los recuerdos de aquellos días, éste sigue siendo hoy el que prefiero atesorar.

Thomas Mann y el tiempo que no pasa

¿Se habrá encerrado lejos del mundo Thomas Mann para escribir *La montaña mágica*? Si no fue así, ¿cómo logra transmitir tan claramente la sensación de aislamiento? Esa colonia para enfermos de tuberculosis en la que nunca pasa nada, salvo que la gente a veces se muere, puede compararse con un hospital, un asilo o ¿por qué no? una cárcel. El mundo exterior está ausente y esta situación —me gustaría llamarla la paradoja del aislamiento— también genera una sensación de libertad: en ese universo virtual es posible pensar en todo, sin límites, precisamente porque es muy poco lo que realmente ocurre.

El flaco Garmendia, el principal cliente de la biblioteca de nuestro pabellón, se tragó las novecientas páginas de un tirón. Después fue inútil comentar con él algo sobre la novela, pero el flaco no toleraba tener un libro más de veinticuatro horas, por complejo y extenso que fuera. Cuando pidió *La montaña mágica* creímos que lo habíamos derrotado, porque nadie podía leer semejante mamotreto en un solo día, pero a la tarde siguiente devolvió el libro y pidió que le enviaran otro. La ansiedad se manifestaba en la cárcel de muchas maneras; en Garmendia no era tanto el interés por la lectura sino

la decisión de terminar los libros como quien supera una prueba para estar en condiciones de iniciar otra.

Algunos no se la bancaron, pero a mí esa novela me interesó mucho y, además, alumbró algunos aspectos de la vida carcelaria en los que hasta entonces no había pensado. El personaje de Settembrini me impactó especialmente porque creo que no estoy lejos de ese prototipo humano, mezcla de racionalista con romántico. En su interminable diálogo con Naphtha (cuya mirada jesuítica contrasta con cierta ingenuidad de su interlocutor), el italiano considera que “la música es políticamente sospechosa”. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, ante un mundo que no tardaría en dejarse conmover por las marchas militares, la frase que Thomas Mann pone en boca de su personaje adquiere una significación precisa.

Esa idea, que implica un rechazo por todo lo que apela a los sentimientos antes que al juicio racional, aparece como una última resistencia no sólo frente a la música, sino frente al arte, la concepción de la vida y las filosofías que intentaron expresar una complejidad del mundo que no parecía someterse plácidamente a los dictados de la razón. Georg Lukács criticaría más tarde estas concepciones a las que —con una mirada simplificadora— asignaría gran responsabilidad en la emergencia del nazismo.

Todo esto volví a pensarlo años después, cuando supe que muchos críticos sostenían que Mann había construido el personaje de Naphtha a imagen de Lukács, aunque su influencia también puede reconocerse en la mencionada frase de Settembrini. Seguramente los dos, Mann y Lukács, tenían mucho de ambos interlocutores, porque de diferentes maneras lo que éstos expresaban era el debate todavía confuso de los intelectuales en una Europa que advertía su impotencia para enfrentar la catástrofe inminente.

Ya entonces la afirmación de Settembrini sobre la música me resultaba tan rotunda como inaceptable: algo me decía que en ese carácter sospechoso, ese costado irracional, reside precisamente la atracción de la música.

Testigo privilegiado de los diálogos entre Naphtha y Settembrini o, mejor, destinatario de ellos, puesto que ambos interlocutores aspiran a convencerlo, Hans Castorp, el protagonista principal del libro, el representante de la nueva generación, oscila entre ambos discursos. Finalmente, el estallido de la guerra lo sacará de su aislamiento, convocado a sumarse a la batalla. La confusión reinante entonces en Europa queda muy clara cuando el pacifista Settembrini aprueba la participación de Hans en la guerra, como una respuesta vital de las que no había dado hasta entonces muchas pruebas este melancólico personaje. Naphtha se suicidará y el italiano se quedará mudo. No es excesivamente compleja la metáfora para expresar la crisis de todos los pensamientos en esa encrucijada europea.

En el comentario entusiasta que hice entonces del libro, en carta enviada a mi mujer, expreso mi admiración por el genio literario de Mann, pero señalo que me parecía limitada la opción que el autor plantea entre Naphtha y Settembrini, pensando que ya entonces existían otras alternativas como lo había probado el estallido de la revolución de octubre en Rusia. En el mismo sentido, desde una perspectiva marxista, en otro libro que leí en esos días, Arnold Hauser relativizaba el genio de Mann, por cuanto éste reivindicaba a Tolstoi como el más importante pensador de su época. El autor de *La historia social de la literatura y el arte* sostenía que, para asignar a alguien un lugar tan eminente como expresión del pensamiento de su tiempo, no basta que haya planteado todas las preguntas, sino que debe formular con corrección las respuestas. Mi pensamiento no es hoy exactamente el mismo. De todos modos, creo que cuando leí ese texto de Hauser ya intuía que las preguntas nunca son lo menos importante y,

además, que la literatura de ficción no tiene por qué avanzar más allá de ellas.

Volviendo a *La montaña mágica*, recuerdo que devoré las decenas de páginas en que Hans Castorp analiza obsesivamente la morfología, el funcionamiento fisiológico y hasta las secreciones del cuerpo humano pensando en la mujer amada, otra residente del hospital. Hasta tal punto llega esa obsesión de Hans, la idea de que el estudio de la materialidad del cuerpo constituye un acto de amor, que, antes que una fotografía, guarda como fetiche una “foto interior”, la radiografía del tórax de su pretendida. Tiene algo de morboso, pero también en la cárcel las referencias a la mujer tenían muchas veces ese carácter obsesivo, a veces vejatorio. Cuando se habla de una mina se la desmenuza, se la divide en partes para compararla con otras. ¿Quién tiene mejores piernas, quién un culo más paradito? Probablemente esto resulte menos sofisticado que los estudios del protagonista de *La montaña mágica* porque para regodearse con los jugos gástricos es necesario el genio de Thomas Mann.

Para los que teníamos pareja y para quienes deseaban tenerla, en la cárcel el lugar del culto a la mujer lo ocupaba la compañera, con los perfiles idealizados del poema de Mario Benedetti —“en la calle codo a codo somos mucho más que dos”—, versos que, después de un tiempo, hasta los guardiacárceles debían recitar. Pero la mujer es también —allí más que en cualquier otra parte— objeto de deseos realizados y también fallidos. En frecuentes momentos de insomnio, he recordado todas mis experiencias amorosas y, sobre todo, las frustradas. Tal vez éstas no se debieran sólo a mi falta de decisión, pero en la soledad de la celda me he castigado impiadosamente recordando tanta asignatura pendiente.

Más allá de que en la cárcel toda literatura evoca las grandes carencias — la libertad, la mujer—, lo que me resultó más fascinante de la novela de

Mann es su concepción del tiempo, una ambigua idea de la duración de acuerdo con las cosas que se viven, la experiencia acumulada. El tiempo tarda mucho en transcurrir en el sanatorio de la colina porque nunca ocurre nada distinto, los días se suceden todos iguales, las rutinas y los horarios se reiteran religiosamente. Lo mismo ocurría en la cárcel de La Plata y también en todas las otras, y a esas rutinas nos acostumbrábamos los presos tanto como para que un reflejo conservador advirtiera con alarma cualquier alteración. Sin embargo, cuando se mira hacia atrás, en la novela como en nuestra experiencia carcelaria, es esa misma falta de contenidos —ese tiempo vacío— lo que hace difícil creer que la estadía ha sido tan larga.

Homosexualidad y caída

“El rubio es puto”, dijo mi vecino de celda con ese lenguaje categórico que no reservaba solamente para las grandes ocasiones. Lo miré sorprendido y, antes que atinara a preguntarle nada, el flaco agregó: “¿No viste cómo lo mira al pibito?”. Antes de contestarle, pensé que el pibito ya no lo era tanto después de varios años de cárcel, pero, además, mirarse era una costumbre que teníamos todos. Así por lo menos me parecía cuando íbamos a las duchas y, pensándolo bien, no era difícil de explicar que después de tanto tiempo de abstinencia se hubiera potenciado la natural curiosidad que siempre se siente frente a un cuerpo desnudo.

El flaco era buen tipo y buen compañero, pero tenía una visión muy rudimentaria de la vida: con la falta de sutileza que lo caracterizaba había planteado, de la peor manera, un tema del que preferíamos no hablar. La homofobia que se expresaba en su exabrupto no era, en la cárcel, el discurso oficial de los montoneros. No recuerdo a lo largo de los años de prisión otra actitud como ésta. Pero esto se debía, seguramente, a que la mayoría de los compañeros eran más prudentes y más respetuosos, no a que aceptáramos con naturalidad el derecho de cada uno a definir su orientación sexual.

En mi experiencia de militancia montonera anterior a la cárcel no había hablado demasiado del tema. Nunca había coreado la consigna del 73, “No somos putos, no somos faloperos, somos militantes de FAR y Montoneros”. La fórmula era, antes que nada, un modo de rechazar los dichos de la derecha en la confrontación interna del peronismo, pero obviamente sólo puede explicarse porque en ella subyacía la idea de que la homosexualidad era un disvalor. Los presos generalmente evitábamos el tema, quizá porque creíamos que, después de muchos años de convivir con hombres, las posibilidades de caer en la homosexualidad se hacían mayores. He dicho “caer” porque efectivamente así lo imaginaba, como una caída, algo malo que nos acechaba y debía ser evitado.

No hay que olvidar que la cultura de esos años aún tenía una fuerte carga de discriminación hacia los homosexuales. Basta con leer las publicaciones de izquierda de la época, o textos considerados entonces tan avanzados como los de Jean-Paul Sartre, para advertir que en el modo en que se hablaba de los “invertidos” subyacía, si no un juicio claramente condenatorio, por lo menos la idea de desviación frente a cierto patrón de normalidad.

Treinta años después del diálogo que inicia este texto me tocó escuchar —en unas Jornadas sobre Diversidad, realizadas en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti— el testimonio de un compañero de militancia de los años sesenta y setenta, que recordaba las dificultades y hasta humillaciones, casi siempre no explícitas, que debió soportar como homosexual en su carácter de integrante de una de las organizaciones armadas. La mayoría de los compañeros simulaban no advertir la situación, otros le recomendaban discreción para que nadie se enterara. Pero, aunque la discriminación abierta o el rechazo categórico no eran frecuentes,

encontraba una barrera para confiar su intimidad a esos compañeros con los que a diario se jugaba la vida.

En mis razonamientos de la cárcel —si se puede dar ese nombre a lo que no me atrevía a explicitar ni siquiera en mis soliloquios— se confundían algunos prejuicios muy arraigados con un sentimiento de preservación, cierta idea de resistencia en la adversidad, que seguramente muchos presos compartían y que merecería una consideración mayor.

Algunos años después de salir en libertad, una amiga se animó a preguntarme: “¿Por qué no tenían relaciones sexuales entre ustedes?”. Me sorprendió de tal modo que no atiné a contestarle. Con naturalidad, ella agregó que ésa era la única forma de relación carnal posible, un modo de expresar la sexualidad, y que le sorprendía que hubiéramos podido reprimirlo. Luego de tomar aliento, casi balbuceando, le dije que si las relaciones entre hombres podían considerarse como un acto de libertad, una transgresión a la moral sexual dominante, en nuestro caso habrían significado, tal vez, la aceptación de las condiciones que nos habían impuesto. La homosexualidad y la locura eran las dos acechanzas de las que debíamos librarnos si no queríamos terminar siendo otros, concluí al recordar la afirmación de un compañero en una de las pocas conversaciones que en esos años rozó el tema.

Aunque hoy me parece un poco ingenuo ese planteo, lo cierto es que en la cárcel todo se vivía en clave de resistencia frente a un enemigo que apostaba a destruirnos. Resulta difícil de creer que fuera un objetivo de la represión convertirnos en homosexuales, pero no puedo considerar ilegítimo ese deseo de preservación que nos llevaba a querer seguir siendo los mismos. Quizás esto no era tan difícil como entonces creíamos, porque ahora pienso que no cambiamos tanto en esos años de cárcel.

Lo que hoy me queda claro es que el mero hecho de atribuir al enemigo el propósito de alterar nuestra identidad sexual es la mejor prueba de que entonces veíamos a la homosexualidad como algo negativo y denigrante. Como los represores eran para nosotros la encarnación del mal —para lo que habían hecho méritos más que suficientes—, se comprende que les atribuyéramos ese propósito. Aunque no recuerdo que nadie lo haya manifestado de modo explícito, creo que actuábamos aceptando ese supuesto.

En una oportunidad, las autoridades del penal de Villa Devoto introdujeron dos presos comunes en nuestro pabellón. Formaban una pareja, y eso motivó muchos comentarios. Rápidamente, todos coincidimos en que los habían traído para obtener información de nosotros, y la verdad es que ésa era la explicación más plausible viendo la buena relación que ambos tenían con los celadores y, sobre todo, considerando que habitualmente se nos tenía prohibida por completo la relación con los presos comunes. Era muy posible que los recién llegados al pabellón fueran “buchones”, pero, ¿no había también en nuestro juicio algún supuesto no explicitado que veía a los homosexuales como más proclives a la colaboración?

Con frecuencia he pensado que hablábamos mucho entre nosotros en esos años de cárcel porque el encierro genera cierta comunión cuasi escolar que no es frecuente en los adultos. Sin embargo, eran importantes los límites que nos imponíamos y muy numerosos los temas que, de hecho, estaban vedados. De nuestras mujeres se hablaba, en general, de un pasado en el que los malos momentos se olvidaban y de un futuro idealizado, pero era menos frecuente imaginar cómo estarían viviendo el presente porque, para los maridos presos, en la selva de afuera no sólo acechaba la represión. La organización había dado, en distintos momentos, orientaciones contradictorias a quienes tenían presa a su pareja. A veces se recomendaba

una fidelidad sin fisuras; en otros casos se pensó que, en circunstancias tan duras, era mejor que los militantes no estuvieran solos y se alentaba que constituyeran una nueva relación. En ambos casos, las recomendaciones resultaron incumplidas: el mundo de los afectos resistía someterse a la disciplina partidaria.

De política hablábamos todo el día, pero evitábamos generalmente plantear las dudas y diferencias con nuestra propia fuerza, menos por defender una ortodoxia que cada vez podía sobrevivir en menor medida al cotejo con la realidad que para preservar la unidad del grupo que se vivía como nuestro principal sostén. De la homosexualidad, como ya dije, no se hablaba. Me interesaría saber cómo vivieron esa experiencia otros compañeros. Tal vez hoy resulte tan difícil plantearlo como entonces, aunque haber escrito estas líneas quizá pueda considerarse un avance.

Fuga

La calle se ve muy cerca. El flaco, un agente penitenciario cuya amabilidad resulta sospechosa, me lleva hasta la enfermería, a un costado del patio, para buscar unos medicamentos. Pocos metros nos separan del otro lado de las murallas. Pero, desde que impusieron el régimen de máxima seguridad, nos habíamos acostumbrado a la idea de que era casi imposible escapar. Pese a eso, o tal vez por eso mismo, pensamos siempre en la fuga, como esas fantasías que resumen muchos otros deseos. El subprefecto Kenia, un correntino de piernas arqueadas como un oficial de caballería, veterano de tantas palizas a frustrados escapistas, sabe bien lo que dice: el preso siempre piensa en fugarse.

De pronto, el “yuga” (así llamamos a nuestros custodios) que me hace marchar con las manos en la espalda me dice:

—¿Querés salir?

Creo que me está cargando. Lo miro bien; es un tipo de unos veinte años, delgado, morocho, como la inmensa mayoría de los empleados del Servicio Penitenciario, con una mirada que no provoca desconfianza. Parece un buen tipo, aunque esa propuesta es decididamente ridícula.

—¿Salir cómo? ¿Vos decís irnos de acá? —pregunté.

—Claro, boludo —me respondió—, por un ratito; después volvemos, pero podés ver la calle.

No puedo creer lo que escucho. No parece una trampa porque, en todo caso, es él quien se compromete, aunque no resulta muy fácil tomarse en serio lo que me está diciendo.

—¿Por dónde vamos a salir? —agrego yo, sumando más preguntas a mi desconcierto.

—Por donde nos escapamos nosotros cuando estamos de guardia, no por la puerta; dejame hacer a mí —dice el penitenciario y agrega, guiñando el ojo izquierdo—: eso sí, me tenés que prometer que no te vas a retobar cuando estés afuera.

Todo me parece tan irreal que no me cuesta mucho asentir. Ésa parece la condición para seguir jugando el juego y, además, bastante difícil me resulta imaginarme afuera como para plantearme seriamente la posibilidad de volver o no volver.

A todo esto, nos estamos acercando al borde de la cárcel. Las murallas parecen tan infranqueables como siempre. Pero mi acompañante (a esa altura ya no habría sido justo decir mi carcelero) de pronto encuentra una puerta disimulada y con una pequeña llave la abre. Afuera está oscuro. Sin embargo, me parece que por esa puertita entra un haz de luz que va creciendo, como si el mundo exterior aprovechara cualquier rendija para penetrar.

El flaco me ayuda a inclinarme y, sin soltarme el brazo, me hace salir. Después comenzamos a caminar por una calle casi desierta pero en la que se ven señales de vida. En algunas casas hay luz, uno puede imaginarse que están comiendo o mirando tele, o ambas cosas. En la esquina una mujer de unos treinta años, buenas piernas, con pinta de empleada de oficina, espera

el colectivo. No son más de las diez de la noche, pero el barrio tiene poca actividad. Caminamos otra cuadra y llegamos a un bar. Mi compañero me hace cambiar de vereda para no pasar tan cerca. A mí me gustaría entrar, tomarme un café y mirar el partido de billar en el que, con más rutina que entusiasmo, están trenzados dos parroquianos. Pero eso, seguramente, no sería prudente. Aunque, en una situación tan irreal como la que estoy viviendo, tampoco podría explicar cuál sería una conducta prudente.

Caminamos otra cuadra y pasamos frente a una estación de servicio. Hay un teléfono público afuera y pienso que podría llamar. El penitenciario me disuade rápidamente y esta vez no le cuesta convencerme. ¿Qué habría dicho si hubiera llamado? ¿Que estoy paseando por los alrededores de la cárcel? Eso podría alarmar aun más a mi mujer, que ya tiene bastante con un marido preso para que ahora, además, piense que se ha vuelto loco. De algún modo empiezo a comprender las limitaciones de mi situación.

No estoy en libertad porque no puedo hablar con nadie ni hacerme ver demasiado ni entrar a un café o hacer nada que pueda llamar la atención. Sólo puedo caminar del brazo de mi acompañante. Éste me sujeta con cierta fuerza, pero no parece estar llevando a un preso: somos dos amigos caminando juntos por el barrio y nuestra presencia no parece llamarle la atención a nadie.

A pesar de tantas cosas que no puedo hacer, estoy fascinado. Hace mucho que no veo la calle, la vida normal de la gente normal que sigue desarrollándose con naturalidad en Villa Devoto como en cualquier otro barrio. Además, aunque todavía no me animo a pensar en la verdadera libertad, tengo razones para creer que la situación es más favorable a medida que nos alejamos del penal.

Doblamos una cuadra antes de llegar a la avenida. Cada vez se encuentra menos gente, un kiosco está cerrando y en la parada de colectivo un tipo

parece estar esperando desde hace rato. No hay mucho para ver, pero quizás eso sea lo bueno. Cualquier otra situación extraordinaria sería considerada inconveniente por mi compañero y, además, ese caminar en silencio, sin mirar para abajo, sin manos atrás, cada vez se parece más a la libertad.

De pronto, el flaco mira la hora. Son casi las once.

—Tenemos que volver —me dice.

—¿Volver? —digo yo, y agregó, consciente de que estoy diciendo una tontería—: ¿Adónde?

—Al penal, ¿qué te pensás? —me contesta el otro y me mira asombrado.

Algo debe de haber visto en mis ojos que no le gusta, porque los suyos se le agrandan cada vez más. Mientras, en su cara pueden verse muchas cosas: sorpresa, bronca, quizá desencanto.

No le doy tiempo a expresar todos esos sentimientos. Me zafo del brazo con fuerza, tanta que el flaco tambalea, y después le grito:

—¡Vos estás loco si creés que voy a volver!

Lo empujo y cae sobre la vereda. Ahí empiezo a correr tan rápido como puedo, con desesperación, como quien no está dispuesto a dejar que pase de largo la libertad.

Tanta energía no me lleva muy lejos. A los pocos pasos tropiezo y caigo con fuerza. Lo que imagino como el estrépito del golpe hace que me incorpore en la cama, mientras mi compañero de celda sigue roncando, totalmente ajeno a lo que está ocurriendo. Me da mucha bronca advertir que todo ha sido un sueño, pero sobre todo pensar que creí en la realidad de una situación tan absurda. Ahora estoy más preso que antes, porque fracasó un intento de fuga. Además, cuando quiero dormirme, los ojos del flaco, cada vez más grandes, me persiguen.

A la mañana siguiente, cuando salimos al recreo, mi compañero del trayecto nocturno está en la puerta del pabellón. Lo miro desde lejos, parece

un pibe y no tiene esa pinta de malo que otros cultivan tan empeñosamente. Cuando paso frente a él miro para abajo, pero alcanzo a ver sus ojos. Tienen una expresión tranquila pero algo triste, como si me estuvieran diciendo: “Hermano, en vos no se puede confiar”.

A las cinco de la tarde

Las cinco de la tarde no era una hora habitual para traslados en la cárcel de La Plata. También resultaba sospechoso que los internos a quienes se había ordenado que prepararan su “equipaje” fueran dos de los presos más importantes. Rufino Pirles, el “Palometa”, era oficial superior, la más alta jerarquía de Montoneros, y Dardo Cabo, también jefe importante de la organización, venía cargado de prestigio como uno de los dirigentes históricos de la Juventud Peronista.

Dardo, más desconfiado, ocupaba la primera celda a la entrada del Pabellón 1 de la Unidad 9 de La Plata. Llamó a Pirles, que estaba esa tarde en el pasillo repartiendo cosas por las celdas, para exponerle sus temores. El “Palometa” fue a averiguar, con esa ingenuidad obligada por la situación carcelaria: todos sabíamos que no había por qué creer lo que nos dijeran, pero no se podía sino preguntar. El celador contestó que iban para el penal de Sierra Chica. La respuesta pareció tranquilizar a Pirles pero no a Dardo, quien seguía pensando que todo era muy extraño.

Pegados a la puerta de las celdas, los demás escuchábamos el diálogo. No faltaban motivos para inquietarse porque pocos días antes, cerca de la

Navidad del 76, habían reorganizado a la población de la cárcel de La Plata, según una clasificación de “peligrosidad”, y se había ubicado en nuestro pabellón a los que consideraban con mayor responsabilidad entre los montoneros. En esos días vimos desde nuestras celdas a algunos presos que caminaban libremente, sin las manos atrás, por los patios y pasillos del penal. Eran los “buchones” que dieron el salto y colaboraron con las autoridades del penal en la elaboración de las listas. Uno de ellos dijo entonces: “Los más pesados van a ser boleta”.

No creímos demasiado esos dichos de nuestros ex compañeros, ansiosos por demostrarnos un poder que no tenían. De todos modos, había razones para no subestimar la amenaza: treinta y cinco presos habían sido asesinados en la Penitenciaría de Córdoba el año anterior. Y no tuvimos en cuenta, entonces, que el responsable del área militar de la cárcel cordobesa, el general Juan Bautista Sasiaiñ, había sido trasladado al comando de la X^a Brigada, con sede en La Plata, poco antes de empezar el nuevo año. No había razones para suponer que no intentaría reiterar sus hazañas en su nuevo destino.

Podría decir que con Dardo no había tenido relación, si se exceptúan algunos diálogos en la cárcel de Villa Devoto a través de los huecos de los retretes. En el penal no había inodoros sino simplemente huecos en el piso, como aún se ven en muchas casas viejas. Los limpiábamos obsesivamente todo el día y, a las horas convenidas, nos acostábamos con la cabeza en el hueco y podíamos tener largas charlas en línea vertical con los ocupantes de las celdas correspondientes de los cinco pisos del edificio.

A Dardo le gustaba poner motes y otorgar distinciones honoríficas y, en uno de nuestros escasos diálogos, teniendo en cuenta mis antecedentes como periodista, me designó “boletínero de todos los ejércitos”. Pero la

ceremonia consistió sólo en un discurso, porque a través de los huecos de los sanitarios no era posible ningún protocolo.

Con el Palo Pirles llegamos a ser muy amigos. Apareció en mi celda de Devoto una noche muy tarde, en diciembre de 1975. Ni mi compañero de celda —un médico de andar cansino, cuya apariencia hacía difícil sospechar que era el mejor jugador de fútbol— ni yo lo conocíamos, y la mirada de desconfianza que intercambiamos fue más que significativa. ¿Quién era ese preso desconocido que venía a romper la intimidad que habíamos llegado a crear entre los dos? ¿Sería un simpatizante o, tal vez, alguien ajeno a nuestro sector militante? Posiblemente estas prevenciones políticas no hacían más que encubrir el rechazo a lo nuevo que todos los presos van incorporando. Esa actitud conservadora parte de un supuesto la mayoría de las veces confirmado: en la cárcel siempre es posible que ocurra algo peor.

Por supuesto, este rechazo inicial no fue expresado, no sólo porque se impusieron las buenas maneras, sino porque compartíamos un sentimiento de solidaridad con todos los presos políticos. Pero no sería sincero si ocultara que por los menos a mí no me cayó bien nuestro visitante de madrugada. Pirles tenía una fisonomía muy particular. No es que los demás presos fueran todos bien parecidos, pero el recién llegado decididamente no lo era, con un rostro inexpresivo cuyo único rasgo extraordinario era esa nariz muy sobresaliente a la que debía su apodo. El Palo, que no ignoraba la impresión que causaba a sus interlocutores, a los pocos minutos de charla trajo, como al descuido, un dicho que atribuyó a Fidel Castro: “Para la militancia política, nada mejor que una buena cara de pelotudo”.

Bastó ese gesto para advertir que nos encontrábamos ante un personaje muy especial, con una autoestima tan sólida como para no temer el ridículo. El recién llegado desarmó nuestras prevenciones y mostró que no ignoraba qué estábamos pensando. A partir de allí nos hicimos amigos. Pasábamos

mucho tiempo jugando al ajedrez, sentados en el piso sobre las piernas cruzadas, inclinándonos alternativamente el uno hacia el otro, como en un gesto de mutua pleitesía. Actuábamos lo que después supe que era un tradicional rito carcelario. Pero, sobre todo, conversábamos, porque con el Palo se podía hablar de muchas cosas.

Me fascinaba ese ingeniero químico que tocaba todos los temas con la precisión que se espera de su profesión. Aunque su cordialidad lo suavizara, todo lo que decía el Palo era rotundo, contundente. Llevado por la militancia política, había conocido mucho la Argentina y tenía datos y opiniones claras sobre la economía y las características de cada región. Era de los que no tenían dudas de que los montoneros estaban llamados a gobernar el país, y se había preparado para eso. A esa altura, colmado de diferencias e interrogantes, yo estaba lejos de tal seguridad y envidiaba esa confianza que no podía compartir. Él seguramente lo advertía, pero sabía respetar mis silencios.

Se los llevaron de nuestro pabellón esa tarde del 5 de enero de 1977. Por la noche nos dieron una comida inusualmente buena —una excelente milanesa con puré de papas— y no pudimos menos que relacionarla con el ominoso traslado: ¿un gesto amable para evitar reacciones o un modo sofisticado de burlarse de nosotros? En los recreos del día siguiente la preocupación se expresaba de distintas formas pero, más allá de las especulaciones, todos temíamos lo peor.

El diario del 7 de enero nos quitó toda esperanza. Dardo y Pirlés habían sido muertos, decía un comunicado militar, cuando intentaron darse a la fuga en momentos en que eran trasladados al penal de Sierra Chica. En otros términos, les habían aplicado la ley de fuga; los habían fusilado, porque todos sabíamos que resultaba imposible escapar de esos camiones de traslado (esta vez escoltados por fuerzas militares) sin la complicidad de

quienes los conducían. La nota de *Clarín* no hacía, por supuesto, estas consideraciones, pero se inhibía también de tomar la mínima distancia como para dejar al juicio del lector la posibilidad de dudar sobre la veracidad del comunicado militar.

Mientras recordábamos una y otra vez a nuestros compañeros, en los días sucesivos se generó entre los ocupantes del pabellón una corriente de afecto y solidaridad que se constituiría en uno de los recuerdos más fuertes de esos años. Ya no había razones para subestimar las amenazas que habían circulado. La muerte de Pirles y Dardo podía leerse como el comienzo de una campaña de exterminio de los presos más comprometidos con la organización. Lo mismo parecían creer nuestros compañeros de afuera.

En esos días recibí una hermosa carta de Lila, todavía en libertad. Parecía contener su preocupación, pero el escrito tenía mucho de balance. Recordaba cómo nuestra relación había estado desde siempre vinculada a la militancia política (nuestra supuesta luna de miel había sido, en realidad, un viaje a Cuba de preparación para la guerrilla). Me decía, con el lenguaje ligeramente metafórico a que obligaba el control de la correspondencia, que todos estos años habían valido la pena, no porque fuéramos suicidas sino porque queríamos construir un mundo mejor. Me hacía también algunos reconocimientos que halagaron mi vanidad —ésta no desaparece en los momentos de peligro—, sobre todo cuando me asociaba con el Gramsci del pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad que ya entonces se había convertido en mi referencia teórica más importante. Salí al recreo emocionado y le conté lo que decía la carta a uno de los compañeros con quienes tenía más confianza: “Qué hermosa carta —me dijo—, pero es una despedida. Afuera piensan que nos van a matar a todos”.

En la primera visita de los familiares organizamos con ellos una campaña de denuncia que tendría fuerte repercusión internacional. ANCLA, la

agencia clandestina de noticias que había creado Rodolfo Walsh, hizo una parte importante de esa tarea. Asimismo les pedimos a nuestros parientes que hablaran con las autoridades del penal para solicitarles garantías, a fin de que se hicieran responsables de nuestra situación. Con el mismo propósito, también algunos de nosotros pedimos entrevistar al director. Para mi sorpresa, pocos días después me concedió una audiencia.

Hundido en el sillón de su escritorio, el prefecto Néstor Dupuy — enjuiciado y condenado hoy por esas muertes de nuestro pabellón y otras graves violaciones a los derechos humanos— parecía todavía más petiso. Frente a él, yo estaba parado con las manos atrás. La imagen habla menos de un diálogo que de la sumisión propia de la relación carcelaria; sin embargo, tuvimos una conversación tan cordial como improductiva.

Con el propósito de tranquilizarme —así dijo—, el prefecto me aseguró que él no entregaría a ningún preso si la autoridad militar no le firmaba los papeles correspondientes. Sorprendido por el burocrático argumento, le pregunté si en el caso de Dardo y Pirles esas formalidades se habían cumplido, a lo que contestó: “Por supuesto; si no, yo no entrego a nadie”. Como yo repliqué señalando que entonces carecíamos de toda garantía, porque los militares le firmarían todos los papeles y seguirían sacando gente para fusilar, el prefecto me miró con asombro, sorprendido de que yo creyese en la posibilidad de que él discutiera una orden de la autoridad militar. Seguí argumentando un rato, consciente, sin embargo, de que allí había terminado la entrevista.

El caso del prefecto Dupuy fue para nosotros un anticipo del debate sobre la obediencia debida que se plantearía con el retorno a la democracia y que hoy ha sido resuelto al rechazarse ese eximente para los delitos de lesa humanidad. De todos modos, si el prefecto quisiera argumentar que la cárcel estaba sometida entonces a la autoridad militar y que él no podía

negarse a entregar a un preso, aun cuando pudiera sospechar qué suerte habría de correr, igual debía ser condenado —como efectivamente ocurrió— por otros crímenes de los que fue responsable directo, como la muerte de dos internos molidos a golpes en el calabozo.

A las sombrías expectativas que generaba la entrevista con el director habría de sumarse, pocos días después, la visita de dos oficiales del ejército que entraron a las celdas de algunos compañeros, amenazándolos sin ningún tipo de eufemismos. Hasta entonces no se habían producido hechos como éste, que habían sido frecuentes antes y después de las muertes en la cárcel cordobesa. Más tarde, cuando habían pasado veinte días de los primeros traslados, otros dos compañeros fueron sacados del pabellón. El desenlace fatal ya no podía sorprendernos, y el único aspecto singular (del que hablaremos más adelante) fue la sustitución de uno de los condenados a muerte por otro compañero.

Tengo un recuerdo insólito de ese tiempo en que el dolor por la muerte de nuestros compañeros de pabellón se acompañaba del fundado temor sobre lo que podía ocurrirnos a los demás. Leí en esos días, y también lo hicieron otros, el libro de Simone de Beauvoir, *Todos los hombres son mortales*. Fosca, el protagonista de la novela, consigue la inmortalidad y atraviesa con vida, y con un profundo aburrimiento, todas las edades de la historia. Conoce distantes regiones, combate en largas guerras o duerme años enteros, pero, cansado de vivir, ya no puede encontrar sosiego. Es una novela filosófica con una tesis muy explícita: el hombre es un ser para la muerte y, privado de esa condición, la vida misma parece no tener sentido. No atribuyo a la perfidia de nadie, sino a la casualidad, que esa novela haya llegado a nuestro pabellón justo en esos días en que cada uno de nosotros sostenía un diálogo íntimo con la muerte posible. Se comprenderá que, en

esas circunstancias, las desventuras de Fosca no hubieran alcanzado a conmovernos.

Seguramente habrá que atribuir a cierto escándalo generado en el exterior por las denuncias sobre las ejecuciones que durante ese año no hubiera más traslados con destino fatal. A comienzos del año siguiente, sorpresivamente, fue sacado del pabellón otro compañero con el que no había llegado a tener mucha relación —Miguel Domínguez, el “Cabezón”— que, a diferencia de los anteriores, nunca apareció. Corrieron la misma suerte Gonzalo Carranza y Guillermo Segalli, dos integrantes del Pabellón 2 que reunía a los dirigentes del Ejército Revolucionario del Pueblo.

De ese mismo pabellón de la Unidad 9 trasladarían a Villa Devoto a un compañero que nosotros conocíamos con el apellido García. Éste, que había sido soldado conscripto del Regimiento de Catamarca en momentos en que el ERP tomó ese cuartel, permaneció detenido más de tres años sin que se conociera su verdadera identidad. Pero finalmente se reveló y Pettigiani —tal era su verdadero apellido— fue trasladado a Devoto, donde en ese momento ya no había más presos políticos, a excepción de las detenidas en el Pabellón de Mujeres. Durante un tiempo fue un preso solitario y luego lo hicieron desaparecer.

Después no se repitieron estos episodios, y los presos de ambos pabellones fuimos repartidos en otras cárceles. Siempre siguió existiendo, sin embargo, un vínculo muy fuerte entre quienes habíamos participado de aquella experiencia, como pudimos comprobarlo al entrar a la cárcel y recorrer los pabellones treinta años después. En esa ocasión, la prensa recogió una frase de un discurso que improvisé, intentando contener la emoción. En estas situaciones es inevitable bordear la cursilería, pero cómo no decir que “nunca nos quisimos tanto” como en aquellos días, si es precisamente en esos momentos de dolor e incertidumbre cuando se forjan

los sentimientos más profundos. La historia de los “pabellones de la muerte”, como el recuerdo del diálogo entrañable con el “Palometa” Pirlés, me sigue acompañando hasta hoy.

Todo viaje es un problema

El anuncio de traslado era siempre recibido como una mala noticia. Es habitual que se reciban golpes saliendo de un penal o entrando al otro, y además, después de las experiencias que se habían vivido en varias cárceles, resultaba imposible descartar la posibilidad de no terminar con vida. Por otra parte, después de un tiempo, el preso se acostumbra a un régimen por más severo que sea y puede razonablemente suponer que cualquier cambio será para peor. Es cierto que también podría esperarse que el traslado conduzca a una situación mejor, pero este pensamiento era mucho menos frecuente: en el contexto político que vivíamos en los primeros años de la dictadura, escuchando a diario los discursos incendiarios contra “la subversión”, no había muchas razones para creer en mejoras de la situación carcelaria.

Un traslado finalmente frustrado, a mediados de 1976, fue la primera ocasión en que consideré seriamente la posibilidad de no sobrevivir. En Villa Devoto reunieron a un grupo de presos de diferentes pabellones y nos comunicaron que íbamos a ser trasladados sin decirnos, obviamente, cuál era el destino. Cuando vi quiénes integraban el grupo (todavía recuerdo el

puñetazo en una oreja que recibí por infringir la prohibición de mirar al costado), advertí que habían hecho una selección de presos que en el penal se consideraban “pesados”, muy similar al grupo que integraría más tarde, en La Plata, “los pabellones de la muerte”. Cuando estábamos en los trámites del traslado, de pronto llegó una contraorden y nos llevaron a todos a un mismo pabellón, donde esperamos varios días que se concretara el viaje a nuestro nuevo destino. A mí me tocó una celda con dos de los compañeros que estarían en el Pabellón 1 de La Plata. Uno de ellos, el Palo Pirles, como ya hemos dicho, sería asesinado allí.

En esos días supimos que Mario Roberto Santucho había sido muerto por una patrulla del ejército, y la noticia produjo una profunda tristeza en el pabellón. Fundador del Ejército Revolucionario del Pueblo, el “Roby” ejercía un liderazgo indiscutido sobre sus compañeros. Ante el temor de alguna reacción por parte de los presos de esa organización, el oficial a cargo recibió la orden de sancionar a algunos, pero el castigo —unos días sin salir a recreo— recayó en nuestra celda, donde los tres éramos de Montoneros. Es difícil creer que haya sido un error, porque a esa altura nos tenían bastante ubicados a todos; quizá pensaron que de ese modo generarían alguna contradicción en el pabellón. El servicio de inteligencia del penal podía reunir todos los datos sobre la ubicación política de los presos —generalmente esta información se encontraba en las causas judiciales—, pero no le resultaba fácil entender cuál era el margen de acuerdos y desacuerdos entre las diferentes fuerzas y, en consecuencia, prever nuestros comportamientos. Nosotros teníamos diferencias profundas con el ERP, pero era impensable que no fuéramos solidarios en un momento tan doloroso para ellos.

A medida que pasaban los días y no nos reintegraban a los pabellones de origen, circulaban versiones más preocupantes sobre nuestro destino. Por

eso pedimos a los familiares que hicieran todas las gestiones posibles a fin de detener ese traslado cuyas perspectivas nos parecían tan aciagas. Como mi origen familiar no me permitía recurrir a las embajadas de otros países más poderosos, solicité a mi madre que llevara el reclamo a la embajada de El Líbano. Días después, el embajador le comunicó el resultado de sus gestiones ante la Cancillería. No sólo no se le dio ningún tipo de garantías, sino que le recriminaron que se prestara a las maniobras subversivas, lo que el embajador se comprometió a no hacer nunca más. No era ésa, evidentemente, la vía para garantizar nuestra seguridad.

¿Por qué se les pega a los detenidos en los traslados de una cárcel a otra? En principio, supongo que una norma no escrita del código penitenciario sostiene que con una buena paliza los presos se vuelven más mansos, se *ubican* más claramente en la situación y se comportan como se espera de ellos. Pero no me parece que esta racionalidad penitenciaria baste como explicación. Porque esa agresividad innecesaria también puede provocar reacciones pero, sobre todo, porque el placer con que las más de las veces se practica esta costumbre de golpear a los trasladados hace pensar que esa actitud lúdica no requiere de ninguna justificación adicional.

No en todos los casos éramos golpeados. Algunos traslados, como el de Devoto a La Plata en octubre de 1976, eran demasiado masivos y, en esos casos, las palizas podían hacer menos controlable lo que ya se presentaba como un operativo complejo. En otra oportunidad, por el contrario, me tocó viajar solo —desde un aeropuerto de La Matanza hasta Rawson, con una escala— en un pequeñísimo avión, cuya única tripulación estaba formada por el piloto y el oficial que me custodiaba.

Esposado y atado con una cadena al piso del avión, carecía de posibilidades de escapar, pero en esta ocasión, a diferencia de otros traslados, no me obligaban a bajar la cabeza. Viendo la inmensidad de la

Patagonia a mis pies sentía una curiosa sensación de poderío: como si, de algún modo, a pesar de mis ataduras yo también estuviera comandando el avión. Ajeno a este desborde de mi imaginación, el oficial no parecía preocuparse. Sin embargo, no me quitaba la vista de encima. Estuvo callado casi todo el trayecto, pero no se le ocurrió pegarme. Habrá pensado que era ridícula esa violencia entre dos tipos solos en las alturas, o quizá puede haber temido las consecuencias de cualquier forcejeo sobre la estabilidad del pequeño avión, o, simplemente, estando solo le faltaban las motivaciones que encuentran los penitenciarios cuando actúan en patota.

Una experiencia, la de nuestra salida de Sierra Chica al penal de Rawson en abril de 1979, muestra hasta qué punto la violencia contra los presos trasladados era un entretenimiento, una actividad casi deportiva, para quienes hacían la requisita. El control de los bultos se realizaba esa noche con tranquilidad y los penitenciarios parecían de buen humor. Se seguía para la requisita un orden alfabético. Por lo tanto, yo me encontraba al final del extenso pelotón, dado que estaba registrado como Yazbeck, no con el apellido que he usado toda mi vida sino con el que figura en primer término en el documento de identidad.

Cuando estaban llegando a la mitad del alfabeto, el frío arreciaba y los carceleros comenzaban a aburrirse. Así fue que, un poco para calentarse y otro poco para divertirse, se animaron primero con algunos empujones a los trasladados y después empezaron las trompadas, las patadas y los pisotones sobre los pies descalzos. Cuando llegamos al final, los muchachos parecían más divertidos y habían entrado en calor. Las caras de satisfacción del personal penitenciario mostraban los efectos terapéuticos que tienen para ellos estos rituales de violencia que cumplen con el buen ánimo de quien realiza un ejercicio deportivo. Una vez más renegué, esta vez con motivo,

de ese apellido familiar que nunca he querido usar: los últimos de la fila habíamos recibido una paliza importante.

Las inquietudes del nuncio

La misa era una de las pocas actividades colectivas que nos permitían en la cárcel, también una ocasión para salir del pabellón. Se comprenderá, entonces, que asistiéramos hasta quienes no éramos creyentes. Entonábamos con gusto las canciones que leíamos en unos papelitos distribuidos por el cura, aunque los textos generalmente eran un tanto triviales. Además, la lectura de los libros sagrados o los sermones del oficiante resultaban atractivos en una situación que hace ver todo desde una perspectiva distinta, donde todo se transforma en un estímulo para pensar.

Recuerdo que en una misa el sacerdote nos hablaba de la necesidad de querer al prójimo como a uno mismo, lo que no tenía, por cierto, nada de novedoso, hasta que nos dijo: “Se dan cuenta de cuánto nos pide Dios, porque uno se quiere mucho a sí mismo”. Yo nunca había pensado sobre eso. No sólo porque antes de la cárcel mi actitud era, en general, menos reflexiva y dispuesta al autoanálisis, sino también porque tal vez me gustaba creer que uno vivía para los otros y que un principio no escrito de la ética militante impedía pensar demasiado en uno mismo. Sospecho que así

justificaba las resistencias al psicoanálisis que, en mi caso, eran tan fuertes en esos años.

Es evidente que la cárcel me hizo pensar mucho en estos temas, porque releendo una carta enviada a mi mujer, después de varios años de detención, descubrí un párrafo en el que reconocía que en mi vida anterior mostraba cierta incapacidad para gozar plenamente de las cosas de la vida sin algún sentimiento de culpa. Esto debía considerarse como una expresión de inmadurez, según se desprende del tono crítico del párrafo en cuestión. Sin embargo, todavía hoy me pregunto: ¿es posible no sentir algo de culpa frente a la realidad de este mundo lleno de oprobio? ¿No es sano sentir alguna responsabilidad frente a la injusticia, aunque sea porque no hacemos lo suficiente para combatirla?

Cuando estaba preso no había leído todavía lo escrito por Karl Jaspers con respecto al Holocausto, que distingue diferentes tipos y grados de culpa. Una es la de los criminales y sus cómplices, otra la del Estado y los políticos, otra la de los que no reaccionaron frente al terror, pero también hay una culpa que Jaspers llama metafísica, la de todo ser humano frente a la realidad de la opresión y el horror. Desde otra perspectiva filosófica, no era demasiado distinta la visión del Che Guevara cuando recomendaba a sus hijos, en la carta de despedida, que sintieran como un golpe en la propia mejilla toda injusticia cometida contra alguien en cualquier lugar del mundo.

Aunque podría encontrarse cierta veta religiosa en esta actitud ante la vida, yo había dejado de ser católico en la adolescencia. Mis convicciones en materia de religión cedieron en cuanto se despertó el interés por la política. Sólo unos años más tarde aparecerían los curas del Tercer Mundo, y no era aún el tiempo de los diálogos entre cristianos y marxistas: me parecía que la Iglesia mal podía ofrecer entonces algo atractivo a quien

buscaba abrirse a las complejidades del mundo. Por otro lado el liceo militar, donde cursaba la escuela secundaria, me provocaba, como respuesta al autoritarismo y la sinrazón de la disciplina, un entusiasmo ingenuo por la libertad de pensamiento. El sacerdote que entonces asistía a los cadetes, un hombre gordo y sensual que no se destacaba precisamente por sus dotes intelectuales, no podía aportar mucho a mi crisis religiosa. Un día me vio leyendo *El hombre mediocre*, de José Ingenieros, libro que yo llevaba en actitud provocativa porque sabía que la Iglesia no autorizaba su lectura: “Me parece que es malo —dijo—, voy a averiguar”. Esa conjunción de dogmatismo e ignorancia me pareció excesiva, y el episodio me dio fuerzas para considerar que, para mí, la religión había quedado atrás.

Así fue durante mucho tiempo. Cuando a mediados de los años sesenta surgieron los movimientos de los cristianos sociales, la fuerte simpatía que me provocaron no me llevó a modificar mi actitud ante la religión. Más tarde, en el peronismo, descubriría una presencia de lo religioso en la política a la que no estaba acostumbrado. Había curas simpatizantes en muchos barrios y con frecuencia era la misa la actividad preferida, porque permitía la convocatoria más amplia. A partir del enfrentamiento con Perón, cuando resultaba difícil encontrar el rumbo político, la tendencia a convocar misas se fortaleció entre el activismo territorial montonero, y esto no sólo en circunstancias tales como los aniversarios de la muerte de Evita, en las que la celebración podía parecer más justificada. No era sino una consecuencia de la ausencia de política. Así como cualquier conflicto sindical podía tener como respuesta una operación armada, también toda convocatoria barrial podía dar buena ocasión para una misa, aunque no fueran creyentes quienes la convocaban.

En la cárcel compartí la celda en los primeros tiempos con un sacerdote militante de Montoneros, el mismo con quien —como ya señalé— fuimos

llevados a los calabozos. Era de ascendencia árabe y tal vez por eso me resultaba más familiar. Un tipo encantador que sabía tratar a los compañeros como antes trataba a sus feligreses. Fumaba mucho y siempre conseguía cigarrillos, porque pedía las cosas de un modo que resultaba difícil decirle que no. “Son dos mil años de historia”, repetía para explicar esa habilidad de los hombres de la Iglesia para manejarse en las situaciones más diversas.

Me contó las rutinas de la vida parroquial y las picardías a las que se veían obligados a recurrir los curas de pueblo para sacarse de encima a los devotos más insistentes, como decir que todas las canillas estaban bendecidas para ahuyentar a quienes venían a pedir agua bendita a la hora de la siesta. Pero también hablamos mucho sobre la religión, sobre la vida de los sacerdotes, sobre la política de la Iglesia y otros temas, entre ellos, el celibato sacerdotal. Por primera vez, en esas largas charlas a que invitaba la soledad de la celda, comprendí el conflicto que vivían los curas que sentían las pulsiones de la vida y, creyentes en las normas de la Iglesia y decididos a mantenerse en ella, se enfrentaban a una opción muy difícil: reprimían el deseo o vivían como una hipocresía la transgresión no declarada.

Mucho se ha escrito sobre la súbita conversión religiosa de quienes padecen encierro. Silvio Pellico, el héroe del romanticismo italiano, autor de *Mis prisiones*, estuvo diez años en una cárcel austríaca pero no esperó sino un día para superar todas sus dudas y abrazar un catolicismo militante. En la soledad de la prisión la religión debe de funcionar como consuelo. Es comprensible que se sienta menos solo quien puede rezar o mantener un diálogo con Dios. Pero cuando caí preso mi agnosticismo de los catorce años se había fortalecido y nada de lo ocurrido me hizo pensar otra vez en la religión. Sin embargo, entre las lecturas de la Biblia —sin duda, el libro que alguien debería elegir si pudiera llevar sólo uno a la isla perdida en el

océano— y los diálogos con el sacerdote que me acompañaba en la celda, mi visión de la cuestión religiosa se fue enriqueciendo, a partir de lo cual adopté una actitud menos simplista y más tolerante.

Junto con el cura leímos, en mayo de 1976, la Declaración de la Conferencia Episcopal Argentina que justificaba la tortura, alegando que situaciones extraordinarias autorizaban el recurso a procedimientos igualmente extraordinarios. También conocimos los flamígeros arrebatos de monseñor Bonamín, que presentaba la represión como la tarea de los mejores hijos de Dios. En esos días murió el arzobispo de La Rioja, monseñor Enrique Angelelli, en un accidente automovilístico que daba para las sospechas, aunque sólo años después sabríamos que había sido asesinado con la complicidad, o por lo menos el silencio, de la jerarquía eclesiástica. En cuanto a los otros obispos progresistas, no podían hacer oír su voz en esos primeros años de dictadura.

En La Plata, cuando sacaron de nuestro pabellón a varios presos para matarlos, el obispo Antonio Plaza, muy cercano al general Ramón Camps, no prestó ninguna atención a los reclamos de los familiares. El párroco de la cárcel, un cura bonachón que tenía buen diálogo con nosotros, buscó la manera de que no lo asociáramos con esa actitud de complicidad con los militares. En más de una ocasión nos decía, en tono de confidencia y con expresión de desagrado: “Nunca puedo ver al obispo porque siempre está con el general”, e insistía: “Cada vez que voy a verlo, está con el general”. Un modo de hacernos saber, en esos días tan angustiosos para nosotros, que él no aprobaba el comportamiento de su superior.

Hombre afable, de buen trato, el obispo Argimiro Moure, de la diócesis de Comodoro Rivadavia, que me visitó en la cárcel de Rawson, aceptó algunos encargos para la familia y me dejó un recuerdo grato. Se decía que pertenecía al sector moderado de la Iglesia y no se parecía a los halcones

que habían bendecido la represión. A comienzos de los años ochenta, cuando lo principal de la tarea sucia ya se había realizado, el Episcopado iba modificando gradualmente su actitud de apoyo firme a la dictadura militar.

El nuncio apostólico Pío Laghi, habitual compañero de tenis del almirante Emilio Massera (según supimos más tarde), visitó el penal de Caseros, recorrió los pabellones y saludó personalmente a cada uno de los presos, pero no pudimos dialogar con él. El nuncio había estado en otras cárceles, y un prisionero secuestrado en Tucumán ha declarado que Laghi lo entrevistó en el campo de detención clandestino. Esto no resulta extraño porque hoy puede asegurarse que la Iglesia conocía, hasta en los detalles, la metodología y los procedimientos de la represión, conocimiento que le habría permitido, alegan algunos, salvar muchas vidas, pero ese supuesto ejercicio de caridad cristiana resulta en cualquier caso menos significativo que el compromiso global de la jerarquía eclesiástica con la represión porque la Iglesia fue el principal sustento institucional de la dictadura.

El sucesor de Pío Laghi, monseñor Ubaldo Calabresi, visitó el penal de Rawson después de la guerra de Malvinas. No venía precedido de una buena imagen. Se decía que el nuevo nuncio (nunca las versiones eran tan imprecisas como en la cárcel) estaba compenetrado con la postura tradicionalista del flamante papa Juan Pablo II, de quien, después del turbio episodio en que fue desplazado su antecesor, yo estaba predispuesto a tener la peor opinión.

Un grupo de los presos de nuestro pabellón solicitamos una entrevista para hablar con el nuncio, con el propósito de transmitirle nuestros reclamos por las condiciones en que estábamos detenidos, que seguían siendo malas, aunque no tan vejatorias como a comienzos de la dictadura. También queríamos hablarle de las muertes que se habían producido en las

cárceles para que se interesara por su investigación. Nos anotamos para la confesión, porque ésa era la única manera de lograr un diálogo reservado, pero ya teníamos la experiencia de que curas y obispos, si el interlocutor no era creyente, aceptarían transformar ese acto sacramental en un diálogo.

Cuando iniciamos la conversación el monseñor me preguntó, con ese tono tan particular de los confesores que yo había olvidado hacía años: “¿Has pecado, hijo?”. Le contesté amablemente que yo no quería confesarme sino tener una conversación con él. El nuncio insistió: “Yo estoy aquí para confesarte”, a lo que yo respondí que no era ése mi propósito y que para nosotros era importante el diálogo con él, apelando a la responsabilidad de la Iglesia frente a la situación que vivía el país. Así seguimos, sin entendernos; yo reiteraba mis argumentos mientras Calabresi, con su acento italiano y sin perder la calma, insistía con que la confesión era un sacramento y que él estaba allí para suministrarlo. A continuación, volvía al comienzo: “¿Has pecado, hijo?”. Yo lo miraba con desconcierto y decidí retirarme mientras pensaba que en mi situación no eran muchas las ocasiones para pecar, sin advertir en ese momento que quizás a él le interesaba precisamente el relato de esos pecados que se cometen en soledad.

Treinta años después, sigo preguntándome por la actitud del nuncio. Es curioso que al representante del papa no le interesara la situación en las cárceles, en un país que tenía todavía miles de presos políticos y cuando algunos de nosotros éramos testigos directos de los crímenes más graves que se habían cometido. Para la Nochebuena de 1981 celebró una misa en la catedral de Rawson a la que asistieron muchos familiares, recorrió rápidamente los pabellones y nos dejó de recuerdo una medalla a cada uno, pero se negó al diálogo reservado que nosotros proponíamos. Evidentemente, el nuncio quiso tomar distancia de las posturas anteriores de

otros obispos, mostrarnos otra imagen de la Iglesia como una institución que sólo es generosa con quienes aceptan incorporarse a ella. Una postura tradicionalista y conservadora que confirmó las versiones que se habían anticipado. De todos modos, no deja de ser llamativo que, frente a una historia carcelaria que había producido tantas situaciones aberrantes, lo único que para el nuncio resultara condenable fueran mis poluciones nocturnas.

La noticia tan temida

Hacia fines de junio de 1977, luego de cinco meses sin que se llevaran para la muerte a ningún otro de los detenidos en el Pabellón 1, el temor por la propia vida se había relativizado entre nosotros. Sin embargo, las noticias de caídas de compañeros eran cada vez más frecuentes, mientras desde el patio de la cárcel escuchábamos los tiroteos que acompañaban los allanamientos y secuestros en la ciudad de La Plata, metódicamente rastreada por la represión. En esos días, cuando el fantasma de la derrota adquiría (por lo menos para mí) cada vez más consistencia, advertí que mi mujer llevaba más de un mes sin escribirme, lo que no era frecuente y constituía una señal más que preocupante. Todas mis ansiedades se concentraban en la espera de las cartas de Lila y cuando tardaban en llegar afloraban mis dudas e interrogantes sobre el futuro de la relación, aunque con una mezcla de omnipotencia y sabiduría carcelaria decidía no dar rienda suelta a mi imaginación. Pero esta vez eran demasiados los datos sobre la destrucción de la orga, y la falta de correspondencia me hizo pensar necesariamente en su caída.

En las cartas que recibía de ella no faltaban la mención de episodios entrañables de nuestra vida anterior, la transcripción de algún poema o una canción y algunos comentarios generales sobre la situación política, preciosos para superar nuestra sesgada mirada de presos, y que, pese a los eufemismos, no siempre podían eludir que los descubriera la censura. Un texto que aún conservo tiene subrayado un párrafo con el agregado en tinta roja: “Se refiere a las relaciones y situación de la orga”. Las observaciones de tan sagaz censor no impedían que las cartas me fueran entregadas, y la llegada de esos escritos era como una pequeña fiesta cada vez.

Pero en los últimos tiempos esa correspondencia que no ahorraba los datos trágicos de la realidad mal podía contribuir a tranquilizarme. Por un lado, porque me informaba de las caídas de algunos compañeros muy queridos, entre ellas, una que me impactó muy especialmente, la del “viejo profesor”. Rodolfo Walsh, que había cumplido cincuenta años, superaba en poco más de quince años la edad de ella, y el apodo reflejaba bien tanto la diferencia de edades como cierta actitud reverencial.

Pero más allá de las noticias de muertes y desapariciones que, una tras otra, nos habían preparado ya para esperar siempre lo peor, había otro elemento que me inquietaba en esas cartas que hoy no tengo conmigo pero que recuerdo bien. Mi mujer me comentaba sus dudas acerca de seguir en el trabajo (la orga) o cambiar por otro (irse del país). No me consultaba sobre la decisión a tomar. Lila no esperaba la respuesta de quien tenía menos conocimientos que ella sobre la situación, sino que expresaba la necesidad de compartir conmigo el dilema que se le planteaba y las razones que tendría en cuenta para decidir.

Después de diez años de militancia política en común y de nuestros diálogos epistolares, no era extraño que ambos tuviéramos una visión similar de la coyuntura: la empresa (así llamábamos en nuestra

correspondencia a Montoneros) estaba siendo derrotada y había que pensar en una perspectiva de largo plazo, un reagrupamiento de las fuerzas que tendría seguramente más que ver con la política que con las armas. Pero ese posible reagrupamiento exigía no encarar la salida como una cuestión meramente personal. No sólo pesaba ese razonamiento político, también los afectos y solidaridades construidos en la militancia, que necesariamente debían de influir en ella para decidir. Así lo entendí yo también entonces y no pretendí incidir en su decisión, sabiendo que en el futuro inmediato podía encontrarme tanto con una carta suya desde el exterior como con la otra posibilidad nefasta que no me animaba a llamar por su nombre.

Como ya habrá imaginado el lector, después de esta densa introducción que no es sino la preparación que aún hoy necesita el propio autor para enfrentar la noticia tan temida, mi mujer fue secuestrada en junio de 1977. Mi madre y la suya, sosteniéndose mutuamente, me lo comunicaron en la visita, cuando Lila llevaba quince días de desaparecida y ya se había comunicado por teléfono con la casa de sus padres para decir que estaba bien pero que no podía dar más explicaciones. Las visitantes me consolaban diciéndome que debía de estar con vida puesto que había hablado con su familia, pero ninguna de las dos podía aportar una explicación para esos llamados.

Me cuesta relatar cómo me sentí al volver a mi celda. Me resistía a pensar que pudiera seguir viviendo sin la presencia de mi compañera y sabía demasiado bien que no era razonable esperar que pudiera sobrevivir. Años más tarde, en México, me contaron que, en un gesto de desesperación, yo me habría golpeado la cabeza contra la pared al entrar en la celda. No lo recuerdo y no creo que sea cierto, pero era normal en la cárcel que las versiones que circulaban entre los presos y a través de los familiares se

volvieron más contundentes al agregárseles en cada transmisión algún detalle de color.

Cuando tuve que contarles la novedad a mis compañeros de pabellón, reparé más en la llamada telefónica. Nosotros habíamos recibido, poco antes, una información de la organización que “advertía” que esos llamados se presumían como una forma de colaboración. Rechacé en principio esa posibilidad, pero inmediatamente comprendí que, si yo tenía motivos de sobra para confiar en mi mujer, no era lógico esperar que la reacción de mis compañeros fuera la misma, sobre todo porque habíamos recibido versiones de que algunos montoneros secuestrados estarían colaborando con los represores.

A mediados de 1977 sabíamos ya que había muchos desaparecidos pero, más allá de imaginar que el objetivo central de los secuestros era obtener datos mediante la tortura, no teníamos idea de cómo era la vida en esos campos clandestinos y, por lo tanto, cuáles podían ser las diversas formas de colaboración. En las cárceles legales podían pasar cosas tan aberrantes como las palizas, los castigos prolongados y hasta las muertes de detenidos, pero había una rutina cotidiana que respetábamos tanto presos como carceleros, y para nosotros eran bastante precisos los límites de lo que considerábamos aceptable o no en la conducta de un compañero. Algo me hacía pensar que en aquel espacio clandestino en el que estaba mi mujer las reglas podían ser otras. ¿Desaparecían entonces los límites éticos que tenían que ver con los fundamentos de nuestra militancia? No, seguramente, pero era posible que se redefinieran.

¿Hasta dónde quienes estaban sometidos al poder omnímodo de los desaparecedores podían simular arrepentimiento o adoptar actitudes de “buena voluntad” sin que esas conductas pudieran considerarse como indignas frente al enemigo? El límite, pensaba en esos días, aun en esas

circunstancias, tenía que ver con la preservación de los compañeros y con la defensa del proyecto colectivo por el que habíamos comprometido conscientemente nuestra propia vida.

Se enfrentaba entonces un angustioso dilema ético. Lo que tiene de animal el hombre puede llevarlo a cualquier actitud con tal de salvar su propia vida, aunque nada permita pensar —y la experiencia así lo demostró— que dar nombres de los compañeros alejara al declarante del peligro de su propia muerte. Pero, si el instinto de supervivencia puede proponer ciertas opciones, hay algo de espiritual en el hombre que no autoriza a pensar que mi vida sea más importante que la de los otros. Los desaparecidos podían ser torturados e interrogados sin límite de tiempo. En esta situación es imposible fijar, en términos generales, niveles de resistencia a la tortura o de tolerancia al dolor, y todos aquellos que intentaron resistir con dignidad merecen nuestro respeto aunque no siempre lo hayan logrado plenamente.

Cuando habían transcurrido tres meses desde el secuestro de Lila, un día fui llevado a la oficina del jefe de seguridad del penal. Me encontré frente a un morocho alto, bien parecido, capaz de tener también una expresión amable, aunque no era ésa la que reservaba, seguramente, para los secuestrados alojados en el centro clandestino vecino que —entonces lo ignorábamos— era manejado por los altos oficiales del penal. Luego de hacerme sentar, me entregó un sobre en cuya parte exterior rápidamente advertí la letra de mi mujer. Sorprendido, pregunté cómo llegaba esa carta si Lila hacía tres meses que estaba desaparecida. “Yo sé lo mismo que usted”, contestó sin inmutarse mi interlocutor y, con ánimo tranquilizador, agregó: “Leí la carta y parece que está bien”.

Comencé a leer e inmediatamente reconocí a Lila. Aunque no me había animado a pensarlo, en algún lugar albergaba cierto temor de que hubiera

cambiado. Pero la escritura, el lenguaje y la seguridad con que me hablaba me ubicaban ante mi interlocutora de siempre. Alguien seguramente muy conmovido por lo que estaba pasando. “Tantas cosas debería contarte para que entendieras que estoy lo mejor posible” y, a la vez, afirmaba su esperanza de que “un día volveremos a encontrarnos y podremos hablar de todo”. En el lenguaje cifrado de los sentimientos, esto quería decir que no habría nada inconfesable de lo que no pudiéramos hablar.

Lila contaba cómo en un instante, cuando creyó morir, recordó vertiginosamente afectos y situaciones de su vida. Supe después que aludía al momento en que había intentado quitarse la vida tomando la pastilla, propósito que los represores rápidamente impidieron al aplicarle el tratamiento con vomitivos y antídotos que tenían previsto en todos los operativos. En otro de los párrafos hacía referencia a una canción, “Gracias a la vida”, de Violeta Parra, que me habían hecho escuchar durante la tortura, cinco años antes, y que espontáneamente salí cantando al ser liberado. Esa mención no sólo era un modo de comunicarme que había sido torturada sino también de decirme que, como aquella vez, nada tendríamos para reprocharnos. Para que no existieran dudas, agregaba que creía “estar actuando razonablemente bien en una situación conflictiva y un tanto imprevisible”.

Terminada la lectura se me permitió escribir una respuesta. Más allá de expresarle mi confianza y reiterarle de muchas maneras cuánto la quería, todo lo demás que podía escribir me parecían banalidades. ¿Qué importancia podía tener para quien escribía desde el infierno enterarse de las alternativas de mi causa judicial o de las lecturas —en esos días era el teatro de Eugene O’Neill— a las que trataba de aferrarme, a pesar de la angustia que me dominaba desde su desaparición? En ese momento, al reaccionar frente a tan extraña circunstancia, supe una vez más cuánto

quería a mi mujer, pero sobre todo cuánto confiaba en ella. Claro que surgieron otras reflexiones menos confortantes. Cuál debía de ser la magnitud de nuestra derrota, cuánta la seguridad de los represores en su impunidad como para que no temieran dejar pruebas de la existencia de secuestrados y de vincular el circuito de los presos blanqueados con el submundo de la ilegalidad absoluta que, ya nadie podía dudar, era manejado por los mismos responsables.

Fueron vanos todos los intentos de gestionar ante las autoridades del penal alguna explicación de lo ocurrido. Como mi suegra mencionó al director de la cárcel el episodio de la carta, el jefe de correspondencia vino para asegurarme que hacía más de tres meses que en la Unidad 9 no se recibía correo de mi esposa. Le aclaré que era lógico que ello ocurriera puesto que había sido secuestrada, dato que no pareció turbarlo demasiado, y se fue satisfecho de haber aclarado su responsabilidad profesional: la famosa carta no había llegado por correo; por lo tanto, él no tenía nada que investigar.

Cuando relaté lo ocurrido con la carta a mis compañeros de pabellón, la sorpresa fue grande porque todavía no conocíamos ningún caso de relación entre el circuito de los desaparecidos y el de los presos legales. Aunque se esforzaron por no herirme, algunos no pudieron ocultar su convicción de que mi mujer estaba colaborando abiertamente con el enemigo; otros escucharon mis referencias sobre el contenido de la carta y mis interpretaciones, y me permitieron compartir con ellos el sentimiento de confianza al que yo me aferraba, no sin buenas razones, como con el tiempo se habría de demostrar.

Más tarde recibí otras cartas de mi mujer. Ella se las escribía a su madre, quien me las reenviaba. Después de muchos meses sin que la familia tuviera más noticias, Lila volvió a llamar por teléfono hacia fin de año y, luego, se

le permitió ver a sus familiares. Ya entrado 1978, un día mi suegra me hizo saber que probablemente Lila sería autorizada a salir del país y que, en ese caso, podría venir a verme antes de partir. Todo esto me parecía cada vez más raro. Las cartas de mi mujer me habían ayudado a tenerle confianza, pero de todos modos no era fácil entender por qué se le daría la libertad y, todavía menos, esa deferencia especial de visitar al marido antes de irse.

No pasó mucho antes de que la visita se concretara. Una tarde (¡jun 17 de octubre!) me llevaron hasta la dirección sin decirme el motivo y, de pronto, me encontré frente a Lila, a quien no veía desde hacía más de dos años. Parecía cuidadosamente arreglada y llevaba una camisa negra y una pollera verde que le quedaban muy bien. Me pareció que me miraba con amor, pero por sobre todo tenía una expresión serena que transmitía seguridad. Observando un poco más esos ojos tristes, se advertían las señales del infierno, pero algo en su mirada decía que quería seguir viviendo.

Nos dejaron solos unos pocos minutos, los suficientes como para que me contara lo principal de su situación. La habían incorporado a un grupo de sobrevivientes —casi todos integrantes de la organización Montoneros— que simulaban colaborar con los marinos haciendo tareas de recopilación de información o análisis de los textos que les indicaban, y que se habían comprometido entre ellos a no entregar a ningún compañero. No era la misma la conducta de otros secuestrados que se habían prestado a revelar muchos nombres e informaciones. Lejos de identificarse con la “lucha antisubversiva”, como ocurrió en unos pocos casos, el grupo que Lila integraba se mostraba abatido por la magnitud de la derrota y, aunque había algo de actuación en los diversos cuestionamientos a su práctica anterior, seguramente la consternación que les producía el derrumbe de lo que había sido una poderosa organización era absolutamente sincera.

¿Por qué mantener un pequeño grupo de sobrevivientes entre miles de muertos? Lila no tenía una respuesta precisa, pero suponía que algo tenía que ver con el proyecto político del almirante Massera, quizá para buscar congraciarse con algún sector del peronismo o, simplemente, para mostrar un rasgo humanitario que sus rivales del ejército no podrían ostentar. La conversación se interrumpió cuando entraron los custodios que la habían acompañado, trajeados como ejecutivos aunque no podían disimular su condición de represores. Con una amabilidad desusada, se interesaron por mi situación e hicieron votos por mi rápida libertad para que pudiera reunirme con mi mujer. No era fácil imaginar que esos señores tan gentiles, integrantes del Servicio Penitenciario Federal, fueran dos conspicuos y muy activos miembros del grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), según me enteré años después.

Lila voló a España unos días más tarde y nunca más, en los años siguientes, las autoridades de las diversas cárceles por las que peregriné volvieron a mencionarla. Recibía sus cartas con ansiedad y creía advertir en ellas que iba superando la tremenda experiencia pasada. Hasta que nos encontramos en México, a fines de 1983, no conocí detalles de su cautiverio. Hablamos mucho los primeros días del reencuentro. Charlas interminables hasta la madrugada, en las que yo quería saber todo pero temía que mi curiosidad pudiera interpretarse como desconfianza. No era fácil penetrar en el mundo de la ESMA para quien como yo venía de un orden carcelario donde casi todo se guiaba por reglas más previsibles. Poco a poco fui comprendiendo que era inútil buscar explicaciones absolutamente racionales al porqué de la supervivencia de algunos en ese contexto de muerte. Lila no podía explicarme lo que ella tampoco terminaba de entender, pero las conversaciones en las playas, en los bares, en las madrugadas de nuestro departamento en la Villa Olímpica me

sirvieron no sólo para reencontrarme con su pasión y su ternura sino también para advertir hasta qué punto valoraba esa mezcla de coraje e inteligencia que había guiado su temporada en el infierno.

En mis cartas desde la cárcel solía escribir que cuanto más larga fuera la separación, mayores el goce y la felicidad del reencuentro. No era sólo una fórmula para sobrellevar la situación. Desde que llegué al aeropuerto de México y encontré a Lila —que se había adelantado al grupo de amigos que me aguardaba con pancartas— hasta muchos meses más tarde, viví como arrobado en un sueño, en una comunión del pensamiento y los sentidos que no seguiré relatando para no transformar esta memoria de la cárcel en una historia de amor.

En México, Lila tuvo el apoyo de mucha gente de la colonia argentina, aunque no faltaron los provocadores —como Rodolfo Galimberti— que intentaron descalificarla acusándola de agente de la marina. Galimberti no había iniciado aún la deriva que, ante la derrota de Montoneros, lo llevaría a buscar otras posiciones de poder, vinculándose con los servicios de inteligencia y convirtiéndose en jefe de seguridad del grupo Bunge y Born. Como única prueba de sus afirmaciones contra Lila sostuvo que yo había escrito desde la cárcel una carta en la que condenaba a mi mujer, lo que era absolutamente falso y, además, resultaba poco creíble para muchos que conocían la correspondencia que seguía manteniendo con ella con regularidad. La reacción de mucha gente valiosa de la colonia argentina ayudó a desvirtuar la calumnia que, en un principio, produjo cierta confusión. No deja de ser curioso, sin embargo, que quienes habían sobrevivido resultaran sospechosos, como si no debiera desearse que hubiera más sobrevivientes. De todo esto quizás ella escriba algún día.

En lo que a mí respecta, la vida en la cárcel cambió mucho después del secuestro de Lila. Mi tremenda alegría por saber que estaba a salvo en el

exterior no impidió una actitud casi melancólica que me ganaba cada vez más. Era ya decididamente difícil sostener cualquier perspectiva optimista, porque el relato que mi mujer traía de las entrañas del monstruo no podía ser más categórico respecto de la destrucción de nuestra fuerza. Además, me molestaba mucho pensar que en algún momento yo pudiera llegar a sentir alguna gratitud hacia los miserables que le habían salvado la vida, los mismos que habían secuestrado, torturado y asesinado a tantos miles de compañeros y la habían torturado a ella también. Su supervivencia, lo que más había deseado desde el día de su desaparición, era como una confirmación de la derrota. Cualesquiera hayan sido las razones que llevaron a los marinos a eximir de la muerte a Lila y a sus compañeros, conceder la vida es siempre un gesto de vencedores.

Sin embargo, finalmente, las cosas se desarrollaron de un modo muy distinto del que ellos esperaban. Treinta años más tarde he podido verlos sentados como acusados, abatidos, pero conservando su expresión de odio, en la causa que juzga los crímenes de lesa humanidad cometidos en la ESMA. Después, bailando en las calles junto con centenares de madres, abuelas, hijos y militantes de los derechos humanos, celebramos las duras condenas que se impusieron a los principales responsables del grupo de tareas. Éstas no devuelven la vida de los compañeros ni suturan el dolor, pero permiten seguir creyendo en la justicia.

Muchas veces me imagino a los condenados sosteniendo discusiones interminables en el penal de Marcos Paz. Cavilando sobre las evoluciones posibles de la situación política y planeando conspiraciones, entusiasmándose con los cacerolazos y deprimiéndose cuando advierten que el gobierno que promovió su enjuiciamiento resurge de lo que creyeron sus cenizas, dedicando muchas horas a preparar esas declaraciones ante la justicia en la que algunos como Astiz y el Tigre Acosta quieren mostrar que

siguen en combate, mientras que otros oficiales, como Rolón y Pernías, no pueden disimular su desencanto y cuestionan por qué sólo una pequeña cantidad de marinos responde por lo que fue una tarea de toda la fuerza. Unos y otros seguirán preguntándose en qué se equivocaron: los señores de la guerra se sienten abandonados por los grandes beneficiarios de la dictadura, los que nunca se ensuciaron directamente las manos.

De duros y blandos

El Negro ya estaba en el pabellón cuando me llevaron a mí. En esa época, todavía nos permitían hacer gimnasia y él era el instructor. En el pasillo central nos juntábamos treinta o cuarenta presos y seguíamos las indicaciones del Negro, que tenían un tono marcial. El modo en que ordenaba los ejercicios, marcaba el ritmo y corregía los errores no era el de un profesor de educación física, sino el de un aspirante a oficial del ejército montonero.

Si ése era su momento de gloria, en el resto del día su actitud no era muy distinta. Siempre quería aparecer como un duro. De todos modos, en el clima de camaradería que reinaba en el pabellón —no sólo entre los montos sino también con los demás grupos políticos— el Negro no desentonaba. No le caía mal a nadie, era jodón, pero también sabía mostrarse preocupado si alguno tenía un problema.

A mí no me caía bien ese aire de soldado que adoptaba todo el tiempo y, sobre todo, me molestaba el modo con que mandoneaba a los más pibes. También alguna vez lo vi tocándole el culo a algún compañero. A pesar de que yo hacía lo imposible por no demostrarle mi rechazo, el Negro era

demasiado vivo para no darse cuenta. Como si conociera mi punto débil, se mostraba muy interesado en todo lo que yo escribía. En esos días se trataba de un texto llamado “Peronismo e Ideología”, que intentaba conciliar el giro marxista de Montoneros con la tradición del peronismo combativo. El Negro no sólo leyó el documento como los demás, sino que comenzó a pasarlo en papel de cigarrillo para enviárselo a su mujer que estaba presa en otro pabellón. Al verlo copiar pacientemente en letra pequeña ese escrito durante horas, debo de haber pensado que mis prevenciones eran exageradas frente a un compañero tan dispuesto.

Compartía responsabilidades con el Negro un mendocino que no se le parecía mucho. Mendieta era profesor de matemáticas, muy abierto a entusiasmarse con todo lo que se le contaba y, también, un poco ingenuo. De esa ingenuidad se aprovechaba el Negro para jugarle algunas bromas o, simplemente, tratarlo de modo ligeramente despectivo, como sugiriendo que Mendieta era “más blandito” que él.

Con sus actitudes y su tono cuartelero, el Negro imponía distancia. Mendieta generaba una corriente de ternura por su manera de mirar sin prevenciones, su risa contagiosa y el afecto con que trataba a todo el mundo. El lector de este texto ya estará pensando que estoy exagerando, que la contraposición entre los dos personajes tiene algo de forzado, o que se trata de un recurso literario. Es probable que haya algo de eso, pero no es difícil explicar lo que me lleva a ver tan críticamente al Negro y a construir ese rostro angelical de Mendieta. En realidad, buscando desesperadamente comprender cómo eran los otros, estaba preguntándome cómo era yo. Los rasgos autoritarios del Negro mostraban el militarismo y todo lo que no me atraía de Montoneros. La comunión de afecto que se establecía con Mendieta me recordaba cotidianamente los valores compartidos. Me costaba entender por qué yo pertenecía al mismo grupo político que nuestro

instructor de gimnasia. Respecto de Mendieta, nunca necesité hacerme esa pregunta.

En vísperas del golpe, cuando el ejército se hizo cargo del Servicio Penitenciario y el régimen carcelario se volvió más riguroso, el Negro no pudo seguir con sus clases de gimnasia, pero continuó copiando cuidadosamente los documentos políticos y haciéndolos llegar al pabellón de mujeres. Después nos cambiaron de pabellón y, más tarde, nos llevaron a la cárcel de La Plata, pero nunca más estuvimos los tres juntos.

A fines del 76 el director de esa cárcel, que se ufanaba de su imaginación cuando no hacía más que cumplir las directivas del Primer Cuerpo de Ejército, después de una requisita general de los pabellones en la que todos fuimos bastante golpeados, dispuso una reclasificación general de presos. Con la letra de una canción de época, que no consigo recordar, el prefecto anunció jocosamente que cada cual iría con su cada cual: ya no se mezclarían en cada pabellón presos de distintos grupos políticos y, sobre todo, habría pabellones especiales para los “jefes”, es decir, los presos con más nivel orgánico en Montoneros y el ERP.

Resultó evidente que tenían buena información porque la reclasificación estuvo bien hecha. Mendieta, como yo, estaba donde correspondía, pero me sorprendió no ver al Negro. No tardamos en advertir que no estaba entre los reclasificados porque había elegido el bando de los reclasificadores. Desde el pabellón lo veíamos pasar por los pasillos de la cárcel, caminando sin las manos atrás.

La expresión sobradora del Negro era la misma, me provocaba el rechazo de siempre, pero mientras circulaba con displicencia, como un general que recorre el campo después de la batalla, había en su mirada un aire de triunfo. Me dio mucha bronca, por supuesto, pero también algo de lástima. El infeliz no comprendía que seguía estando tan preso como nosotros, que

había renunciado a lo único que puede darle sentido al encierro y hacer que uno no se sienta solo y, además, que era un testigo peligroso que en algún momento podía convertirse en descartable. El Negro no sabía cuán efímero podía ser ese instante de gloria.

¿Qué lleva a que alguien cambie de bando? ¿El temor a la muerte? ¿La imposibilidad de tolerar la tortura más allá de cierto umbral? ¿La decepción respecto del propio bando y de sus posibilidades de victoria? No hay una única respuesta, pero en el caso del Negro hay que recordar que no fue torturado en momentos previos a su “conversión” ni había ningún motivo para suponer que eso pudiera ocurrirle y que, aunque ya se hablaba de que iban a matar presos, tampoco tenía motivos especiales para considerar que él iba a estar entre las víctimas. En cuanto a la falta de confianza en la victoria, si nos atenemos al discurso triunfalista que tenía hasta entonces, es difícil pensar que éste fuera el motivo.

Sin embargo, ése debe de haber sido su razonamiento porque, como ha escrito Sartre, el colaborador es aquel que se convence de la invencibilidad del enemigo. El que cree comprender demasiado bien la “realidad” como para seguir compartiendo las ilusiones de los otros. Pero, como la derrota no significaba en este caso necesariamente la muerte, ¿por qué el Negro eligió un camino que a la larga podía resultar más riesgoso, como lo prueba la gran cantidad de colaboradores liquidados por los militares y la policía? Probablemente porque quería seguir ocupando una posición de poder.

Aunque el Negro se esforzara por mostrarse preocupado por los textos políticos, las ideas no parecían ocupar en su vida un lugar central. Para él, Montoneros era un espacio donde gozaba de cierto reconocimiento, donde podía mandar y ser obedecido y esperar, en un futuro victorioso, ser recompensado con un lugar de poder. Cuando el régimen carcelario se endureció y reflejó más claramente la derrota política, el Negro se

convenció de que su bando iba a ser derrotado y, simplemente, optó otra vez por el poder. No quiso sólo salvar su vida sino también mantener un lugar de mando. Pero si aquel poder del que se pavoneaba en sus tiempos de instructor de gimnasia ya había quedado reducido a sus formas exteriores, el tono militar, el gesto airado, el maltrato a algún compañero, este poder del que ahora gozaba, mostrándose por los pasillos de la cárcel, era mucho más ficticio.

Mendieta, descendiente de españoles, fue liberado a los tres años de estar preso, gracias a las gestiones que hizo el rey Juan Carlos en ocasión de su visita a la Argentina. Salió dispuesto a seguir luchando, porque aunque no era un duro —o tal vez precisamente por eso— había consagrado plenamente su vida a la causa que lo llevó a la cárcel. No es éste el momento para enfatizar cuán equivocada fue la decisión de la conducción de Montoneros que impulsó y organizó la “contraofensiva” de 1979 y 1980. Este retorno de militantes a la Argentina se basó en una negativa a reconocer la evidente derrota que sólo puede explicarse por la defensa de posiciones de poder personal. Mendieta, el profesor Ángel Carvajal, cumplió con lo que creía su obligación militante: volvió al país con la “contraofensiva”, fue secuestrado y nunca más apareció. Quizás el Negro también esté desaparecido. Por lo menos, nunca supimos más de él.

Un niño malo

El tipo físico predominante en el Servicio Penitenciario no era el del oficial José Luis García. Buena parte de los cuadros del Servicio Penitenciario Federal provienen, aún hoy, de las provincias del norte y sus rostros reflejan la ascendencia indígena. Un bigote negro y grueso y una mirada torva dan a esas facciones, que no tendrían por qué ser necesariamente inquietantes, un sesgo amenazador. Los oficiales y suboficiales logran una adecuada cara de malos y, en contacto con los presos, ese rostro va acentuando sus rasgos a medida que el penitenciario avanza en su carrera.

García prestaba servicios en la Unidad 9 de La Plata, dependiente del Servicio Penitenciario de la provincia de Buenos Aires. Allí, el tipo físico predominante es algo distinto pero, de todos modos, el oficial se destacaba nítidamente de todos los demás. De tez blanca, con unas manchas rosas en los pómulos como las que se encuentran en el rostro de un bebé, su expresión era más que agradable y también sabía hablar sin gritar, algo que entre los carceleros no es muy común. Debía de tener más de veinte años puesto que ya era oficial, pero por la apariencia hubiéramos podido darle

diecisiete o dieciocho. Por algún resabio racista de *western* hollywoodense —los blancos son más buenos que los indios— o porque en nuestra cultura se asocia a los niños con la bondad, es probable que la aparición de nuestro *baby face* haya despertado alguna expectativa de un trato más considerado.

En realidad, ahora entiendo que la apariencia de García nos jugó en contra, porque seguramente él habrá creído necesario demostrar que podía llegar a ser tan villano como los otros. En poco tiempo lo logró, aunque siempre conservando cierta delicadeza en el trato y hasta cierta sofisticación para la maldad de la que, en general, sus compañeros carecían.

Una tarde, cuando volvíamos del patio de recreo, yo llevaba un juego de ajedrez, práctica que en esos meses se había generalizado entre nosotros gracias a las lecciones de un compañero de detención que era campeón en su provincia. Formados en fila de a uno, íbamos entrando al pabellón y debíamos pasar frente al oficial García, quien controlaba cualquier cosa que se le ocurriera, alguna rotura en el uniforme, alguien que avanzaba más despacio que los demás.

Cuando pasé frente a él, me detuvo, tomó el tablero y lo miró con detenimiento, como si allí pudiera encontrar algo más que las sesenta y cuatro casillas dibujadas, y luego, con displicencia, lo dejó caer. Acto seguido, fue sacando de la caja las piezas, una a una. Miraba una torre como si nunca la hubiera visto, con extrañeza, y luego dejaba que cayera. Después tomaba un peón y lo daba vuelta por todos lados, no porque buscara algo —los oficiales sabían que no seríamos tan torpes de guardar mensajes en los objetos que llevábamos al recreo— sino porque le resultaba divertido. Así lo repitió con el resto de las treinta y dos piezas: las miraba, me miraba a mí con una cara inexpresiva y luego dejaba que cayeran al piso.

Cuando terminó este juego, se corrió para atrás y, con un gesto ampuloso que quería parecer amable, me indicó que las recogiera. Es obvio que

episodios como éste no eran los más graves, pero creo que pocas veces me sentí tan agraviado. El niño García quería demostrar que él podía hacer lo que quisiera para humillarnos, y que nosotros estábamos, en cualquier caso, obligados a cumplir sus órdenes y a tolerar cualquier ofensa de su parte.

En pocos segundos, antes de levantar las piezas, pensé si no debía contestarle o preguntarle por qué las había tirado, pero imaginé cuál era la conocida consecuencia: quince días de calabozo y una paliza importante (en la que el menudo García sería seguramente ayudado por sus colegas más corpulentos). Mientras pensaba hasta dónde podían negociarse los límites que imponía el propio decoro (un tema de reflexión permanente en esos años), recogí las piezas y volví al pabellón, amargado por el episodio pero contento de haber escapado a la paliza.

Con su carita de ángel, García siguió haciendo sus pequeñas maldades, hasta que terminó comprometido en un episodio más serio. Veinte días después del traslado y fusilamiento de Dardo Cabo y Rufino Pirles, otros dos compañeros fueron sacados de nuestro pabellón. En los días previos habíamos recibido visitas intimidatorias de oficiales del ejército, y el propio director del penal había dicho que no podía dar garantías. Después de lo ocurrido recientemente, era casi obligado pensar que los trasladados — Ángel Georgiadis y Julio Urien— correrían la misma suerte de los anteriores.

El día en que se produjo este último traslado, el “limpieza” (así se llamaba a quien sacaban de la celda para limpiar el pasillo del pabellón y aprovechaba para distribuir libros y mensajes entre los presos) era el arquitecto Horacio Rapaport. El “Rapa” no tardó en hacerse cargo de la demanda general, todos insistimos para que fuera a preguntarles a los oficiales por la suerte de los trasladados.

El niño García estaba de oficial de guardia. En cuanto escuchó el reclamo de Rapaport —que había sido delegado del pabellón en un tiempo anterior en que eso era de hecho tolerado— García estalló indignado: “A usted qué le importa lo que pasó con ellos y, además, aquí nadie es delegado de nadie”. Abrió la reja y se lo llevó a Rapaport al calabozo de castigo, donde seguramente habrá recibido la paliza de rigor.

Ángel Georgiadis moriría asesinado por sus captores, como preveíamos, pero sorpresivamente Julio Urien escapó de la misma suerte. Su madre, que tenía una estrecha relación con el general que ocupaba el Ministerio del Interior, fue a encararlo y, pese a sus evasivas, lo hizo responsable de la muerte de su hijo. Urien apareció, como un fantasma, días después, en la cárcel de Sierra Chica sin que él ni nadie recibieran ninguna explicación.

Pero si el general se había dejado convencer por los ruegos de la señora de Urien, su lugar —entendieron los responsables del macabro operativo— debía ser cubierto con otro. ¿Quién mejor que Horacio Rapaport, que ya estaba en los calabozos, de donde podía ser sacado sin que sus compañeros lo advirtiéramos y sin que pudiéramos avisar a los familiares en la siguiente visita?

Días después, la mujer de Rapaport recibió la misma comunicación que la familia Georgiadis: ambos presos se habrían suicidado abriéndose las venas con un instrumento cortante, objeto que, en las condiciones de máxima seguridad en que estaban detenidos, es ridículo suponer que pudieran tener con ellos. Los comunicados militares de aquellos años, como los que esgrimían la “ley de fuga”, resultan tan increíbles que parece evidente que los autores de los asesinatos —aunque no podían proclamarlo de manera abierta— trataban de que se leyera claramente como actos de represalia para que cumplieran su efecto de intimidación.

Como había ocurrido con Pirles y con Dardo Cabo, el duelo por Ángel y el “Rapa” generó en todos los presos una comunión muy profunda. No era sólo la añoranza de los compañeros queridos, sino también la conciencia de integrar un grupo, el del Pabellón 1, que parecía destinado a no sobrevivir. Ninguno cometió la tontería de trasladar a nuestra conversación las especulaciones acerca de quiénes serían los siguientes, pero creíamos que todos estábamos incluidos en ese destino trágico. Finalmente, las denuncias de los familiares y su repercusión en el exterior del país llevaron al gobierno argentino a suspender las ejecuciones, que habrían de reanudarse con la muerte de otros tres compañeros exactamente un año después.

Entre tanta congoja que produjeron las muertes, hubo una reacción no esperada. El oficial García estaba desconocido. Trataba de evitar todo lo posible nuestro pabellón; cuando cruzaba la mirada con alguno de nosotros ya no tenía la actitud desafiante de antes, y en las escasas ocasiones de diálogo se mostraba muy respetuoso. ¿Qué había pasado? García, que había enviado a los calabozos a Rapaport, se sentía responsable de lo ocurrido. Y pensaba seguramente que quienes quisieran vengar esas muertes podían tomarlo como blanco. Nunca volvió a ser, en nuestro pabellón, aquel que se deleitaba humillándonos en todos los instantes de la vida cotidiana. Asustado, ahora parecía un pollito mojado que intentaba ocultarse de nuestras miradas.

Después no volví a verlo porque fuimos trasladados a otras cárceles. Es de suponer que el cimbronazo que le produjo la muerte de Rapaport no fue suficiente para que no retomara la función de pequeño verdugo, para la que había sido cuidadosamente preparado. Hoy está prófugo en la causa judicial que analiza los crímenes cometidos en la cárcel de La Plata y en los vecinos centros clandestinos que el mismo personal penitenciario administraba.

Sería difícil decir que era el más malo de todos, pero es cierto que se destacaba por ese deleite con el que nos verdugueaba. Quizá por eso, treinta y cinco años después, sigo recordándolo con su cara de angelito. Quizá porque, a pesar de tantas evidencias, sigue costándome asociar ese rostro de niño con la más refinada maldad.

Una discusión imposible

En setiembre de 1975, fecha de mi ingreso en la cárcel de Villa Devoto, la gran mayoría de los presos políticos sostenía un discurso marcadamente optimista. Ésta es una característica habitual de las poblaciones de presos políticos: todos los hechos nuevos que se producen, dentro o fuera del penal, se interpretan como señales positivas y permiten encontrar alguna explicación que pueda traducirse en reducciones de condena, libertad de los detenidos o mejoras del régimen carcelario. Es fácil entender el proceso que alimenta la circulación de estas versiones (“bembas”, en el lenguaje carcelario) que ayudan a mantener la esperanza en situaciones difíciles, aunque las más de las veces generen expectativas infundadas que se traducirán en nuevos desalientos.

La locución “bemba” viene de Cuba, donde se le llama “negro bembón” al de boca grande y labios gruesos, y se acuñó la expresión “radio bemba” para la circulación de noticias boca a boca. El tema puede dar para más, como lo mostró Emilio de Ípola, sociólogo que también estuvo preso en esos años, autor de un verdadero estudio socio-antropológico sobre la bemba.

Esa natural tendencia a la fabricación de versiones optimistas era alimentada por los informes políticos que recibíamos de las organizaciones a las que la mayoría de los detenidos pertenecíamos. Cuando caí preso, todavía las acciones de Montoneros y del Ejército Revolucionario del Pueblo eran suficientemente notables como para que pudiera decirse que la guerrilla seguía existiendo y, de este modo, relativizar las caídas que, sobre todo en el interior del país, ya eran muy significativas.

A fines del mismo año, la brutal represión que siguió al ataque al cuartel de Monte Chingolo debilitó gravemente la estructura organizativa del Partido Revolucionario de los Trabajadores y del ERP. La primera reacción de los compañeros de esa organización frente a este desastre fue, como es comprensible, una reafirmación de la moral militante que enfatizaba la confianza en la victoria, y, si hubo cuestionamientos internos, no trascendieron fuera de sus filas.

Por otra parte, las informaciones de los diarios hablaban del progresivo aniquilamiento de la Compañía de Monte que el PRT-ERP había instalado en la selva tucumana. Las noticias parecían concluyentes y, a pesar de la desconfianza con la que tomábamos la información de prensa, en las charlas entre quienes no pertenecíamos a ese grupo político se hablaba sin tapujos de la derrota de Tucumán. Una vez intenté hablar en estos términos con mi joven compañero de celda, pero fue imposible. Con la mirada encendida me pidió respeto por la lucha de sus compañeros de militancia y, con un tono que no olvidaré, me dijo: “La Compañía de Monte es la niña de los ojos de nuestro partido”.

No atiné, en ese momento, a preguntarle si esa expresión retórica era de su cosecha o constituía una consigna partidaria, pero su actitud me conmovió y me pareció entonces que no cabía sino respetar su convicción. Pensé además que, frente a las versiones sobre el estado de nuestra propia

fuerza, la mayoría de los presos montoneros estaba lejos de mostrar esa objetividad analítica que aplicábamos a las informaciones sobre el PRT.

Había un dato, sin embargo, que parecía poner en duda el éxito del ejército en la represión de la guerrilla tucumana. Diferentes regimientos desde distintos lugares del país seguían siendo convocados a la zona de operaciones guerrillera, y eso sólo podía explicarse —nos decían los compañeros del ERP— por el avance de la Compañía de Monte, que exigía cada vez más fuerzas de represión. Hoy no resulta difícil encontrar otra explicación. La convocatoria a tantas unidades del ejército no respondía a las necesidades del enfrentamiento militar, sino al interés de los altos mandos por lograr el compromiso de toda la fuerza con la lucha antiguerrillera. Por otra parte, la feroz represión desatada por las tropas de los generales Acdel Vilas y Antonio Buzzi mostró rápidamente que el blanco no era sólo la guerrilla sino todo el activismo social de la provincia.

No era fácil debatir esta situación y, por otro lado, una actitud respetuosa nos llevaba a no insistir ante los compañeros del PRT con argumentos que ellos evaluaban como desconsiderados. Hoy me pregunto, sin embargo, si tengo derecho a suponer que todos ellos no advirtieran hasta qué punto la situación era difícil y no tuvieran también dudas respecto del discurso oficial de la organización. ¿Por qué no pensar —como también me ocurría a mí— que muchas críticas no se expresaban porque no se veía la posibilidad de una discusión más profunda y se privilegiaba mantener la cohesión entre los presos, considerada como un elemento fundamental para sobrellevar la prisión?

El proceso de Montoneros fue algo diferente. En la época en que fui detenido, las caídas en Capital y Gran Buenos Aires no alcanzaban todavía gran magnitud. La situación en el interior no era la misma, según advertí al poco tiempo. La mayoría de las conducciones provinciales habían sido

desmanteladas, y se hacía evidente una política de cerco que debía culminar en Buenos Aires. De todos modos, visto desde la Capital, el poderío de la organización era todavía impresionante: ingentes recursos económicos (se habían cobrado sesenta millones de dólares por el rescate de los hermanos Born), fabricación de armamento militar sofisticado, operaciones de milicias casi permanentes. En los corrillos carcelarios, con indisimulado orgullo, se enfatizaba lo que se consideraba un importante fortalecimiento de la guerrilla montonera. Ejemplos de esto no faltaban: en los días previos a mi ingreso en la cárcel de Villa Devoto los montoneros habían destruido la fragata Santísima Trinidad, una de las niñas mimadas de la armada, y habían averiado con explosivos un poderoso Hércules C-130, que despegaba cargado de soldados en el aeropuerto de Tucumán.

Este fortalecimiento parecía tener su correlato político. Aunque con el pase a la clandestinidad, en setiembre de 1974, los montoneros habían hipotecado la posibilidad de un mayor crecimiento en el movimiento de masas, el rechazo al gobierno dominado por José López Rega y el prestigio acumulado en la etapa anterior explican que la organización mantuviera un arraigo todavía importante. El Partido Auténtico crecía por la adhesión de muchos peronistas desencantados con la gestión de Isabel Perón, y las coordinadoras obreras mostraban una significativa influencia de la Juventud Trabajadora Peronista, la rama sindical de la organización. Por otra parte, Montoneros se iba constituyendo como partido revolucionario, alejándose de cierto espontaneísmo movimientista. Este acercamiento hacia el marxismo —horizonte teórico de mis reflexiones de entonces— debió alegrarme, pero era, paradójicamente, lo que me suscitaba más perplejidades.

Por un lado, yo no podía concebirme actuando como esos militantes que antes celebraban “las genialidades del viejo” y ahora trasladaban esas

virtudes de infalibilidad al “Pepe” Firmenich. Nuestra opción por el peronismo implicaba la prioridad de lo político y del trabajo con las masas. Por lo tanto, una mayor influencia del pensamiento de izquierda me parecía entonces un dato positivo para posibilitar una discusión más racional y afirmar la primacía de la política. Sin embargo, no tardaría en advertir con inquietud que en nombre del marxismo —en una versión simplificada que se adoptaba como principio de autoridad— también podía construirse una fuerza aun más vertical y menos abierta al debate y a la participación, más volcada sobre sí misma y menos dispuesta a percibir la respiración de las mayorías.

Además, todos esos atributos del peronismo montonero, desde las novedades ideológicas hasta la sofisticación logística, parecían inhibir la posibilidad de plantear algunas preguntas esenciales. ¿Cuál era la perspectiva estratégica de la organización? ¿Pensaba realmente ganar una guerra contra las fuerzas armadas o apostaba a un quiebre de éstas y a una nueva alianza política? ¿Cómo podía compatibilizarse la propuesta de masas, expresada en el Partido Auténtico y en la militancia sindical y social, con la creciente militarización? ¿El poderío de la fuerza propia podía compensar el aislamiento que ya comenzaba a notarse respecto de sectores más amplios de la población?

Un año después de mi detención, estas preguntas comenzaron a tener una dramática respuesta. El aparato del ejército montonero, que parecía tan poderoso, no resistió una ofensiva planificada con la utilización del conjunto de la fuerza estatal. La organización empezó a ser progresivamente desmantelada, y la evidencia inquietante de esta realidad no estaba sólo en las informaciones periodísticas. Los tiroteos, casi diarios, que escuchábamos en La Plata a lo largo de 1977 constituían el anuncio irrefutable de cuántos compañeros estaban siendo abatidos. Releyendo una

y otra vez, años después, los cuestionamientos que Rodolfo Walsh envió a la conducción nacional de Montoneros, he pensado con cuánto provecho mis inquietudes de entonces hubieran podido conectarse con esas reflexiones.

Pero nada de todo ello se nos informó a quienes estábamos en la cárcel, y los escasos mensajes que recibíamos de la organización sólo estaban orientados a convencernos de que, pese a todas las apariencias, las cosas no iban tan mal. Nosotros seguimos aguantando sin encontrar una respuesta de conjunto que nos conformara. Los que teníamos una visión más crítica nos permitíamos algún comentario entre nosotros, pero nunca se planteó — hasta llegar a Rawson en 1979— una discusión general sobre la situación de la organización. El debate se produjo allí, ese año, como reacción a las noticias sobre la contraofensiva, quizá porque en nuestro pabellón coincidimos varios de los que ya éramos críticos y también porque el régimen más distendido —muchas horas de recreo diario— alentaba la discusión. Contribuyó mucho a sobrellevar la situación la actitud de varios de los responsables de Montoneros en la cárcel: la tolerancia que ellos mostraron no fue la norma en las discusiones que, en ese tiempo, se plantearon dentro de la organización tanto en el país como en el exterior.

Las visitas aportaban la información más importante a nuestra disposición para evaluar la situación. Como la mayoría de nuestros familiares carecían de una formación política, algunos compañeros pretendían explicar por ello que sus versiones de la realidad fueran tan distintas de las de la organización. Sin embargo, salvo que se quisiera negar la evidencia, era imposible no tomar en cuenta que en el panorama que trazaban nuestros familiares la presencia de los montoneros era cada vez menos significativa. En un momento, con admiración o temor según los casos, nos habían hablado de la presencia militante de la guerrilla; más

tarde, de la tenebrosa realidad cotidiana de la represión. Hacia fines de 1978, simplemente, los montoneros no formaban parte de su realidad.

No lo creían así los dirigentes de la Conducción Nacional que residían en el exterior y enviaban comunicaciones en las que se hablaba de un nivel de resistencia en el país y una presencia de la organización de la que no podía dar cuenta la modesta experiencia de quienes vivían en la Argentina. No es que no existieran actos de resistencia significativos, pero ellos no expresaban, como se pretendía, un estado general de conciencia de la población.

En esos días recordé una escena de *La guerra ha terminado*, la película de Alain Resnais, con libro de Jorge Semprún. El protagonista del filme, interpretado por Yves Montand, volvía a París desde la España franquista y trataba infructuosamente de convencer al secretario del Partido Comunista Español —residente en la capital francesa— sobre las dificultades de la situación y los serios riesgos que corrían los militantes en el territorio gobernado por Franco. El secretario rechazaba esas argumentaciones, que seguramente imputaría a la debilidad ideológica, y concluía la discusión con una sentencia inolvidable: “Desde lejos las cosas se observan mejor, nosotros tenemos más perspectiva para ver la realidad”.

Esa idea debía de sustentar un texto que recibimos en diciembre de 1978, en el que se sostenía que la dictadura estaba retrocediendo significativamente. El recurso para llegar a esta conclusión era muy simple. Se magnificaba cualquier acto de protesta y se exageraba la importancia de cualquier conflicto dentro del elenco de gobierno. Al año siguiente se produjeron algunos hechos de resistencia más significativos, como la primera huelga general declarada por la Comisión Sindical de los 25. Sin embargo los informes montoneros, aunque ahora podían apoyarse en manifestaciones reales de enfrentamiento a la dictadura, seguían

adoleciendo de un error fundamental: interpretar cualquier hecho de resistencia social como una prueba de la presencia política de la organización.

La contraofensiva iniciada en 1979, cuyo importante saldo de bajas nosotros desconocimos, provocó —como ya señalamos— una fuerte discusión entre los montoneros que estábamos entonces en uno de los pabellones del penal de Rawson. Ya resultaba imposible de ocultar la discordancia entre nuestra visión de un país que comenzaba a prepararse para dejar atrás la dictadura, pero ya nada quería saber con las organizaciones armadas, y la pretensión de quienes negaban la derrota y seguían asumiéndose como la conducción del movimiento popular.

Como siempre ocurre en los casos en que la derrota es tan concluyente, las críticas que en la cárcel venía elaborando finalmente se revelaron insuficientes para explicar la magnitud del desastre. La deriva de la organización hacia el militarismo se había expresado claramente con el paso a la clandestinidad en 1974, afirmándose a partir de ese momento. La lucha armada que se justificaba por el derecho a la rebelión contra una dictadura resultaba indefendible frente a un gobierno al que, más allá de que cobijara a la Triple A, la población seguía viendo como constitucional y legítimo. Pero ese error tan grosero algo estaba diciendo sobre el tipo de organización que se había conformado en la etapa previa de clandestinidad. También sobre la escasa participación en las decisiones de la gran mayoría de los militantes que reaccionaron con sorpresa ante esa decisión. Muchos, todavía fascinados por el notable crecimiento de masas de Montoneros, no sacamos todas las conclusiones de esas advertencias, pero ahora no cabía duda de que estaba en crisis una estrategia que hacía de la acción armada su tarea principal, y un tipo de organización que se reconocía más como un ejército que como un partido.

Yo siempre había tomado la lucha armada como un mal necesario, porque la experiencia argentina de dictaduras y golpes militares parecía indicar que no había otro camino posible. Pero nunca fui un “fierrero” convencido. Durante años había tratado de hacer todo lo posible para convencerme de que podía ser un buen soldado, a pesar de que sabía muy bien que no era ése el lugar que me resultaba más cómodo. La política era para mí como una segunda naturaleza, pero algo muy íntimo me decía que había mucho de impostado en ese perfil soldadesco que los tiempos me habían llevado a adoptar. “El único heroísmo al que puede aspirar un pensador es el martirio”, escribió alguien que no era precisamente de izquierda. Mi militancia había sido un intento por refutar esa frase, un diálogo íntimo con esa idea, aunque no fue sino mucho más tarde que conocí el texto de Ortega y Gasset.

A partir del momento en que debió admitirse la derrota, no era difícil vislumbrar que se terminaba una etapa y que la siguiente debía tener su eje central en la política y la organización de masas. Para nuestra generación, la experiencia de la violencia había terminado. El modo con que se encaró el reclamo por el castigo de los responsables del terrorismo de Estado y la absoluta falta de atentados o represalias contra los genocidas son la mejor demostración de que, después de 1983, todos entendieron que en el nuevo clima político no había lugar para la violencia. No sólo por el contexto institucional y el clima social, sino porque la subjetividad de los militantes no podía tolerar la reiteración de una historia en la que, comenzábamos a intuir, no era poco lo que debíamos reprocharnos.

Ni entonces ni ahora, sin embargo, me sumé a las declaraciones categóricas de rechazo absoluto a la violencia, en cualquier tiempo y lugar, que suponen una deshistorización de nuestra experiencia. La violencia no existió en la Argentina como parecen creer algunos intelectuales porque

ellos decidieron apoyarla. Había una historia que la explicaba y una mayoría social que terminó aceptándola para enfrentar a la dictadura. No haber entendido la excepcionalidad de ese momento y pretender seguir guerreando después de 1973 fue un error muy grave, aunque no resulte inexplicable en el contexto ideológico de entonces.

La ocupación de Malvinas en 1982 produjo conmoción en las cárceles. En parte porque la mayoría de los presos apoyó la reivindicación de las islas, actitud entusiasta que se potenció ante la rápida comprensión de que la guerra introducía una coyuntura que podía ser favorable para la salida en libertad. En la cárcel de Rawson, donde yo estaba en ese momento, no supe que alguien se hubiera ofrecido como combatiente —como sí ocurrió en la Unidad 9 de La Plata— siguiendo la decisión adoptada por Montoneros. Esa propuesta de una conducción que ya se prendía en cualquier aventura para remontar la derrota se basaba en la creencia de que la presencia del pueblo apoyando una causa nacional podía producir un cambio muy profundo del rumbo político, pero subestimaba el aniquilamiento de la militancia e ignoraba la naturaleza esencialmente reaccionaria de la dictadura.

La nota de la organización que nos llegó entonces hablaba de nuestra tarea en la guerra y proponía un programa que exigía la reforma agraria en las islas Malvinas. Más allá de estos discursos, resultaba más que difícil pensar que podíamos integrar una misma fuerza militar con nuestros torturadores, ellos no concebían esa posibilidad. En cuanto a los presos, la mayoría se limitó a expresar su apoyo a la reivindicación nacional.

Los años que aún faltaban hasta mi salida de la cárcel, en 1983, fueron de preparación para lo que imaginaba como un nuevo tiempo político. Al releer las cartas que desde 1979 enviaba a mi mujer (instalada primero en España y luego en México) encuentro una frase reiterada y no

excesivamente eufemística: “Deberemos discutir en qué nuevo marco inscribimos nuestro esfuerzo”. Mantuve la integración y la relación fraterna con los compañeros de la organización porque ésa seguía siendo la mejor respuesta para sobrellevar la cárcel pero, como muchos de aquellos con quienes compartí charlas y lecturas en esos años, era consciente de que se cerraba una etapa. Habría que iniciar otra desde el peronismo, aunque más no fuera para volver a intentar desde allí, por caminos diferentes, la construcción de esa propuesta superadora a cuya frustración veníamos de asistir.

Libertad

La imagen de una pared en la que se van anotando los días que faltan para salir en libertad, registro cotidiano que alimenta la esperanza, es una de las más recurrentes en las películas que muestran la vida en la cárcel. No pudo ser así en nuestro caso. No sólo porque estaban rigurosamente prohibidas todas las anotaciones, marcas o dibujos en la celda, sino porque tampoco se sabía cuál era el término de la detención: procesados que los jueces habían sobreseído y, también, sentenciados que habían cumplido su condena seguían detenidos por la decisión del Poder Ejecutivo Nacional.

Esta medida discrecional era el recurso que el Ejecutivo utilizaba para asegurar que no recuperaran la libertad los *delincuentes terroristas* (DT) que consideraba peligrosos. Esa peligrosidad se evaluaba, principalmente, por la pertenencia a las organizaciones guerrilleras y el nivel que se ocupaba en ellas: la información con que contaban los servicios de información era bastante exacta a este respecto. A partir del golpe militar, esta denegación de las libertades fue absoluta porque tampoco se hizo lugar, en la inmensa mayoría de los casos, a la opción para salir del país que la

Constitución Nacional otorga a las personas detenidas por aplicación del estado de sitio.

Sin embargo, mi detención a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, dispuesta en los días inmediatos a mi ingreso en la cárcel, fue revocada en diciembre de 1976, momento en que la represión era más intensa, pero también arreciaban los reclamos del exterior por las desapariciones y otros episodios como los asesinatos en la Penitenciaría de Córdoba. Por mi condición de periodista y ex dirigente del gremio de prensa, eran muchos los pedidos de excarcelación formulados desde otros países y, para mostrar su buena voluntad, la dictadura aceptó incluirme en una lista de presos “liberados”. El alborozo de mi madre, que no se animaba a dudar de lo que había leído en los diarios, se transformó en la decepción más angustiante cuando en el penal de La Plata le comunicaron que seguía detenido a disposición de la justicia.

De este modo la dictadura pudo responder a todos los pedidos del exterior, señalando que nada tenía que ver con la continuidad de mi estadía en la cárcel. A partir de entonces, garantizar que permanecería detenido sería tarea de la justicia, y el tiempo demostraría que los militares podían confiar en los nuevos jueces federales nombrados después del golpe.

A partir del 24 de marzo de 1976 se había hecho cargo de mi causa el doctor Guillermo Rivarola, integrante de una familia de vieja tradición en la justicia y la política argentinas. El más ilustre de la estirpe, Rodolfo Rivarola, fue un jurisconsulto al que se recuerda más por la originalidad de sus propuestas para perfeccionar el sistema institucional argentino, a comienzos del siglo XX, que por el carácter reaccionario de su doctrina, que afirmaba la vuelta al unitarismo y el rechazo del sufragio universal.

Nuestro Rivarola estaba lejos del talento y la erudición de su antecesor, pero tampoco era eso lo que, en esta ocasión, se le pedía. Si se trataba de

mostrar celo condenatorio e identificación con los dictadores, Guillermo hizo todavía más de lo que hubiera podido exigírsele. En ocasión de los asesinatos en la cárcel de La Plata, como yo le requiriera garantías para preservar nuestras vidas, el juez, lejos de condenar lo ocurrido o prometer una investigación, señaló que la responsabilidad de estas situaciones era de los mismos presos, que, dada nuestra extrema peligrosidad, obligábamos a adoptar recursos extraordinarios para garantizar la seguridad.

Más tarde, cuando llegó el momento de dictar sentencia en la causa penal que se me seguía, Rivarola superó todas las marcas. Desechando la opinión de los dos fiscales, que sucesivamente habían aconsejado una pena inferior, dictó una sentencia de ocho años de prisión. Para ello tuvo que condenarme al mismo tiempo como autor y como encubridor de un mismo delito (hurto de automotor), expediente originalísimo al que ambos acusadores se habían negado a recurrir.

Previamente, este juez había intervenido en la causa por la masacre de los padres palotinos. Es decir, en realidad no intervino; se abstuvo de cualquier indagación sobre lo ocurrido hasta asegurarse de que los asesinatos quedaran impunes. Quien sí recibió una pena, por una demanda judicial de Rivarola, fue el periodista Eduardo Kimel, investigador de la masacre, quien señaló la responsabilidad del juez por su inacción. Una vez más, la familia judicial defendió a uno de los suyos y el periodista fue condenado. Se resarció de este modo el honor mancillado del juez. A diferencia de los anteriores, este escándalo ocurrió en democracia, y ya Rivarola había sido designado nuevamente juez federal por el voto complaciente de justicialistas y radicales en la Comisión de Acuerdos del Senado Nacional.

Como yo había sido detenido mientras portaba un documento de identidad falso, lo que se consideraba como prueba indiscutible de pertenencia a una de las organizaciones, nunca creí en la posibilidad de una

salida rápida. La idea de una larga detención se compensaba con la convicción —que teníamos en 1975— de que los presos legales no corríamos riesgo de perder la vida. Unos más, otros menos, todos éramos relativamente jóvenes y podíamos consolarnos pensando en la vida futura. Cuando tuvimos noticias de los asesinatos en la cárcel cordobesa y, más claramente después, cuando las balas picaron más cerca y las muertes se produjeron en nuestro pabellón de la U9, se hizo evidente que ese intercambio entre larga cárcel y certeza de supervivencia sólo existía en nuestra imaginación. Era posible pasar muchos años preso y después perder la vida. Esa constatación no fue fácil de aceptar.

Condenado a ocho años de prisión y levantada la detención a disposición del Poder Ejecutivo, la única posibilidad de abandonar la cárcel consistía en que la justicia me otorgase la libertad condicional cuando se cumplieran las dos terceras partes de la condena. De acuerdo con la ley, este beneficio está ligado con la buena conducta en el lugar de detención. En varias ocasiones, en algunos penales nos dieron unas insignias (tres líneas horizontales) que certificaban que en los últimos meses uno no había sido castigado y, por lo tanto, estaba calificado con buena conducta. Pero todos sabíamos que para los presos políticos estos rituales que tendían a mostrar la normalidad de una situación carcelaria no tenían la menor importancia. La única conducta que podía ser tenida en cuenta para la libertad, y no necesariamente, era la de quienes habían aceptado firmar una declaración de arrepentimiento, cuestión que nunca estuvo en mis planes.

No cabía, por lo tanto, ser muy optimista respecto de las posibilidades de liberación anticipada. Sin embargo, en ocasión de mi primera solicitud, a los cinco años y cuatro meses de detención, en 1981, se presentó una circunstancia inesperada. El fiscal de cámara que debía intervenir en mi pedido de libertad condicional era el doctor Francisco Laplaza, a quien,

siendo representante estudiantil en el Consejo Directivo, yo había votado como decano de la Facultad de Derecho. Laplaza, que se había desmarcado entonces del grupo más conservador, quedó muy agradecido con su inesperada designación. Meses después, gané una beca para integrar una delegación a los Estados Unidos, y el decano Laplaza viajó con el grupo. El viaje tenía un claro propósito de captación política porque, aunque la mayoría de los becarios fuimos seleccionados por nuestras calificaciones, la participación en agrupaciones estudiantiles se tuvo en cuenta para incorporar a otros. Visitamos el Capitolio, el Departamento de Estado y la Suprema Corte en Washington, y discutimos mucho con los dirigentes del país y entre nosotros. En ese trayecto se fortaleció la relación con el decano, a pesar de los límites que imponían las diferencias cada vez más notorias. En los siguientes quince años no nos vimos, pero esas diferencias se transformaron ya en un abismo.

Sin embargo, cuando mi madre lo visitó, Laplaza se comprometió a hacer algo y —contra todas mis previsiones— poco después se pronunció a favor de que se me otorgara la libertad condicional. Era la primera vez que se concedía este beneficio a un preso considerado de máxima peligrosidad, y lo sorprendente de la decisión daba pie a pensar que no se trataba sólo de un gesto personal del ex decano sino que, quizás, estaba anunciando una modificación de la jurisprudencia de la Cámara, pasados los años más duros de la represión. Los dos meses que transcurrieron hasta que se dictó el fallo fueron para mí de una tensión permanente. Aunque durante el día trataba de no pensar demasiado, me despertaba súbitamente en medio de la noche con dolores en todo el cuerpo.

Las opiniones en nuestro pabellón de la cárcel de Caseros estaban repartidas entre quienes negaban toda posibilidad de una sentencia favorable y los que consideraban evidente la excarcelación, puesto que

quien la pedía era el propio fiscal. Ni unos ni otros tenían más razones que el optimismo o el pesimismo que los definía ante todas las situaciones. En la revista *Radiolandia* el querido periodista Enrique Sdrech publicó una versión que afirmaba que en los corrillos tribunalicios se comentaba sobre mi inminente libertad. Fue un gesto notable que pudo haberle costado muy caro. La lectura de ese suelto periodístico parecía alentar el optimismo, aunque yo sospechaba que la versión tenía menos que ver con lo que se decía en Tribunales que con las conversaciones de Sdrech con mi suegro y el deseo del propio periodista.

Finalmente, el tribunal desestimó la opinión del fiscal y decidió, de acuerdo con un informe del Cuerpo I de Ejército, rechazar mi solicitud de libertad. Un año después, cuando hice otra vez el pedido, fue precisamente un integrante de ese cuerpo quien vino a entrevistarme. Un tipo alto, con pinta de oficial del ejército nazi, seguramente algo trabajada, que se presentó como coronel y dio un apellido que enseguida olvidé porque supuse que era inventado. De pronto, el milico irguió su metro noventa y, taconeando con una marcialidad que hacía años no veía, expresó su orgullo de conocer al oficial montonero de mayor nivel dentro de la cárcel. No era un honor extraordinario el que me hacía porque no éramos tantos los que estábamos en Caseros, pero, efectivamente, en ese momento yo era el responsable de nuestro grupo y el coronel quería demostrar, desde un comienzo, que conocía nuestra organización en el penal.

Quizá también quiso probar cuál sería mi respuesta, porque se habían dado algunos casos, muy pocos, en que los compañeros se reivindicaban como integrantes de una fuerza armada para dialogar, de oficial a oficial, con los militares. A esa altura de las cosas, fines de 1981, creía tener claro que no había ningún diálogo en que la pertenencia a la organización pudiera condicionar a nuestros interlocutores. El señor que tenía enfrente no venía a

hacer una negociación con los montoneros sino a corroborar que yo seguía siendo tan subversivo como antes. Por otra parte, después de tantos años de reflexiones yo no me consideraba íntimamente oficial de ningún ejército, sino un militante político que se había visto obligado a recurrir a las armas. Pero todo esto debo de haberlo pensado después; en ese momento sólo pude contestar con un seco “buenos días” al aparatoso saludo de nuestro visitante.

Ocurrió lo previsible. El coronel me abrumó con recortes periodísticos e informes de inteligencia para convencerme de cuán peligroso era yo, pero me pareció más tonto de lo que presumía y lo único razonable que hizo en las dos horas de charla fue preguntarme qué pensaba hacer cuando saliera en libertad. Le respondí que iría a encontrarme con mi mujer y que me quedaría a estudiar en el exterior. Era una verdad a medias: de todos modos, el coronel estaba dispuesto a no creer en ninguna de mis respuestas. Un mes después un nuevo fallo de Cámara, obedeciendo a otro informe del Cuerpo I de Ejército, rechazó una vez más mi libertad condicional.

El tercer pedido también fue rechazado, pero ya estábamos en 1983: ese año se cumplía mi condena y había elecciones, así que podía esperar confiado. Sin embargo, como ya se respiraba un nuevo aire en el país y crecía la confrontación con los militares, hubiera podido pensarse que los camaristas buscarían mejorar su imagen, decidiendo sin tener en cuenta la opinión del ejército. No lo hicieron: el doctor Fernando Mántaras, presidente del tribunal, había actuado previamente en Santa Fe legitimando todos los procedimientos de la dictadura y, aun pocos meses antes de las elecciones, seguía siendo un orgánico del partido militar, como la mayoría de los jueces federales.

La única reducción de pena que logré se produjo el día en que finalizaba mi condena, 11 de setiembre de 1983, cuando a las once de la mañana me

notificaron que saldría en libertad de inmediato, en lugar de hacerlo a la medianoche como correspondía. Temí por un secuestro, puesto que ningún familiar estaría afuera esperándome, pero finalmente me permitieron hablar por teléfono —hacía ocho años que no lo usaba— y algunos parientes estuvieron en la puerta. Más tarde supe que las agrupaciones de periodistas se habían convocado a la noche en la puerta de la cárcel de Caseros, y que ésa fue la razón del adelantamiento de mi salida. Los que habían ido a saludarme a la cárcel llegaron por la noche con sus pancartas al pequeño departamento de uno de mis hermanos, y esa manifestación de gente que subía y bajaba las escaleras para que los demás pudieran acceder fue, para mí, la primera evidencia de lo que estaba cambiando en el país.

La ciudad y el mundo

Apenas pisé la calle, recordé la sensación que había tenido, ocho años antes, al ingresar a la cárcel de Villa Devoto, porque al salir de Caseros sentí algo totalmente distinto. El mundo entero parecía abrirse a mi mirada. Mientras contaba los días que faltaban para reencontrarme con mi mujer, recorrí una ciudad que me parecía ahora más linda y más grande, pero que me costaba reconocer. Los militares habían dejado su marca —las autopistas eran lo más notorio; la expulsión de los más pobres, lo más relevante del punto de vista social— pero su manía del orden no había podido quitarle vida a Buenos Aires.

Caminé durante días enteros por todas partes. Por el centro, en busca de restaurantes que me parecieron demasiado bulliciosos para quien durante ocho años había comido en soledad. Por la calle Corrientes, en cuyas librerías volvía a encontrar los libros que me habían faltado en los años recientes. Por el Bajo, que me recordaba los poemas de Raúl González Tuñón, con sus muchachas y sus personajes de la picaresca. Por Palermo, que todavía seguía siendo un barrio.

Los automóviles, los carteles de la calle, la ropa de la gente, todo lucía diferente para mí. Frente a esta sinfonía de colores que me deslumbraba, los recuerdos de la cárcel surgían con un tono gris, o tal vez con el sepia de un viejo pergamino. Estos recuerdos ya nos parecen viejos en cuanto recuperamos la libertad.

A las pocas horas de ser liberado me llevaron a un lujoso restaurante. De inmediato recuperé gustos y sabores que no había sentido en años, pero lo más difícil tuvo que ver con el vino. Recordé la experiencia de un compañero que al volver a su provincia fue agasajado por los organismos de derechos humanos. Todo venía bien hasta que el recién liberado levantó su copa de vino para brindar, tomó un trago y, de pronto, estalló en un llanto incontenible. Desde meses antes de mi salida me perseguía el fantasma de mi reencuentro con el alcohol y me prometí ser prudente para no reeditar aquella escandalosa situación. Sin embargo, cuando llegué al restaurante olvidé las precauciones. Tomé de la primera copa que me sirvieron y sólo sentí un sabor profundo, extraño y agradable, un recuerdo de ocho años antes.

No tardé en advertir cuánta gente faltaba en la ciudad. Mi mujer y la mayoría de mis amigos estaban en el exilio, otros seguían presos o habían desaparecido. No constituían los ausentes un porcentaje significativo de la población, pero sí una parte muy importante de mis afectos. Sin esta gente, Buenos Aires para mí no era la misma. Tampoco parecían ser los mismos de antes los pocos compañeros de militancia que pude ver en esos días. Me pareció que estaban un poco aturdidos todavía por la magnitud de la derrota pero, al mismo tiempo, aún sorprendidos por la vertiginosa retirada militar después de Malvinas. Para bien o para mal, casi todo lo ocurrido era distinto de lo imaginado diez años antes. Todos, en alguna medida, eran muy críticos de la actuación de la organización, pero lo único que podía sacarse

en limpio de esas conversaciones con militantes eran la revalorización de la acción política y la necesidad de revisar y cuestionar muchos de nuestros planteos.

La confusión que observé en esos primeros días de libertad no tapaba el entusiasmo con que se anticipaba la próxima recuperación de la democracia. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido diez años antes, esta vez nadie podía atribuirse ningún triunfo: los militares ya se habían constituido claramente en los villanos, pero para la sociedad argentina, en 1983, el “bueno” de la película resultaba más difícil de encontrar. De la guerrilla no se hablaba, aunque podía suponerse que subyacía cierta visión crítica. Millones de personas habían corrido a inscribirse en los partidos políticos. Tal vez no se hubiera olvidado el pobre desempeño de éstos antes del golpe militar, pero cierta lógica hacía pensar que para asegurar una verdadera democracia había que fortalecer los partidos políticos. Mientras, las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo, que habían creado una original manera de hacer política, iban aumentando en la consideración pública y se anunciaban como símbolo de la nueva época.

Quizá la muestra más notable de cuánto había cambiado el clima político era que el dirigente que iba ganando más consenso —y que sería el próximo presidente— leía en sus discursos, con unción religiosa, el preámbulo de la Constitución Nacional argentina, un texto que nos parecía anacrónico, resultaba algo así como un recuerdo escolar para los militantes de la predictadura.

En los últimos meses de cárcel había conocido algunos escritos del debate de los exiliados argentinos en México. El grupo que editó la revista *Controversia* a comienzos de los años ochenta, y que se animó a plantear algunos interrogantes para entender la derrota, estaba integrado por intelectuales peronistas y de izquierda. Yo tenía más afinidad con los

primeros, pero entre los segundos contaba con algunos amigos de muchos años. Con dos de ellos intercambié desde la cárcel algunas cartas y entablamos cierta polémica acerca de la democracia, lo nacional-popular y otras cuestiones. Lo primero que me llamó la atención fue que ambos — Juan Carlos Portantiero y Oscar Terán— habían olvidado su acercamiento al peronismo que se había producido en la caldera política de 1973. Este olvido que no creyeron necesario explicar fue, para mí, la señal de cierto eclipse del peronismo para los intelectuales progresistas, como el preuncio de la postura de apoyo a Alfonsín que habrían de sostener poco después Portantiero y muchos otros.

No era difícil compartir la revalorización de la democracia que se expresaba en las cartas de Portantiero, pero me sorprendió que creyera necesaria la recuperación de la tradición socialdemócrata a la que siempre habíamos cuestionado doblemente, por su pensamiento tibiamente reformista y por su ajenidad respecto de la cuestión nacional. En esos últimos días de cárcel leí en una revista *Todo es Historia* la referencia a un libro de José Aricó —compañero de Portantiero en la revista *Pasado y Presente*— sobre Juan B. Justo, y comprendí los alcances más generales de una operación que, ante lo que consideraba el abandono inevitable del pensamiento marxista, buscaba alguna tradición recuperable en el Partido Socialista Argentino. Un modo, quizá, de seguir siendo de izquierda.

Todo esto estaba bastante lejos de las reflexiones que había ido elaborando en la prisión. No me costaba demasiado aceptar la necesidad de una revisión del marxismo, y menos todavía otorgar a la democracia una centralidad que aquel pensamiento no le reconocía; pero, después de ocho años de leer mucha historia argentina y de debatir con compañeros de todo el país, yo había salido de la cárcel más nacional y popular de lo que era al

entrar. Así se advierte en un reportaje que me hizo en los primeros días de libertad Mona Moncalvillo para la revista *Humor*.

De todos modos, resultaba difícil tener expectativas con un peronismo cuya conducción aparecía complicada con la amnistía dictada por la dictadura. Por otra parte, ¿cómo reconstruir una propuesta de la izquierda peronista, si los dos términos parecían estar cuestionados?

Las conversaciones con Oscar Terán —fue uno de los primeros en retornar, quizá porque nunca aceptó sin malhumor el exilio mexicano— me hicieron comprender, además, hasta qué punto estaba también jaqueada nuestra idea del marxismo. En pocos años, parecía haberse condensado un conjunto de cuestionamientos a la pretensión científica de una ideología revolucionaria de la clase obrera, al tiempo que la experiencia de los llamados “socialismos reales” motivaba cuestionamientos más serios que las deformaciones burocráticas que tradicionalmente habíamos señalado. Ya no bastaba con la afirmación de una lectura menos dogmática del pensamiento de Marx frente a un cuestionamiento más raigal de su doctrina. No sólo había avanzado el debate sobre la crisis del marxismo en el resto del mundo, sino que nuestra derrota constituía un suelo fértil para incorporar esas reflexiones.

La charla con Oscar agregaba otra dimensión subjetiva no menos inquietante. Yo no había dejado pasar un solo día de cárcel sin recordar a los compañeros muertos y desaparecidos, sin sentir el agobio por tanto dolor y tanta derrota, pero en la reflexión de Terán encontré un componente distinto, una severa afirmación de responsabilidad personal por lo ocurrido. Este cuestionamiento ético me conmovió, aunque no pude vivirlo del mismo modo. Quizá porque nuestras experiencias eran muy distintas: la vida colectiva en la cárcel nos impulsaba a buscar caminos para redefinir la

militancia; el desgarramiento del exilio, tal como Oscar lo había vivido, estaba teñido por la desesperanza.

Estos primeros intercambios personales y epistolares me revelaron, más allá de acuerdos y diferencias, lo que había ido intuyendo en los años de detención. No sólo el país viviría una etapa muy distinta con el retorno de la democracia, sino que el mundo parecía anunciarse muy diferente del que habíamos conocido en las últimas décadas, caracterizado entonces por una hegemonía cultural de la izquierda que en nuestro país alcanzaba también a vastos sectores del peronismo.

En los primeros tiempos de libertad albergué sentimientos contradictorios. Había mucho de nuevo para entender y me gustaba imaginarme participando en esos debates, pero si esto resultaba apasionante no era sin angustia que empezaba a comprender cuántas creencias se habían derrumbado. En adelante debíamos abordar la política y el debate intelectual sin ese piso convencional de certezas que había guiado nuestra militancia. No tardé en entender que, aunque uno estuviera lejos de celebrar la crisis de los grandes relatos, había una realidad de fragmentación que se nos imponía en todos los órdenes. Reordenar esos fragmentos en la perspectiva de un nuevo pensamiento liberador sigue siendo, hoy, el desafío.

Justicia

Treinta y tres años después de los asesinatos en la Unidad 9 de La Plata, llega el procesamiento de sus responsables. Para comprender cuánto ha cambiado la situación política basta con recordar los rostros desafiantes que lucían estos que hoy parecen pobres viejitos cuando, en otro tiempo, recorrían los pabellones repartiendo golpes y amenazas. Son muchos los testimonios incriminatorios contra los oficiales del penal, y buena parte de ellos ya habían sido presentados en los Juicios de la Verdad que se promovieron cuando las leyes de impunidad impedían reclamar una condena judicial. En el caso de los presos asesinados fuera de la U9, los acusados pueden alegar que aceptaron los traslados cumpliendo órdenes superiores, pero hay otras muertes que se produjeron dentro de la cárcel, a causa del castigo propinado en los calabozos, y es difícil imaginar que puedan eximirse de responsabilidad por estos casos.

Muy probablemente, estos penitenciarios hoy procesados estuvieron implicados en otras desapariciones y asesinatos producidos en La Cacha, el centro clandestino vecino al penal, que era regentado por los mismos oficiales. Esta doble vida, de la cárcel legal al campo clandestino, para

muchos de ellos debe de haber sido fascinante. Aunque el régimen penitenciario era cada vez más duro y arbitrario, en la Unidad 9 debían cuidar ciertas formas y respetar normas y rutinas que les parecían inadecuadas para presos de tal peligrosidad. En el centro clandestino podían obviar esas formalidades, actuar verdaderamente como señores de la guerra y exhibir sin tapujos esas caras feroces que a nosotros sólo nos mostraban en los arrebatos de la requisita o cuando nos golpeaban en el calabozo.

El tribunal que entiende en esta causa es el mismo que condenó a Etchecolatz, el ex jefe policial de la dictadura, y a Von Wernich, el cura que consolaba a los torturadores y convocaba a la guerra santa. Quizá porque este tribunal aparece como uno de los más comprometidos con esta demanda de justicia y por la actitud contenedora de los jueces, me siento tan cómodo declarando. Es difícil recordar algunos detalles después de tanto tiempo. No es sólo un problema de memoria, también ocurre que algunos hechos tienden a naturalizarse y parecen perder su carácter vejatorio.

A veces, en la cárcel uno pensaba que lo que estaba viviendo no era tan grave en comparación con otras situaciones que había vivido o con lo que imaginaba de los campos clandestinos. Esa actitud tenía que ver con un método de supervivencia, con la necesidad de no vivir quejándose y de aceptar con cierta madurez la situación. Pero incluso aquello que ya nos parecía natural formaba parte de un régimen carcelario arbitrario y represivo que tendía a la degradación de las personas. Entonces, ante la justicia, tenemos que denunciar tanto los hechos más graves como las pequeñas vejaciones que sufríamos nosotros, y también nuestros familiares en las visitas.

Es cierto que en muchos casos estos agravios que denunciarnos, como el régimen de máxima seguridad que se aplicaba a quienes éramos llamados

delincuentes terroristas, no eran sino la acentuación de las vejaciones que sufrían los detenidos comunes. Pero esto hace todavía más necesaria la denuncia. Porque tres décadas de democracia no han mejorado sustancialmente la situación en las cárceles, y es muy escasa la atención que el conjunto de la sociedad presta a esta cuestión. Es más, una hipocresía generalizada lleva a desentenderse de la suerte de los detenidos.

¿De dónde provienen esas decenas de miles de presos comunes? De los estratos más populares en su mayoría, pero también de los sectores medios. Sin embargo, el discurso autoritario que pide más sanciones o pena de muerte y se opone a toda excarcelación domina la escena y los medios de comunicación, a tal punto que pocos se animan a decir que son parientes de un detenido y, mucho menos, a defender sus derechos. El sistema penitenciario aporta su contribución desalentando —mediante el maltrato, las demoras y todo tipo de arbitrariedades— las visitas de los familiares a la población penal.

No resulta fácil, en la audiencia, el reconocimiento de los detenidos. Muchos eran entonces muy jóvenes, y los rostros que veo no evocan los de otros tiempos. El “nazi” Rivadaneira seguramente sigue haciendo honor al apodo, pero ha perdido por completo esa cabellera rubia que nos permitía, pese a su apellido, asociarlo con un oficial alemán. “Culito de Goma” ya no muestra la contextura atlética que justificaba el apelativo. Yo no recordaba haber visto, mientras estuve preso, oficiales penitenciarios con canas, y sin embargo allí, entre la docena de personas sentadas en el sitio de los acusados, reinan las blancas cabelleras.

En esas condiciones es riesgoso intentar el reconocimiento de todos. Incluso con los que no están tan cambiados en su apariencia física, también podía haber confusión de los nombres. De todos modos, yo debo concentrarme en las denuncias contra tres de los acusados, y dos de ellos,

los oficiales Guerrero y García, no comparecen en la audiencia porque están prófugos. A lo mejor, al último todavía le dura el miedo que le generó su intervención en el traslado y asesinato de Horacio Rapaport, y en cuanto al oficial Guerrero, uno de los especialistas en las palizas de los calabozos, tenía también buenos motivos para estar fugado.

Relato con detalle ante el tribunal la experiencia que habíamos vivido en los calabozos de la Unidad 9 junto a Ernesto Villanueva, un preso montonero que había sido la máxima autoridad de la Universidad de Buenos Aires. El oficial Guerrero, infatigable, empezó a pegarle con una zapatilla mientras me exigía que yo hiciera flexiones de piernas. Cuando, acalambrado, yo me detenía, me obligaba a continuar, amenazándome con la zapatilla. Yo me preguntaba si cuando se cansara de pegarle a Villanueva me tocaría a mí. Pero, de todos modos, mi situación no era mucho menos angustiosa. Mientras las piernas se me quebraban, sentía una extraña sensación en la que se mezclaban la solidaridad con Ernesto y el miedo a que me llegara el turno de los zapatillazos. Estos sentimientos encontrados mostraban que la sesión de tortura tenía implicancias psicológicas más complejas de las que podían sospecharse del oficial Guerrero, a quien hasta entonces había considerado ajeno a toda sofisticación.

El episodio terminó, como solía ocurrir, cuando Guerrero se aburría. Yo quedé con dolores en las piernas durante varios días, pero Villanueva estaba muy golpeado, con marcas y heridas por todas partes. Como no era posible mostrar un preso en esas condiciones, la sanción, que originalmente era de cinco días, se estiró para mi compañero de castigo, quien debió pasar quince días en el calabozo. Eso era lo habitual: la paliza traía una pena anexa.

¿Qué hacían los médicos del penal mientras los presos eran golpeados en los calabozos? La pregunta del tribunal me lleva a recordar que nunca se los

veía por allí. En la cárcel funcionaban dos órdenes paralelos, no sin contacto entre ellos. Uno era el mundo de los reglamentos y las rutinas, donde los médicos actuaban como si lo hicieran en un hospital, y otro era el de las palizas, las requisas violentas y todas las vejaciones. Supongo que, cuando algún preso se les estaba muriendo por los golpes, los carceleros llamarían a algún médico a los calabozos. Afortunadamente, algunos de los que asistieron a los compañeros muertos en La Plata por las palizas fueron identificados y pudieron ser enjuiciados por el tribunal.

Los médicos de la cárcel, salvo alguna excepción, tenían un denominador común: les importaban poco los presos. Recomendaban rápidamente una intervención quirúrgica porque la operación les interesaba como práctica y constancia para los legajos, y repartían medicamentos con cierta generosidad, pero jamás uno sentía que estaba frente a alguien que se interesaba por el paciente. No relaté al tribunal las experiencias que recordé en el momento de la declaración judicial porque no habían ocurrido en la Unidad 9 sino en otras cárceles, pero vale la pena mencionarlas porque dan una idea de la actuación de los médicos y enfermeros penitenciarios.

En una ocasión, en la cárcel de Devoto, el otorrinolaringólogo me perforó el maxilar superior para colocar una cánula que debía servir para tratar la sinusitis. Al principio del tratamiento, el enfermero miró la canulita con gran curiosidad, quiso ver hasta dónde había entrado y terminó sacándola, de modo que la dolorosa intervención que me habían hecho en la boca perdía toda razón. Nunca sabré cuánto hubo en esa actitud de maldad y cuánto de impericia, pero lo que sí me quedó claro es que a nadie le importó demasiado lo ocurrido, ni al enfermero ni al médico ante quien me quejé después.

Tampoco me pidió disculpas el enfermero del penal de Rawson que una tarde se olvidó en mi espalda el artefacto para la aplicación de calor y me

produjo una ampolla de un tamaño respetable. En la lista debería incluir también al que, en ese mismo penal, se confundió al entregar los medicamentos y en lugar de un digestivo me dio un psicofármaco muy fuerte. Ese día dormí mucho y además sentí una paz muy especial. En el recreo jugué al ajedrez con el compañero con quien siempre lo hacía. Yo ya no jugaba bien, pero mi adversario era muy principiante, por lo que siempre ganaba yo. Esta vez, sin embargo, me ganó en muy pocas jugadas cuatro partidas seguidas. Todo me parecía muy raro, pero lo más extraño era que a mí —que siempre he sido bastante competitivo— no me preocupaba esta sucesión de derrotas y seguía de muy buen humor. Al día siguiente, todo se aclaró cuando el enfermero, sin hacerse demasiado problema, admitió la confusión.

Finalmente, esta vez en la cárcel de Caseros, un traumatólogo me puso un yeso desde el cuello hasta la pelvis, durante tres meses, en respuesta ante los reclamos que se hacían desde el exterior por la deficiente atención de una dolencia en mi columna. El médico sabía, como yo, que el yeso sólo serviría para molestarme, pero desde entonces nadie podría decir que no había sido tratado. Cuando, muchos años después, me saludó en los pasillos de un shopping del centro de Buenos Aires, advertí que no creía haberse comportado conmigo particularmente mal. Así tratan a los presos los médicos de las cárceles, y si en otros aspectos el régimen se había endurecido especialmente para los presos políticos, en materia de atención médica la negligencia, el desinterés y las pequeñas vejaciones eran los mismos que sufría toda la población penitenciaria.

De todos modos, el peor recuerdo referente a los médicos no es de un penitenciario sino de un prestigioso profesional que en los últimos años de la dictadura era el jefe de Neurología en el Hospital Argerich, adonde me llevaron para hacerme una electromiografía. Aunque algunas de las médicas

jóvenes que estaban en el consultorio me miraban con cierta desconfianza, tanto ellas como los agentes penitenciarios que me custodiaban conversaban conmigo —semidesnudo, sentado sobre una camilla— con mucha cordialidad, hasta que entró el jefe. Éste me miró azorado y gritó: “No está esposado. Es un tipo peligroso”. Totalmente desencajado y mientras exigía que me pusieran las esposas, me miraba con una mezcla de temor y odio, que es la combinación necesaria para que alguien se anime a justificar o cometer las mayores atrocidades. Pensé entonces que ese energúmeno que obligaba a esposar a un paciente no era distinto de los represores y torturadores de las fuerzas de seguridad. Éstos podían existir porque había tantos miembros prestigiosos de la sociedad capaces de pensar y de actuar como ellos.

El ex director de la Unidad 9, el prefecto Néstor Dupuy, permanecía impassible a pocos metros de distancia, mientras yo relataba al tribunal los hechos que lo incriminan por las muertes de los compañeros “trasladados” en la cárcel a su cargo. Después me pidieron que reconociera a los imputados y, antes de señalar a Dupuy, caminé muy lentamente frente a los acusados, con una lentitud que tenía que ver con la gravedad del momento o, quizás, expresaba algo más personal, el deseo de prolongar ese instante. Los acusados no me miraban y parecían empequeñecerse en sus asientos. Creo que en un momento pensé cuántos golpes habría recibido de cada uno de ellos y, quizá, sentí también cierta sensación de desquite.

Después seguí declarando con mucha tranquilidad, y relaté grandes y pequeños episodios ante la mirada confortante del presidente del tribunal. Cuando salí, rodeado de gente querida, pensé cómo, a veces, el cumplimiento de una obligación puede también resultar grato. Esta declaración era el compromiso mínimo de quienes habíamos sobrevivido,

pero cuánta alegría se siente de poder hacerlo en un país que finalmente se anima a apostar por la justicia.

Poco tiempo después, el 13 de octubre de 2010 —fecha de mi cumpleaños, feliz coincidencia—, escuchamos la lectura del fallo. El proceso no duró más de seis meses, lo que prueba, en comparación con otros casos, la diligencia del tribunal. Cuatro de los imputados, los que ocupaban los cargos de más jerarquía, fueron condenados a prisión perpetua; otros dos, con penas de veinticinco años. El resto de los imputados, con penas más bajas, de entre diez y catorce años. Entre los condenados hay varios médicos del penal, algunos de ellos profesionales reconocidos en la ciudad de La Plata. Al terminar la lectura del fallo, el “Oso” Acuña, considerado siempre uno de los más malos, tuvo un arrebato y empezó a insultar al público que, enfervorizado, aplaudía las condenas.

Otro paso más hacia la justicia. Treinta y cinco años atrás, cuando los militares y las fuerzas de seguridad actuaban con absoluta omnipotencia, parecía difícil imaginar este desenlace. Más tarde, cuando Menem impuso el indulto y en los medios de comunicación —y en buena parte de la sociedad— reinaba la teoría de los dos demonios, pudo pensarse que el proceso se cerraba. Entonces fue necesaria mucha pelea para mantener vigente el reclamo por la derogación de las leyes de impunidad.

Algunos seguirán, con el apoyo de la jerarquía católica, pregonando la reconciliación y reclamando, de uno u otro modo, el cese de los juicios. ¿Hasta cuándo?, se preguntan. Como si en un estado de derecho fuera necesario ponerle límites en el tiempo al accionar de la justicia. Cada fallo que se conoce, como el de la Unidad 9, va consolidando el orden jurídico cuyo peor enemigo es la impunidad. Esto que hoy estamos viviendo es mucho más de lo que soñamos cuando, en aquellos años de cárcel y derrota, nos animábamos a pensar en el futuro.

¿Nostalgia?

Caía la tarde en Cuernavaca y sólo se escuchaba el murmullo de las ramas provocado por la brisa. Tirados sobre el césped, uno al lado del otro, cada uno leía su libro y, cada tanto, cruzábamos miradas que expresaban la alegría del reencuentro. De pronto Lila exclamó: “Qué tranquilidad maravillosa”, y yo respondí, sin pensarlo dos veces: “Como en la cárcel”. Ella me miró con mucha preocupación.

Aunque ningún episodio tan increíble como esta identificación de la cárcel con nuestra apacible casa de fin de semana, fueron muchos, en los primeros tiempos de libertad, los momentos en los que yo terminaba evocando la experiencia carcelaria. En ocasiones cortaba una conversación diciendo “Me vuelvo a la celda”, y me dirigía entonces a mi habitación. Otras veces, ante la sorpresa de mi mujer, entraba a la ducha con la ropa interior puesta, para lavarla, como hacíamos en prisión.

Evidentemente, ocho años de cárcel es mucho tiempo, y eso tenía que dejar necesariamente sus marcas en mi comportamiento futuro. No creo que esta perduración de las conductas carcelarias sea difícil de entender, pero lo más notable no era eso sino que de ciertas respuestas y actitudes —como la

que había manifestado en Cuernavaca— parecía desprenderse una suerte de nostalgia, episodios que se recordaban con cariño, cierta valoración positiva de la vida en prisión. ¿Para un preso político no era ésta una conducta escandalosa?

En las experiencias más duras, la necesidad de sobrevivir lleva a olvidar rápidamente los malos ratos y a atesorar los otros: la alegría de los recreos, los gestos de solidaridad, la seguridad que se siente cuando la requisa se aleja, la comodidad que de pronto se descubre en la celda propia, comparada con las paredes desnudas del calabozo que se acaba de dejar. Muchas de mis cartas hablan con entusiasmo del sol espléndido, de alguna comida hecha por uno mismo, del mate, de la música de Homero Manzi, de Serrat o de Sui Generis que pasaban los parlantes; en última instancia, de la felicidad de estar vivo. En la cárcel de Rawson, en la última época, nos autorizaron a tener las luces de la celda encendidas hasta las doce de la noche: cuando cerraban las puertas yo tenía mi termo de té, un buen libro y alguna carta de mi mujer, y me sentía más que satisfecho.

No era tan tonto como para identificar ese bienestar con la felicidad. Con o sin sol, con luces y libros o sin ellos, la puerta de la celda permanecía cerrada y, por lo tanto, no estábamos menos presos que antes. Sin embargo, después de muchos años en los que siempre se temía una irrupción violenta, cuando cualquier ruido podía anunciar una requisa, la ida al calabozo de castigo, una paliza o un traslado, se comprende que esa tranquilidad de la celda resultase valorable. Mucho tiempo después, cada vez que me sentaba a leer recordaba ese instante de paz que interrumpía la tensión carcelaria. Difícilmente puedan entenderlo quienes no vivieron esa experiencia. Un psicólogo del que fui paciente me señalaba que yo parecía creer que, para estudiar bien, lo mejor era estar preso.

Otro recuerdo de aquellos años volvía siempre con un sabor agradable. Tenía que ver con la relación que se establecía entre los presos. Existía, por supuesto, una solidaridad política que iba más allá de la propia organización partidaria y en torno de la que se organizaba nuestra vida en la cárcel. Compartíamos los víveres que comprábamos en la cantina, los libros y revistas, a veces hasta la ropa que nos traían los familiares. Pero, sobre todo, existía un clima de compañerismo, de amistad franca, menos característico de una relación de adultos que de la convivencia entre los adolescentes. Más de una vez alguno se “comió” una ida al calabozo que no era para él, simplemente porque no quiso revelar el nombre del destinatario de un mensaje que los guardiacárceles habían interceptado. Era la conducta que se esperaba de un militante político, pero también mostraba una solidaridad más elemental, como cuando en el colegio todos aceptábamos un castigo colectivo por no denunciar al compañero que había cometido una falta.

Cuando la situación se agravaba, como en ocasión de las muertes de nuestros compañeros del Pabellón 1, en La Plata, ese apoyo mutuo se hacía más explícito. El lenguaje socarrón que encubría habitualmente los gestos de cariño dejaba paso a una actitud más abierta y, entonces, nos animábamos a expresar cuánto significaba en nuestra vida la presencia de los demás.

Después de varios meses de compartir una celda se generaba una relación de intimidad que nos parecía absolutamente normal pero que, seguramente, nadie pudo reproducir con ningún amigo después de abandonar la cárcel. Contábamos la historia de nuestras familias, hablábamos de la relación con nuestras mujeres, de los recuerdos de infancia.

En la cárcel de Sierra Chica me tocó de compañero de celda Marcelo Nívoli, un ingeniero nacido en un pequeño pueblo cordobés.

Permanecíamos en las celdas veintitrés horas diarias y volvíamos luego de una hora de recreo agobiados por la caminata bajo el sol que no podíamos interrumpir. En cuanto comenzaba a oscurecer corrían unos grandes chapones sobre un ventanal ubicado en lo alto de la celda. Nos impedían mirar el cielo, lo que en muchas otras cárceles también ocurrió (en Caseros construyeron alojamientos para los presos sin ventana al exterior) pero nunca de modo tan brutal como en Sierra Chica, donde nos sentíamos enclaustrados en un convento medieval, sin otras ventajas que los monjes deben de gozar.

Entonces no había leído aún *Eternidad por los astros*, el libro de Augusto Blanqui, *el Encerrado*, el gran revolucionario del siglo XIX francés (más de treinta y cinco años prisionero político). Desde su celda en el fuerte de Taureau, Blanqui veía los astros y pudo así escribir sus reflexiones cuya envergadura filosófica ha tardado en advertirse. Se ha dicho que Blanqui es el padre del derecho a las estrellas.³ Este derecho, como tantos otros, se niega no sólo a los presos políticos sino a todos los seres humanos que alojan esas cárceles.

Ese contexto de aislamiento y clausura que caracterizaba a Sierra Chica llevaba a extremar la comunicación y la intimidad entre los compañeros de celda. Marcelo, montonero experimentado, dirigente de alguna importancia en la organización, combinaba el conocimiento del oficio militante con una ingenuidad para la vida cotidiana que despertaba la ternura más profunda. No llegó a convencerme de que Uacha y Perdices —dos pueblos cordobeses; en uno había nacido, al otro se había trasladado en su niñez— eran ciudades importantes, pero tanto hablamos sobre ellos que creo haber llegado a conocer no sólo a su familia, sino también la vida de esos lugares y a algunos personajes aun mejor que quienes vivían allí. Releo este párrafo y acudo a Internet con la secreta esperanza de que los datos censales

confirman la imaginación del Petiso Nívoli, científico y poeta, con quien compartimos también el Pabellón de la Muerte en la U9 de La Plata. Sin embargo, Ucacha supera escasamente los 5000 habitantes, mientras que Las Perdices ronda los 4500.

Cada momento compartido de la vida carcelaria dejó recuerdos, pero quizá ninguno tan importante como el del primer encuentro del día en la cárcel de Rawson. Apenas se encendían las luces del pabellón, abrían nuestras celdas para que fuéramos a lavarnos. Después había un tiempo de recreo, unos quince minutos en los que mateábamos sentados alrededor de una mesa. Ése era el momento (mientras correntinos y misioneros nos humillaban mostrando lo que es verdaderamente cebar un mate) para contar novedades de la familia, comentar alguna noticia o las lecturas que cada uno había hecho la noche anterior. O, también, para compartir la angustia por la falta de noticias podía significar que hubiera caído en manos de la represión o, simplemente, que ya no pudiera seguir sosteniendo la relación.

Ese encuentro matutino, en el que rara vez hablábamos de política —tema casi excluyente de las reuniones del resto del día—, era como una preparación para empezar la jornada. Un modo de renovar los votos de una convivencia que, insisto, se parecía demasiado a una relación de internado estudiantil. Más de una vez en estos tiempos, cuando ignoro lo que piensan y sienten muchas de las personas a quienes veo diariamente, añoro esas mateadas mañaneras.

No tiene sentido la nostalgia, porque la libertad sigue siendo el bien más valioso, aunque muchas veces lamentemos ese vaciamiento de las relaciones entre las personas en el trajín de la vida cotidiana. ¿Qué es entonces lo que, sin vergüenza, debo reconocer que extraño? Quizás esos momentos en que el infortunio lleva a sacar lo mejor de cada uno, la solidaridad anterior a cualquier propuesta política, esa comunión

adolescente que sólo excepcionalmente los hombres adultos podemos recuperar.

No habrá que agradecer estas experiencias y recuerdos a quienes se dedicaron a vejarnos sistemáticamente durante tantos años. Ellos sólo son los responsables del dolor que conocimos en las cárceles y que, por cierto, no quiero olvidar. Pero es bueno que también se haya podido crear entre las paredes de la prisión una historia diferente, la que resulta placentero recordar.

Nota:

[3](#) Julián Axat, *Página/12*, 31 de diciembre de 2013.

Anexo

El secuestro de 1972

Es inevitable alguna referencia sobre mi secuestro en abril de 1972, porque ésa fue mi primera relación importante con la represión y su recuerdo estuvo muy presente en la posterior experiencia carcelaria. Fui sacado clandestinamente de una comisaría (la 23 de Buenos Aires), luego de haber firmado la libertad concedida por el juez. Interrogado y torturado durante cinco días, reaparecí, abandonado de madrugada en una ruta de la zona norte del Gran Buenos Aires, cuando esa perspectiva de supervivencia parecía ya difícil. Dos días antes de mi liberación, un comando llamado Juan Carlos Sánchez (nombre de un general muerto por la guerrilla) envió al diario *Crónica* un comunicado anunciando que yo había sido ejecutado. Atado a la camilla en que permanecí todos esos días, escuché esa información, por Radio Colonia, entre risas de mis secuestradores que, simulando indignación, gritaban: “Cómo miente la prensa”. Las noticias de la radio también mencionaban las movilizaciones que se hacían pidiendo mi libertad. Estos reclamos me llenaron de alegría, pero el comunicado

justiciero me hizo pensar aun más en las pocas posibilidades de supervivencia. Relaté el episodio en una conferencia de prensa que di al ser liberado. Radio Colonia lo aprovechó para su publicidad y publicó un mes después una curiosa solicitada titulada “La escuchan desde los comisarios a los presos”.

Cartas

Los fragmentos de las cartas enviadas desde la cárcel que aquí se incluyen permiten apreciar otro registro de la experiencia carcelaria. He seleccionado de manera especial algunos que reflejan un clima de época, naturalmente muy distinto del actual.

Quizá pueda advertirse una línea de pensamiento más o menos coherente, pero también se verá hasta qué punto —más allá de críticas y cuestionamientos— el que esto escribe compartía los valores centrales del mundo militante de los años sesenta y setenta.

Los puntos suspensivos no figuran en el texto original de las cartas sino que han sido incluidos para indicar una interrupción en el fragmento citado. Las palabras en cursiva y entre paréntesis constituyen aclaraciones que juzgo indispensables para la comprensión del lector. Priorizando su condición de documento, no he hecho correcciones al texto de las cartas.

La selección se basó en el criterio de ofrecer una cierta variedad que incluyera cartas enviadas desde todos los penales en que estuve detenido y combinar referencias a los principales temas de esos años de encierro, las reflexiones políticas, las lecturas, las cuestiones familiares y el diálogo amoroso con mi mujer. No abundaban en los escritos que enviaba desde la cárcel las menciones a los momentos de angustia o depresión que habrían llevado a inquietar aun más a nuestros familiares y, por eso, seguramente en

el conjunto aparecen sobredimensionadas las situaciones placenteras y las pequeñas alegrías cotidianas, que no fueron menos reales.

8 de octubre de 1975, Villa Devoto (carta a Lila)

“Se hizo una charla aquí en homenaje al hermano de Martín (*el Che Guevara*), aunque nosotros no intervinimos activamente, la cosa salió bastante bien. Previamente, hicimos con los amigos de los Ortiz (*Montoneros*) una charla para explicar por qué nosotros también le rendíamos homenaje. Quedé muy contento, porque la cosa fue muy linda y porque en alguna medida representa, para mí, recuperar algo del pasado desde esta perspectiva de hoy.”

1° de diciembre de 1975, Villa Devoto (carta a Lila)

“Por encima de errores y diferencias, nadie tiene derecho a quitarle el hombro a la lucha donde hoy se juega el destino de la revolución.”

“Muchos de mis sueños transcurren afuera y otros aquí adentro. Éstos siguen siendo los menos, quiere decir que soy un preso novato, porque uno se recibe de preso, con todo, cuando hasta en los sueños sigue estando en la cárcel. Te acordás de Nazim Hikmet, ese poeta turco que leímos en la Facultad... Pasó 10 años preso y allí escribió la mayoría de sus poemas. En uno dice que le gusta mucho dormir, porque entonces en sus sueños abandona la cárcel. Dice que no ve ni rejas, ni carceleros y que viaja libremente por todas partes.”

15 de diciembre de 1975, Villa Devoto (carta a Lila)

“Acordate que te comprometiste a contarme una película —acá todos lo esperamos— así que tenés que ir al cine.”

17 de diciembre de 1975, Villa Devoto (carta a Lila)

“Hoy leí que fijaron para octubre la fecha de las elecciones, es muy pronto, sólo faltan 10 meses. Pero si eso dificulta el golpe con una convocatoria ya lanzada, 10 meses pueden ser demasiado para este gobierno en desintegración.”

“Desde aquí arriba veo la calle. Es un día precioso y es como si te viera caminando con tu vestido a cuadros, me muero de ganas de abrazarte y seguir caminando con vos.”

19 de diciembre de 1975, Villa Devoto (carta a Horacio, mi cuñado)

“Como decía el general —se apropió de todas las grandes frases que alguien dijo alguna vez— nadie puede realizarse en una sociedad que no se realiza. Por eso, para mí, desearles a todos la mejor de las suertes es fundamentalmente pensar que el '76 sea un año favorable para la lucha popular.”

30 de diciembre de 1975, Villa Devoto (carta a Lila)

“Me parece que cuando se habla de la contraofensiva popular se sigue pensando como si pudiese repetirse lo del '73, que no se ve, por ejemplo, que el viejo pudo hacer el Frejuli porque su proyecto era aceptable para amplios sectores burgueses y porque su liderazgo era reconocido por la gran

mayoría de los trabajadores. Hoy no pasa con los Auténticos ninguna de las dos cosas. Se me ocurre.”

14 de enero de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“Hoy recibí carta de Mamá. Me dice algunas cosas como ‘yo sé que todo lo que has hecho hasta ahora ha sido inspirado por el bien y la Justicia y por eso Dios no puede abandonarnos’. Es una carta muy tierna, muy cariñosa, pero muy triste.”

“Vi el último editorial del periódico sobre Economía (*montonero o tal vez del Partido Auténtico, declarado ilegal en diciembre de 1975*). Me gustó cómo plantea la extensión de la crisis a todos los órdenes, también la reseña de cómo se vino abajo el proyecto loperreguista a lo largo del año y como se cumplieron los pronósticos. Además está bien escrito. Pero qué triunfalismo, ‘el sistema agoniza’, ‘el pueblo con un sólido proyecto de liberación’, etc. Esto me preocupa. No me parece bien.”

“De a poquito te vas metiendo en mis sueños.”

25 de enero de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“Ahora estoy solo en una celda del 1er. piso. Está más nueva y limpia que las anteriores y es bastante cómoda. Mientras salgamos siete horas diarias, no me preocupa el estar solo.”

2 de febrero de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“Ha habido un cambio muy importante en mi vida, me he puesto a escribir. Hace varios días que escribo varias horas diarias, y estoy tan enloquecido como en aquellos días de cierre de la revista. Los papeles están desparramados y yo leo 25 veces las mismas cosas dando vueltas por la celda.”

6 de febrero de 1976, Villa Devoto (carta a Elisa, mi cuñada)

“Desde el 24 estamos encerrados todo el día sin ningún tipo de recreos... hay que seguir moviéndose y reclamando porque el régimen es pesado y con el tiempo se va a hacer sentir.”

9 de febrero de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“Podrá haber o no elecciones, pero es evidente que se están creando las condiciones para el golpe militar. El tío (*Cámpora*) sacó ayer una declaración bastante buena, llama a las bases, habla del frente, etc. Es un buen comienzo. Pero depende mucho de lo que pase con el justicialismo en ese proceso.”

12 de febrero de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“Recibí una carta de Florencia con los poemas del disco de Serrat... No los voy a pegar en la pared, porque a lo mejor me los sacan. Voy a tratar de aprendérmelos de memoria, ésa es la única manera que he aprendido para evitar que me sigan quitando cosas.”

19 de febrero de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“Hoy hicimos una peña y un compañero recitó un poema de Prevert. Es uno que habla de un tipo hambriento que ve las vidrieras de las casas de comida y termina matando a otro para sacarle unos pocos pesos... Empieza y termina hablando de lo molesto que es, cuando uno tiene hambre, el ruido que hace un huevo duro al romperse sobre el mostrador. Fue muy gracioso porque ese día estábamos con un poco de hambre y el poeta describía con lujo de detalles las cosas que el protagonista imaginaba comer.”

“Hay un compañero que no lee ni escribe, vamos a tratar de enseñarle. Te acordás que yo aprendí el método de Freire, pues me acuerdo bastante poco, pero de algún modo nos vamos a arreglar.”

4 de marzo de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“...este golpe de hoy se hace más soportable, porque además es el precio que a mí me tocó pagar para poder seguir viviendo con dignidad. ¿Que no he sido el más afortunado?, tal vez, pero... uno no puede quejarse demasiado de la suerte que le ha tocado en un país donde por el solo hecho de ser delegados fabriles matan trabajadores todas las semanas.”

“Las dudas que a veces me plantean las discusiones con algún economista (*montonero*) amigo, hacen un poco más difícil aceptar con confianza la situación... Sé que este problema no puedo hoy resolverlo por más vueltas que le dé... Estar preso —como tantos miles de argentinos— es una cuestión más general que las coincidencias o diferencias que con algún análisis se puedan tener. Además, más allá de aquellas dudas, hay un sentido de ‘pertenencia’ que es importante afirmar.”

21 de marzo de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“Nuestra época no es ya la de los intelectuales como Scalabrini que desde su individualismo marcaban rumbos, es más bien la de las masas, la de la organización, la de la subordinación de las individualidades a un esfuerzo común. Que esta subordinación a veces pueda limitar un desarrollo personal más pleno, que pueda dificultarnos el pensar y expresarnos con toda libertad, en parte, es cierto.”

24 de marzo de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“Esta vez parece que es cierto. Son las 11 de la mañana, no tenemos aún ninguna información pero estamos encerrados y se escuchan marchas militares. Los diarios de ayer no dejaban ninguna duda respecto a la inevitable caída del gobierno. Lo único que no entiendo es que Balbín se haya equivocado tan fiero, buscando el acuerdo con el gobierno cuando ya el golpe era imparable. Detrás de Balbín me equivoqué yo que te decía en mi carta anterior que el pacto radical-verticalista podía darle al gobierno un respiro de un par de meses. Evidentemente, ésta no es la mejor situación para acertar con los pronósticos, pero además había mucho de expresión de deseos.”

23 de mayo de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“El otro día, cuando viajé a Palacio, viajaban en el mismo celular un pibe de 19 años, preso común, y su madre. Cuando se enteraron, comenzaron a llamarse a los gritos y al fin consiguieron que les abrieran las celdillas y pudieron verse. Se abrazaban llorando y se mimaban mutuamente. Todo el celular estaba en silencio, hasta los que siempre dicen alguna grosería, esta vez se callaron, respetando a esa madre y ese pibe que se encontraban

después de meses de estar presos en el mismo lugar. Como yo viajaba solo en mi celda, nadie puede haberme visto con los ojos empañados... Después, sin saber bien por qué me sentí más contento. Era como haber comprobado una vez más que el amor es más fuerte que las rejas con que tratan de aprisionarlo. El llanto de esa madre que acariciaba la cabeza de su hijo, les hizo sentir a nuestros carceleros que estaban frente a seres humanos, aunque los transportaran como quien lleva ganado. Algún día estoy seguro habrá cárceles en las que uno pueda sentir, en la diaria convivencia con otros hombres, lo mismo que, por unos minutos, sentimos en ese viaje de celular.”

“En los últimos días, llegaron unos 50 nuevos presos a disposición del PEN. Muchos de ellos delegados de Ford, Terrabusi y Astarsa, entre otros. Junto conmigo volvió de Tribunales un librero que tiene varios locales en la calle Corrientes que fueron allanados por efectivos militares y al que le aplican la 20840. ¿Cuántos presos habrá hoy?”

28 de junio de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“Hoy después de 20 días de encierro total, salimos al patio a recreo... Fue muy lindo, cuando salimos después de tantos días, todos nos abrazábamos y charlábamos de lo más agitados. Anoche tuve un sueño muy lindo. Vos estabas hermosa y nos encontrábamos en medio de una plaza, tal vez era la que está junto al Consejo de Educación, en Charcas y Rodríguez Peña. Caminábamos juntos muchas cuadras, yo no entendía demasiado pero me dejaba llevar y te miraba y me sentía muy feliz.”

11 de octubre de 1976, Villa Devoto (carta a Lila)

“Sí que tiene sentido pensar en nuestro futuro aunque hoy no podamos fijar los plazos. Para mí es una necesidad, un acto casi religioso, pensar todas las noches un rato en nuestro reencuentro, en nuestro futuro. Te quiero más que hace un rato.”

20 de febrero de 1977, La Plata (carta a Lila)

“Hoy no es fácil predecir el futuro de esta relación tan amenazada. Para entenderlo bien, no hay que olvidarse que esta amenaza a nuestra pareja es parte de una conspiración más vasta contra el amor, contra la vida y la felicidad para todos.”

30 de marzo de 1977, La Plata (carta a Lila)

“Recordá lo que te decía antes de la confianza que te tengo, pero no sientas esto como una obligación conmigo, sino como un apoyo para hacer lo que vos consideres mejor.”

17 de septiembre de 1978, La Plata (carta a Lucy, mi suegra)

“Me emocionó mucho recibir el pullover (*tejido por Lila en la ESMA*).

”Hasta ahora no hice más que probármelo y mirarme en el espejo — muchas veces— porque en los últimos días no hizo frío como para usarlo. Es un poco grande, pero no tanto como mamá pensaba, es fácil de arreglar y también se puede usar así. Es tan lindo como me habían anticipado, pero más allá del color, del tipo de tejido que también me gusta, es algo que hace un tiempo no hubiera imaginado.”

“...después de un año y ocho meses de vivir solo, ahora convivo con un compañero. Es difícil imaginar hasta qué punto cambia la vida cotidiana en estas condiciones... antes comía muy rápido y, a veces, hasta parado, a pesar de que eso me hacía mal. Ahora el almuerzo y la cena han recuperado esa cierta formalidad, ese carácter de pequeña ceremonia que siempre me gustó darles. El mate vuelve a ser un pretexto para conversar como yo lo concebía antes.”

4 de octubre de 1978, La Plata (carta a mi suegra)

“Otra mañana sin recreo. Sin embargo, estoy de buen humor. Tal vez sea porque desde hace un rato estoy escuchando a Beethoven —creo que es la Quinta Sinfonía— y aunque uno no sepa mucho de estas cosas, esto es demasiado hermoso y, al compás de la música, es posible remontarse muy lejos de esta celda.”

14 de diciembre de 1978, Sierra Chica (carta a mi madre)

“No olvides de enviarme la foto de Lila, ya estaba muy acostumbrado a tenerla conmigo.” *(El párrafo está subrayado y en la parte superior de la página, en letras grandes, escribieron **Fotos no pasan**).*

2 de enero de 1979, Sierra Chica (carta a mi madre)

“...estoy acostumbrándome a esta nueva vida y no lo paso mal. Extraño un poco los discos y las transmisiones deportivas, el ajedrez y las revistas que eran en La Plata un buen entretenimiento... El clima es muy agradable, el verano transcurre sin que se sienta el calor y es lindo ver en los recreos *(debíamos caminar sin detenernos, en parejas de a dos siempre con el*

mismo compañero) el cielo despejado con un sol radiante que en La Plata no era frecuente observar.

”En estos días de fin de año, es inevitable cierta actitud nostálgica y también se piensa más en el tiempo que falta. Pero, creo estar con buen ánimo. Las buenas noticias familiares de hace un tiempo (*la liberación de Lila*) son demasiado importantes para que pueda extenderse cualquier depresión pasajera.”

2 de agosto de 1980, Caseros (carta a Lila)

“Todavía estoy mareado por la lectura de *La Razón* y *La Nación*, después de tanto tiempo sin diarios me resultan muy interesantes pero interminables porque quiero leer todo. Ya me acostumbraré.”

7 de setiembre de 1980, Caseros (carta a Lila)

“Anoche, cuando empecé esta carta, se produjo un infrecuente estado de romanticismo colectivo. Pasaron muchos discos de Los Panchos con una solista, Eydie Gormé, que tiene una voz muy sugestiva. Canciones de hace 20 años o más, cuando nosotros todavía estábamos buscándonos. Como aquí somos muchos los no tan jóvenes, una ola de nostalgia nos fue embargando a todos. Yo no pude sustraerme, tiré el suplemento económico de *La Nación* y me puse a pensar en vos de mil maneras. Después traté de imaginar —por supuesto sin que nadie me escuchara— como podría ser esa hermosa canción que me mandaste y que parece hecha para nosotros dos.”

18 de setiembre de 1980, Caseros (carta a Lila)

“No se me ocurrió nada mejor que leer *La muerte de Iván Ilitch*, una novela corta de Tolstoi que narra el proceso de un enfermo que ve acercarse el desenlace. Desde esta perspectiva, ve con otros ojos su vida anterior de exitoso funcionario, sus relaciones sociales y con su propia familia, descubriendo la vacuidad de todo ese mundo que hasta entonces consideraba tan *comme il faut*. Es un libro demasiado amargo y no es la lectura más indicada para un preso, pero Tolstoi es un gran escritor y ello se advierte hasta en las que —como ésta— son obras menores.”

“También en estos días he vuelto a leer poesía. Una antología preparada por Héctor Yánover, buen poeta y librero que siempre aceptó que le revolviera todos los libros sin comprarle ninguno... volví a encontrar alguno de los poemas que me gustan como aquel de Antonio Machado... que pone sobre los campos a un carbonero, un sabio y un poeta y concluye: ‘llevadlos al teatro y sólo el carbonero no bosteza’.”

“...la lectura —además están los diarios— sigue ocupando buena parte de mi tiempo. Destino del preso, reglas de esta vida conventual, ¿no estaré acostumbrándome a una relación mediatizada con las cosas? En esta situación, creo que lo que hago es lo más sano, pero no me engaño, la poesía verdadera no está en los libros sino en la vida. En un atardecer en un barrio de Buenos Aires, en una sonrisa de mujer, en esas caminatas por la costa llevándote por la cintura. Porque me ayuda a recordar todo eso, me gusta a veces leer poemas.”

7 de marzo de 1981, Caseros (carta a Lila)

“Recibí hace unos días tu carta de mediados de febrero, aquella en la que hablaste de tu nueva casa. Parece muy linda... yo también debería

prepararme para vivir en un lugar con afiches en las paredes, escritorios, chirimbolos y, sobre todo, varias piezas. Después de tantos años de departamento de un ambiente, me va a costar acostumbrarme.”

3 de setiembre de 1981, Caseros (carta a Lila)

“Quizás ya sepas la noticia, si no la sabés creo que no será malo que te enteres por mí. En fin, hoy me avisaron que fue rechazado el pedido de libertad condicional... Cuando nos encontremos, todo lo pasado parecerá poca cosa frente a la inmensa felicidad del reencuentro. Esperemos entonces un poquito más, hagamos lo posible por acortar este plazo, pero quedate tranquila que yo seguiré ‘bancando’ como hasta ahora y sé que vos también lo harás.”

18 de octubre de 1981, Rawson (carta a Lila)

“Otra vez por aquí. No era esto lo que yo esperaba, pero estaba dentro de las posibilidades... Volamos desde el aeropuerto de San Justo en un Piper Azteca, un avión muy pequeño que sólo tiene lugar para los pilotos y un par de personas más. Se movía muchísimo, pero fue una linda experiencia. Nunca había volado en un avión tan chico.”

9 de abril de 1982, Rawson (carta a Lila)

“Como imaginarás, a partir de la recuperación de las Malvinas aquí no se habla de otra cosa. Leemos ansiosamente los diarios y la inquietud aumenta a medida que la flota británica se acerca... ¿cómo asistir sin indignación a la arrogancia colonialista de la Sra. Thatcher?”

“Los últimos días vinieron cargados de sorpresa, con dos sucesos de consecuencias trascendentes en poco más de 48 horas. El primero, largamente esperado (*la movilización sindical del 30 de marzo*), el segundo, imprevisible. No es fácil ubicarse ante acontecimientos tan contradictorios...”

10 de abril de 1982, Rawson (carta a Lila)

“Mañana comienza el bloqueo inglés, esperemos que no se llegue a un enfrentamiento. Me ofreceré, como otros compañeros, para dar sangre si fuera necesaria.”

31 de mayo de 1982, Rawson (carta a Lila)

“...Se dice que los daños del *Invencible* debilitarían el avance británico pero ya están a 25 km de Puerto Argentino.”

22 de agosto de 1982 (carta a Lila)

“Con dos lindas mujeres visitándome, me convertí en el centro del pabellón. A tal punto que merecí ‘la foto de la semana’, en la que se me veía vestido de árabe, con turbante y todo, conteniendo a las fieras que se abalanzaban sobre mis cuñadas. Lo cierto es que ni yo soy tan ‘guardabosques’ —término carcelario que se aplica a quienes protegen a sus parientes femeninos— ni los presos son tan desenvueltos cuando se enfrentan con alguna mujer más joven que su mamá.”

“Esto parece el Instituto de Lenguas Vivas por la cantidad de gente que estudia francés e inglés. Hay un plan para estudiar italiano el año que viene,

pero espero no estar para entonces.”

“¿Cuál es el sentir y la participación de los sectores más amplios?”

20 de octubre de 1982, Rawson (carta a Lila)

“Vuelvo a escribirte para hacerte partícipe de mi alegría. Hoy he leído en *La Nación* una solicitada muy destacada pidiendo la libertad de quien esto escribe y te adora, dicho sea de paso. Las firmas de México son importantes, representativas de la política, el periodismo, la universidad... También hay personalidades importantes de otros países y aquí, en la Argentina, adhieren la Agrupación Scalabrini Ortiz de Prensa, la Azul y Blanca de la Asociación de Periodistas y la Coordinadora pro Recuperación del gremio de Prensa. La solidaridad de estos compañeros del gremio tiene para mí un valor muy grande.”

“Los diarios de ayer y hoy informan sobre los incidentes ocurridos en la celebración de Atlanta (*del 17 de octubre*). El acto parece haber sido importante, pero los enfrentamientos no son en principio una buena noticia. No esperé que se plantearan con tanta virulencia las contradicciones internas... Esto recuerda demasiado al 73/74 y uno piensa que la experiencia no debiera repetirse.”

20 de noviembre de 1982, Rawson (carta a Lila)

“Hoy es 20 de noviembre ‘Día de la Soberanía’, fecha muy recordada durante los meses de la guerra por las Malvinas... Hoy ya corren otros tiempos... ningún funcionario oficial se acordó de la fecha y será inútil buscar en *La Nación* de hoy cualquier mención de la jornada de Obligado.

En lugar destacado se encontrará otra noticia: el Banco Central autoriza nuevamente los pagos a los acreedores británicos. Da ganas de pensar que se eligió la fecha especialmente, pero en el ambiente financiero no se interesan por estas minucias históricas.”

4 de marzo de 1983 (carta a Lila)

“¿Cómo se ligan estas inquietudes de hoy con lo que fue el centro de nuestra vida desde hace muchos años? Como te dije muchas veces sé que no puedo dar desde aquí sino una respuesta provisoria. Sin embargo, creo que por grande que sea la conmoción que me produzca el reencuentro con la realidad, difícilmente abandone estas convicciones que siguen sustentando tu vida cotidiana. Pero no será fácil reencontrar ese marco colectivo necesario para que fecunde cualquier tarea política, aun en el terreno intelectual.”

17 de marzo de 1983, Rawson (carta a Lila, para ser entregada a Juan Carlos Portantiero y Oscar Terán)

“El tema de la democracia, en torno al que se desarrollan nuestras discrepancias tiene hoy una actualidad que no conoció en cualquier otra coyuntura. Ello se explica porque, esta vez, el costo de la irrupción dictatorial ha sido intolerable, pero también porque somos muchos los argentinos que nos reprochamos no haber asignado a esta cuestión toda su importancia en nuestra práctica anterior.”

“La crítica de esa práctica y de la concepción de la guerra que la guiara, no debe olvidar que la frustración vivida por quienes concebíamos ‘un proyecto de vanguardia’ es también la de todo el pueblo argentino quien

creyó que sus aspiraciones habrían de concretarse en 1973. A satisfacer esas aspiraciones, a transformar la sociedad argentina, apuntaban las políticas y las formas organizativas que entonces se impulsaron. Fuera de ese marco, la discusión pierde sentido, pues los problemas que nos motivaron son aún más acuciantes.”

“...rara vez se da un diálogo directo de las generaciones. Recuerdo cuán poca importancia prestaba en mis tiempos de estudiante a ciertos lamentos sobre la ‘generación perdida’ de 1945. Aquellos a quienes sí escuchábamos fueron los que nos ayudaron a explicarnos los problemas que enfrentábamos, la ‘traición de Frondizi’, por ejemplo.”

24 de marzo de 1983 (carta a Lila)

“Habrá que conciliar distintas experiencias, nuevas categorías de argentinos particulares. Los exiliados, los presos, los que vivieron en exilio en su propio país, como algunos familiares nuestros. Creo que todos, particularmente quienes estuvieron afuera pueden aportar mucho. Siempre que se comprenda que el país ha seguido viviendo. Otorgo tanta importancia en mis cartas a las manifestaciones juveniles porque son expresión de ese nuevo país. El que Uds. y nosotros deberemos descubrir.”

“Un recuerdo de hace más de 10 años está presente para indicarme lo que no se debe hacer. Después de mi ‘accidente’ (*secuestro*) de abril de 1972, me invitaron a una asamblea popular... de la zona sur del Gran Buenos Aires. Comencé el relato de lo que me había sucedido ante el respetuoso silencio del público. Poco tardé en advertir cuánto tenía ese respeto de indiferencia. Los pobladores de la zona estaban ansiosos por debatir otras cuestiones. Sin embargo, la falta de agua o la prepotencia de los

funcionarios comunales no eran sino otro modo de expresión del mismo orden represivo que yo venía a denunciar. Se trataba, entonces —el viejo tema de siempre— de ligar ambos problemas, pero partiendo del más general, del sufrido por todos. Hoy esto debe ser más fácil que entonces. La agresión ha alcanzado a toda la sociedad.”

10 de abril de 1983, Rawson (carta a Lila)

“No creas que estoy excesivamente ansioso por integrarme a la vida política activa. Mucho es lo que necesito pensar antes de hacerlo... Por otra parte, estoy muy decidido a que toda actividad futura sea compatible con una tarea intelectual que impondrá condiciones o modos de hacer política.”

24 de abril de 1983, Rawson (carta a Lila)

“Esta vez, a diferencia de tantas otras, te escribo para transmitirte una buena noticia. La Cámara Federal de Comodoro Rivadavia hizo lugar al recurso de amparo y ordena mi traslado a una unidad carcelaria en la que se me pueda brindar la atención adecuada.”

18 de julio de 1983, Hospital de Caseros (carta a Lila)

“...es notable la generalizada inquietud por los temas de la democracia. Un proceso que diferencia esta coyuntura de la que vivimos en la década anterior. Es, obviamente un fenómeno positivo, aunque debe advertirse contra cierta ingenuidad. No se reconstruye la democracia sin tolerancia. Pero no sólo con ella.”

Agradecimientos

Es frecuente aclarar que quienes aportaron informaciones o comentarios no son responsables, por ello, de las afirmaciones del autor. Nunca más obvio que en este caso, porque el material de este libro consiste en la experiencia común con centenares de presos políticos, en las cinco cárceles que recorrí a lo largo de ocho años, y ellos no han sido consultados. La mayoría de las veces no los menciono con su nombre verdadero: resultaría más que arbitrario caracterizar a un compañero por una situación o un rasgo que se destaca sólo en función de las necesidades del relato. Cuando aparecen sus nombres es porque fueron asesinados en esos años o murieron después, y el señalamiento tiene carácter de homenaje. También menciono por su nombre a quien fue a mi lado víctima de una sesión de tortura en los calabozos, ejemplo de los muchos grandes y pequeños crímenes que se han naturalizado en las cárceles y que en treinta años de democracia no han podido erradicarse. A todos ellos, el primer reconocimiento.

Tampoco hubiera sido posible este libro y, más importante, quizás la misma supervivencia, sin los familiares que nos atendieron y visitaron sufriendo hostigamientos y vejaciones, pagando en algunos casos con su

vida esa tarea de asistencia. Agradezco a mi familia, que me escribió sin interrupción durante los ocho años y me visitó siempre, aun en las cárceles más alejadas. Especialmente a quienes conservaron como un bien precioso las cartas que les enviaba desde los penales, documentación privilegiada para escribir esta historia.

Ricardo Piglia leyó una primera versión de estas memorias y me alentó a seguir adelante. Su opinión fue muy importante, después, para decidirme a publicar un texto que corría el riesgo de no tener fin. María Moreno hizo aportes valiosos para la redacción definitiva, instándome a desarrollar más algunos aspectos que yo ahorraba al lector y, sin embargo, podían servir a su mejor comprensión.

Además de brindar significativas observaciones, Norma Osnajansky, Matías Cerezo y Noemí Ciollaro ayudaron a evaluar un texto tan personal que me resultaba difícil mirarlo con cierta distancia.

A Florencia Cambariere de Sudamericana le agradezco su valoración del libro y el haber puesto en la tarea toda su experiencia de editora. Mariana Morales y Constanza Penacini gestionaron esta publicación y me dieron más de un consejo valioso en el proceso de edición.

Lila Pastoriza no tiene sobre este libro ninguna responsabilidad y, sin embargo, quizás las tenga todas, porque desde los orígenes venimos pensando y discutiendo juntos.

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Prefacio
Una buena experiencia
El golpe
El dolor de muelas
Entre la requisa y las doncellas
Thomas Mann y el tiempo que no pasa
Homosexualidad y caída
Fuga
A las cinco de la tarde
Todo viaje es un problema
Las inquietudes del nuncio
La noticia tan temida
De duros y blandos
Un niño malo
Una discusión imposible
Libertad
La ciudad y el mundo
Justicia
¿Nostalgia?
Anexo
 El secuestro de 1972
 Cartas
Agradecimientos
Créditos

Jozami, Eduardo
2922 días. - 1a ed. - Buenos Aires :
Sudamericana, 2014
(Biografías y testimonios)
EBook.

ISBN 978-950-07-4723-3

1. Biografías. I. Título
CDD 920

Edición en formato digital: abril de 2014

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial

Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-4723-3

Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar